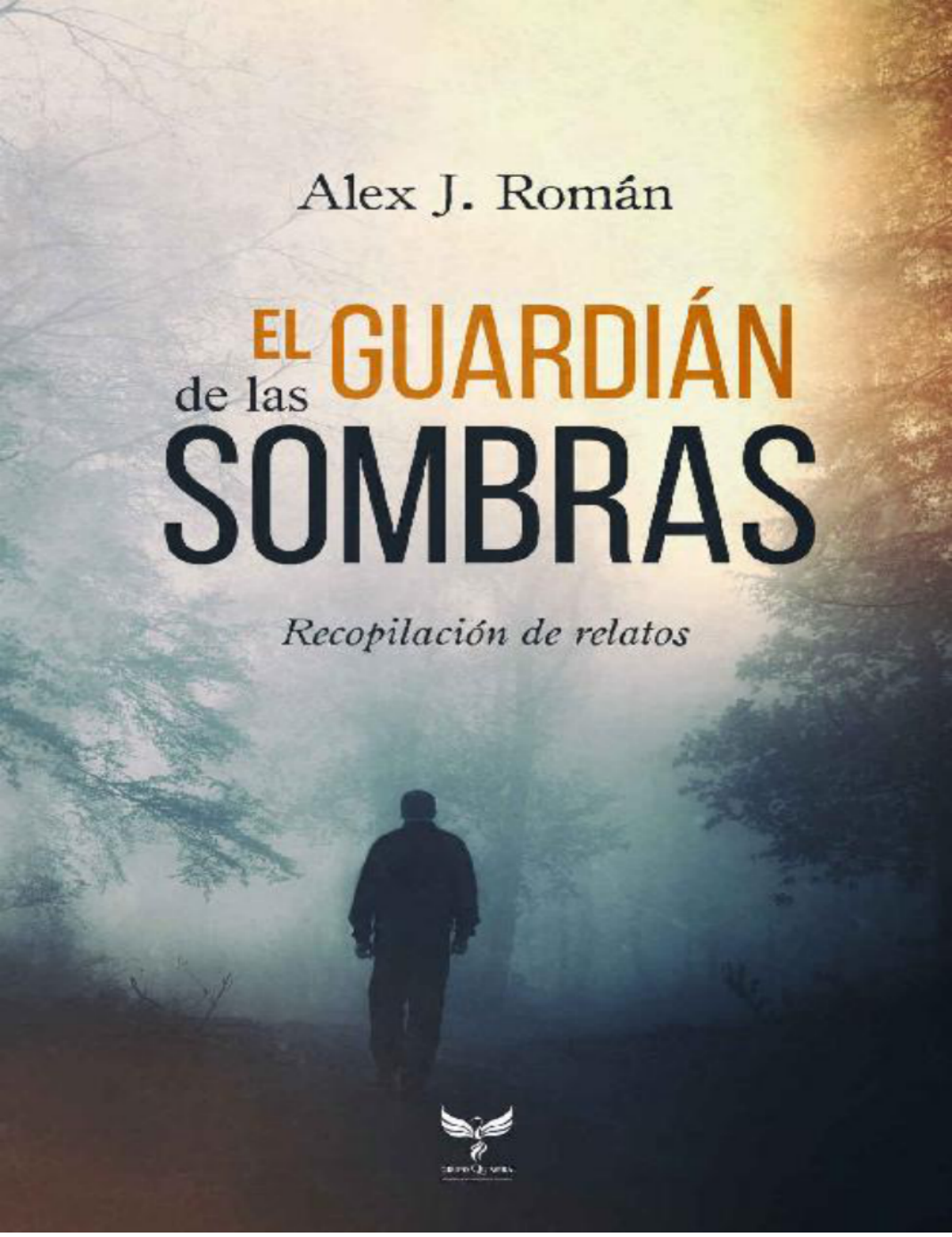
Alex J. Román

EL GUARDIÁN de las SOMBRAS

Recopilación de relatos



Alex J. Román

EL GUARDIÁN de las SOMBRAS

Recopilación de relatos

©Edición Abril 2019

©Alex J. Román

EL GUARDIÁN DE LAS SOMBRAS

©2019 EDITORIAL GRUPO QUIMERA

grupoquimeraservicios@gmail.com

Corrección: Sara Esturillo y Mª Ángeles Salas

Gracias por comprar este ebook.

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

Para cualquier pregunta sobre las ilustraciones que aparecen en el libro pónganse en contacto con la editorial.

@10-4-2019

Agradecimientos:

Gracias a todos aquell@s que con su granito de arena me han ayudado a sacar adelante este libro.

Índice

Índice
1. Abandonada
2. ¿Qué pasó con el señor Marck?
3. El valle de fuego
4. Tensión en el ambiente
5. Inevitable
6. El camino de Carol
7. Obsesión
8. Una figura en la noche
9. Mi lugar
10. Asalto
11. Vivir para siempre
12. Traición
13. Falsas apariencias
14. Sobrevive
15. Incurable
16. No te saldrás con la tuya
17. La habitación 260
18. Un paseo inolvidable
19. Última misión
20. La esfera azulada
21. Incertidumbre
22. El mejor año de tu vida
23. Entra en el edificio
24. No quieras saber la verdad
25. Vamos a por él
26. Último cartucho
27. Isla perdida
28. Máxima adrenalina
29. El beso
30. El secreto de mi jefe
Biografía del autor
Tu opinión es importante

Abandonada

1

Hassien cruzó en silencio una calle estrecha. Caminaba con paso firme mientras la tensión se extendía por sus músculos, fruto del ambiente frío y desangelado que cubría aquella ciudad exenta de vida.

Era inspector de policía de una ciudad que estaba a varios kilómetros de distancia. Alguien que había visitado este lugar el día antes había entrado en su comisaría y les había alertado de que sucedía algo extraño.

Ante esto, se había visto obligado a desplazarse con varios de sus mejores hombres para ver qué sucedía. Y por el momento, el mensaje parecía acertado: aquella ciudad estaba abandonada.

No se veía ningún rastro de vida, ni siquiera animal. Era como si la tierra se hubiera tragado a los habitantes. El silencio predominaba en cada rincón, solo alterado por un débil sonido que llegaba de lejos y no alcanzaba a identificar.

Salió al otro lado del callejón y se encontró en medio de una encrucijada. Unos grabados en las paredes con forma animal, tales como tortugas, pájaros, jabalíes o serpientes, captaron su atención. Pudo comprobar que se repetían a lo largo de las calles cercanas.

Avanzó, concentrado en seguir aquella pista, tratando de buscarles un sentido. Pero no lograba sacar nada en claro que aportase algo de luz al misterio, las siluetas iban en aumento, mostrando a cada paso nuevas especies. Se detuvo al encontrar la figura inconfundible de un hombre. Reflexionó durante unos segundos, pero el asunto, lejos de esclarecerse, se complicaba poco a poco.

Se dio cuenta de que el extraño sonido que escuchó al entrar a la ciudad seguía acompañándole, como una conciencia persistente, pero aún aparecía lejano y confuso.

Continuó caminando, fijándose ahora en el estado del exterior de las casas. Sin duda habían sido utilizadas, y no hacía mucho. Se asomó por la ventana de un local para confirmar sus sospechas. Había sido una tienda de ropa.

Al doblar una esquina, su corazón dio un vuelco al encontrarse ante una ancha avenida que parecía no tener fin. Pero no era eso lo que le había inquietado, sino esas extrañas marcas en todas las fachadas. Se acercó unos pasos para confirmar su aterradora certeza. Eran marcas de garras.

Alcanzó a ver una nueva hilera de siluetas que se perdían en el fondo de una calle, la más estrecha que había recorrido. Parecían muy distintas a las anteriores. Se acercó para verlas con más atención. No tenía ni idea de con qué se iba a encontrar ahora.

Tragó saliva, cada vez más confuso y, al mismo tiempo, más intrigado por descubrir el origen de todo aquello. Estaba harto de casos monótonos y aburridos, los únicos que llegaban a la comisaría de su ciudad. Llevaba años esperando algo innovador e intrigante, y lo había encontrado.

Su corazón se congeló al intuir qué clase de silueta le parecía reconocer. Resultaba más inquietante que ninguna de las que ya había descubierto. Se dispuso a acelerar el paso para entrar en la calle, pero la llamada de uno de sus hombres le sacó de la situación.

—¡Señor! ¡Venga a ver esto!

Se volvió para ver cómo dos de ellos le hacían señas desde la acera de enfrente, al otro lado de la avenida. Echó una última ojeada a la calle misteriosa y se acercó a ellos al trote. Todo indicaba que habían descubierto algo importante. Había ordenado que se separasen en grupos por la ciudad para buscar algún indicio de lo ocurrido en el menor tiempo posible. Hassien era el único que había ido solo.

—¿Qué pasa? ¿Qué habéis visto?

Llegó hasta ellos a tiempo de ver cómo dos agentes más recorrían la calle que tenían ante ellos inspeccionando las paredes.

—Si se trata de las siluetas, ya las he visto.

—No. Esto es diferente.

Frunció el ceño, intrigado. La idea de que hubiera una nueva pista le producía un cosquilleo difícil de controlar.

—En esta calle, y en las contiguas, hay escritas varias frases —le explicaba el policía.

Hassien caminó detrás de él para ver con sus propios ojos de qué se trataba. De nuevo era una calle estrecha, perpendicular a la avenida, cuyo final se perdía en la lejanía. El sonido que tanto le había disgustado llegó hasta ellos ahora de forma clara: se trataba de campanadas, y podía intuir que su origen ya no estaba demasiado lejos. Se volvió hacía el policía.

—¿Alguno ha ido a ver a qué se deben las campanadas?

Este compuso un gesto de disculpa.

—Me temo que todavía no, señor. Si algún otro compañero lo ha

hecho, lo desconozco. ¿Quiere que lo hagamos?

—No, está bien. De momento vamos a ver eso que dices haber encontrado.

Regresó su atención a lo que tenía delante. Podía ver varias bocacalles que sin duda conectarían con el resto del entramado, como si de un laberinto se tratase. Miró la pared para encontrarse con lo que recitaba.

La evolución biológica es inevitable.

Fue la primera frase que Hassien leyó. Continuó caminando junto a los tres agentes, sumergiéndose en el laberinto.

Todas las razas tienen su importancia.

El inspector aceleró el paso, deseoso de saber más, pero al mismo tiempo, inquieto. El sonido de las campanadas estaba cada vez más cerca, podía sentir que se avecinaba algo. Su cerebro empezaba a intentar unir las piezas del puzle. Las siluetas, que no había llegado a ver del todo bien, le hicieron despertar una oscura sospecha que deseaba con todo su corazón que no fuese acertada.

Para su sorpresa, el suelo vibró con suavidad durante unos pocos segundos.

—¿Pero qué pasa en este lugar? ¿Por qué ahora tiembla todo? ¿Y las frases?

—No tenemos ni idea. Todos estamos tan perdidos como usted.

Continuaron avanzando, mientras las vibraciones se repetían ahora cada cierto tiempo, al parecer con más fuerza en cada ocasión. El resto de hombres del grupo apareció y se unió a ellos. Todos caminaron calle abajo; Hassien no quitaba ojo de las paredes.

Cada existencia tiene su momento y su lugar en la historia. Ni más, ni menos.

Llegaron a una enorme plaza rectangular, igual de desierta que todo lo demás. Las campanadas sonaron con más estruendo que nunca. Estaba claro que procedían de allí, y pudo comprobar que los temblores iban acompasados con el sonido. Pero, aparte de eso, podía ver algo distinto al resto de la ciudad, como si en ese espacio la presencia de vida se hubiera dejado notar más que en cualquier otro lugar. Las fachadas de los cuatro edificios que la rodeaban estaban en unas condiciones lamentables, y Hassien no creía que fuese producto de los fenómenos medioambientales. Tras recorrer todo el área, sus ojos se elevaron para encontrarse entonces con el origen de las

campanadas que ahora sonaban casi sin descanso. Un gran reloj circular, colocado en lo más alto del edificio que tenía frente a él, y que se elevaba sobre el resto como si de un gran mástil se tratase.

—¿Qué ha pasado aquí? Este lugar está hecho un asco —se quejó uno de los hombres mientras cruzaba la plaza.

Pero Hassien no se inmutó. Su mirada estaba clavada en su último descubrimiento. Sus pulsaciones se aceleraron al máximo al descubrir con horror que no se trataba de un reloj cualquiera. En lugar de estar dividido en horas, se repartía en muchas más secciones bien diferenciadas. Un número se actualizaba cada tanto sobre una pequeña pantalla, en la parte superior del reloj, fuera de la circunferencia. Pero lo más inquietante era el contenido de cada porción, donde relucían las mismas siluetas que había visto en las paredes la ciudad.

Las figuras. Las frases. Todo cuanto había visto cobró sentido, confirmando sus peores sospechas. Se dio cuenta de lo que estaba a punto de suceder, y el terror lo invadió de forma incontrolable.

—¡Rápido! ¡Debemos salir de aquí ahora mismo! —echando a correr para salir cuanto antes de la plaza.

—¿Qué sucede señor?

—¡No hay tiempo para explicaciones! ¡Solo tenemos tres minutos! ¡Corred!

Le obedecieron sin rechistar y salieron tras él. Hassien sabía que era un intento desesperado por sobrevivir, era imposible que lograsen llegar a las afueras de la ciudad en tan poco tiempo, se habían adentrado demasiado de forma muy descuidada.

La última porción a la que había apuntado la aguja, era la de los humanos. Pero había descubierto con profundo horror que la siguiente en el turno era una casilla especial, cuyo interior parecía intercambiable. Estaba casi seguro de que su contenido eran diversas criaturas fantásticas.

La que estaba por aparecer en solo tres minutos, eran los licántropos.

¿Qué pasó con el Señor March?

2

—Buenos días, Rodrigo.

Ángel, el inspector de policía, extendió una seca sonrisa al dueño de la casa, un anciano vicioso de ojos saltones.

—Buenos días. Veo que viene muy bien acompañado.

El inspector asintió con un leve gesto y dio cuenta de cómo esos ojos de sapo se pegaban a Natalia, su compañera, que se encontraba a su lado con gesto ausente.

—Cierto. Necesito toda la ayuda posible para este caso. He oído que lleva mucho tiempo sin resolverse.

El anciano asintió con vehemencia y se apartó a un lado para dejarlos pasar.

—Así es, pasen y hagan lo que consideren oportuno. Ojala ustedes tengan éxito.

Ambos agentes atravesaron el umbral para acceder al recibidor. Al instante pudieron comprobar que se trataba de un hogar viejo, pero que sorprendía por su amplitud. Caminaron a lo largo del pasillo prestando atención al interior de las habitaciones. Debido a la prohibición de la policía, que la consideraba una prueba de la investigación, la casa llevaba meses sin ser habitada. Como era lógico, la suciedad se había apoderado de cada rincón, convirtiéndose en dueña absoluta del hogar. El asunto que los había llevado allí tenía que ver con el último inquilino, el señor March. Al parecer, todo marchaba bien hasta que desapareció sin dejar rastro.

Rodrigo, el dueño de la casa, la había abandonado tras la muerte de su mujer, superado por la incontable cantidad de recuerdos que debía enfrentar cada día. Desde entonces, la había alquilado ya en seis ocasiones, pero la última había resultado algo más complicada de lo normal.

—¿Y dice que nunca se puso en contacto con usted para avisarle de que se marchaba? —quiso saber Natalia mientras inspeccionaba un mueble.

—¡Nunca! De hecho, parece como si nunca se hubiera ido, sus cosas siguen aquí, intactas. Es como si se hubiera desintegrado en el aire, de golpe.

Los policías retrocedieron hasta el salón. La estructura de la casa contemplaba tres pisos, repartidos entre habitaciones y terraza en la

parte superior, el salón y la cocina en el medio, y en lo más bajo de la casa, el sótano.

—Espero que puedan ayudarme. Me gustaría volver a alquilarla sin que esto suponga un problema.

Ángel se giró hacia él y le dedicó una cálida sonrisa.

—No se preocupe, yo resolveré el caso, siempre lo hago. ¿Qué sabe del señor March? ¿Cómo era?

El anciano reflexionó durante varios segundos, aumentando el número de arrugas de su rostro debido al esfuerzo mental que le suponía recordar.

—Le conocí poco, pero sí que puedo decir que aparentaba ser un hombre solitario. Solo tenía a su familia. Su hermana solía visitarlo con frecuencia, incluso se quedaba a dormir muchas noches. Como ya les dije a sus compañeros antes, hubo un día en que lo noté demasiado nervioso, no hacía más que repetir que tenía que ayudarla. Como si a ella le hubiese pasado algo terrible.

El registro continuó, despacio, para tratar de no perder de vista ningún detalle que pudiera ser de interés. Lo que más llamaba la atención era que todas las cosas del señor March seguían allí, tal y como Rodrigo había indicado. Sabía por los informes de compañeros que habían trabajado en el caso con anterioridad, que no se había encontrado ningún tipo de rastro de violencia ni fuga en toda la casa. Era una situación muy compleja, y estaba creando muchos quebraderos de cabeza a la policía. Por eso se lo habían asignado a Ángel, un inspector con un palmarés brillante, con un cien por cien de efectividad en los casos a los que había sido asignado.

Sabía que habían registrado la casa al milímetro y que él ya no encontraría nada que no hubiese sido descubierta con anterioridad. Tenía que ir más allá, mirar allí donde era menos probable que hubiera una pista. Hacer algo que nunca nadie hubiera hecho antes.

Se acercó hasta Natalia para captar su atención.

—Dejemos esta planta por el momento, es la que más veces se habrá revisado. Tenemos que centrar nuestro foco sobre las otras dos.

Ni en la terraza ni en las habitaciones encontraron nada reseñable. Rodrigo los perseguía pocos pasos por detrás, cada vez más inquieto por la falta de avances. Jubilado desde hacía diez años, solo deseaba terminar con todo y regresar a su anodina vida.

El inspector regresó escaleras abajo con premura, mientras su

mente no paraba de dar vueltas sobre la información que había leído del desaparecido. Si conseguía descubrir la pista que le faltaba, podría tirar de algún hilo que les llevase hasta su paradero. Suponía que la clave estaba en lo que le ocurrió a la hermana. De hecho, estaba seguro.

Descendieron hasta el sótano, una pequeña habitación cuadrada solo iluminada de forma parcial por una bombilla que colgaba del techo mediante un fino alambre.

—Discúlpenme, nunca he prestado atención a esta sala. Debería haberla iluminado mejor.

Ángel obvió el comentario del anciano, concentrado en lo que tenía delante. Se agachó sobre el suelo y sacó una delgada linterna con la que iluminó las sucias baldosas para inspeccionarlas con atención.

Natalia y Rodrigo se mantuvieron inmóviles en la puerta, observando cómo él se arrastraba con cuidado por cada milímetro de la habitación hasta recorrerla entera. El grito de alegría que soltó sobresaltó a ambos.

—¿Qué pasa? ¿Qué has descubierto? —preguntó la chica.

—Parece que nuestro amigo ha vuelto hace poco a este lugar. O sigue viviendo aquí.

—¡Eso es imposible! Puedo asegurar que nadie ha entrado ni salido de la casa en meses.

El inspector apuntó con la linterna al punto del suelo donde había hecho su descubrimiento.

—Es sangre. Y es reciente.

Nadie dijo nada, pero Ángel continuó observando la sala hasta fijarse en la pared más cercana a la mancha del suelo. La tensión se podía palpar en el ambiente. Natalia sabía que, una vez más, él estaba a punto de dar con la clave del enigma. Sonrió, inquieta por el desconocimiento de lo que podía venir a continuación.

El inspector golpeó la pared con un gesto rápido que de nuevo sorprendió a ambos espectadores. Rodrigo frunció el ceño pensando que se había vuelto loco, pero no dijo nada. Ángel pareció cerrar la mano en el lugar donde había golpeado y tirar hacia atrás. Con un fuerte quejido, la parte inferior se desplazó varios metros, dejando al descubierto una gruta en la que todo era negrura.

Tanto Natalia como el anciano soltaron un grito de asombro. El inspector se volvió hacia ellos con una sonrisa de oreja a oreja. Nadie

había podido ver aquello por la escasa luz que iluminaba el sótano. De todas formas, resultaba impensable hallar algo así. En cuanto a la sangre, al ser reciente, lo más probable es que fuera posterior a los anteriores registros, aunque la suciedad, acompañada de la oscuridad, la volvía casi imperceptible a la vista.

Sin añadir nada más, apuntó con la linterna hacia el interior de la gruta y se arrastró hacia su interior. Podía entrar agachado, pero prefería hacerlo así para más comodidad.

—Podéis entrar conmigo si lo deseáis, pero os advierto de que no tengo ni idea de con qué nos vamos a encontrar.

Escuchó a Natalia introducirse en la gruta tras él y sonrió por ello. Apenas unos segundos después, comprobó que el techo volvía a elevarse hasta una altura razonable. Se irguió y paseó la linterna por el recién descubierto escondite, mientras Natalia llegaba junto a él. Era un espacio cuadrado, muy similar al sótano por el que habían accedido, no era descabellado pensar que años atrás fueran la misma sala.

Avanzó unos pasos para inspeccionar el suelo, pero enseguida se detuvo al chocar con algo duro que le hizo daño en las rodillas. Alumbró hacia abajo, justo para descubrir con horror dos enormes ataúdes muy pegados.

—Abre tú el otro —le pidió a Natalia.

Ella obedeció y ambos hicieron chirriar las tapas de los ataúdes al abrirlas. Ángel alumbró al interior de ambos y solo entonces descubrieron lo que había sucedido.

Dos figuras de aspecto pálido, colmillos afilados y sangre rodeando la comisura de sus labios, descansaban sumidas en un sueño inquebrantable.

—Al final, parece que el Señor March, corrió la misma suerte que su hermana. Aquí los tenemos a ambos.

El valle de fuego

3

El fuego crepitaba mientras los troncos ardían bajo su cálido abrazo. Boster se atusó la larga barba plateada y frunció sus pobladas cejas en un gesto de concentración.

La negrura del bosque se volvía más y más densa a cada segundo, sumiendo el lugar en una completa oscuridad que prometía atemorizar sus corazones. El silencio era tenso, solo alterado por el suave canto de los grillos que se perdía en las profundidades.

El Valle de Fuego se hallaba a pocos kilómetros: la distancia justa y necesaria para que no les afectara su presencia, pero sí poder vislumbrar de forma leve algunos indicios de las llamas.

Bajo la noche estrellada y con la luna llena en lo alto, cinco niños se arremolinaban sentados frente a la hoguera, observando al anciano Boster con expectación.

Este reposaba al otro lado del fuego, sentado sobre el tronco de un árbol caído, en silencio.

—Hoy ha llegado la noche que estabais esperando. Os voy a contar la historia del valle de fuego —anunció, revelando una sonrisa.

—¡Ya tocaba, viejo! ¡Es lo menos que podías hacer, después de no dejarnos visitarlo! —le espetó uno de los niños fulminándolo con sus diminutos ojos.

Boster mostró las palmas de las manos, en señal de calma.

—Relájate, Arin. Ya os dije que ese no era lugar para vosotros. Es peligroso.

—Empiece ya, por favor. Hoy es el último día de la acampada. Mañana tendremos que regresar con nuestras familias.

El que había hablado se llamaba Mereth y era el niño más mayor de todos los presentes. La principal característica de su rostro eran sus largos dientes centrales, que resaltaban de forma inevitable cada vez que abría la boca.

El anciano sonrió con comprensión y asintió.

—Está bien, os voy a contar por qué se le puso ese nombre al valle.

Ory y Osven, los dos niños que estaban al lado de Arin, aplaudieron con energía. Eran hermanos, los más pequeños del grupo. A su lado, acurrucado en un rincón, se encontraba Kort, inmóvil, con el negro de sus ojos fijo en el anciano.

Boster comenzó a relatar la historia:

—Hace algunos años, en ese lugar la naturaleza lo cubría todo con un gran manto de flores, iluminándolo con una amplia variedad de colores. Era una visión que inspiraba felicidad. Su belleza alcanzaba tales límites, que acabó siendo bautizado como el Valle Arco Iris.

»A poca distancia, había una pequeña aldea. La gente que allí vivía adquirió la costumbre de visitar el valle de forma frecuente. Disfrutaban paseando por él, respirando el aire puro mientras el arrollador baile de flores los rodeaba. También se convirtió en un lugar idóneo para los enamorados, como es lógico.

»Pero un día, sus corazones se sumieron en una desolación que no parecía tener remedio: un enorme dragón apareció, proveniente del Norte. Se trataba de una bestia imponente y aterradora que, atraída por la luminosidad del valle, se instauró en él. Tras reposar unos días, decidió cubrirlo de llamas.

»Ante la desastrosa situación, el alcalde de la aldea le pidió a Lodd, su mejor guerrero, que hiciera algo al respecto. A fin de cuentas, estaban en juego las esperanzas de todos los habitantes. Lodd aceptó y, sin importarle arriesgar la propia vida, entró al valle y retó al dragón a un duelo. Era un enfrentamiento demasiado desigual. La bestia, armada con garras, escamas y fuego, frente a Lodd, que apenas contaba con una espada, un escudo y una determinación inquebrantable.

»La batalla resultó feroz durante varios días que resultaron interminables para todos los habitantes, ávidos de buenas noticias.

»Las llamas del dragón terminaron por cubrir cada rincón del valle, causando un daño irreparable. Nunca volvería a ser como antes. Lodd intentaba protegerlo, pero le resultaba imposible, ocupado como estaba en hacer frente a la violenta bestia.

»Hasta que un día, el silencio lo rodeó todo. Los aldeanos, escondidos en sus casas, aterrorizados, esperaron con cautela. Cuando decidieron salir, poco a poco, se acercaron al valle formando un pequeño grupo. Intentaban hacer el menor ruido posible. No sabían con qué iban a encontrarse.

»Sus gritos de alegría resonaron en todos los rincones cuando descubrieron el cadáver del dragón entre las llamas. Pero no había ni rastro de Lodd. El incendio no cesaba, ni siquiera con el paso de los días, y eso hacía muy complicada la búsqueda del héroe. Unos y otros se internaron muchas veces en el valle para dar con él, pero solo

encontraron algunos restos de su ropa y sus armas. Nadie sabía qué había pasado, terminaron por suponer que, tras acabar con la bestia, Lodd había caído presa del fuego, tan potente y en tan grandes cantidades que se había vuelto inextinguible.

»Desde entonces y hasta hoy, lo hemos conocido como el Valle de Fuego.

El anciano calló y sonrió a los niños, expectante. Sus rostros mostraban concentración: trataban de asimilar la historia. Se irguió y les instó a levantarse.

—Ha sido una historia genial viejo, gracias —dijo Arin al fin, con una sonrisa.

—Gracias. Ahora, a dormir, que mañana tenéis que levantaros pronto. Ya está bien de historias por hoy.

Obedecieron sin rechistar y comenzaron a caminar de regreso a la pequeña casa de campo donde se hospedaban. Avanzaban contentos, impresionados por la fantástica historia que Boster les había relatado.

Todos menos uno, Kort, que se incorporó más despacio que el resto para esperar al anciano.

—Has omitido algunas cosas, viejo –le indicó con un gesto afable.

Este sonrió divertido y posó una mano sobre su hombro.

—He tenido que suavizarla un poco, ten en cuenta que solo se trata de niños.

Kort asintió con la cabeza. Mientras, su mirada parecía perderse en la distancia.

Boster lo observó con curiosidad.

—¿Vas a continuar conmigo?

El niño suspiró y encogió los hombros con resignación.

—Sí, por supuesto. No tengo a donde ir.

—Tienes una familia que piensa que has muerto. Deberías decirles la verdad.

—No puedo ¿Qué les diría? No me creerían —respondió, negando con la cabeza.

Ambos comenzaron a caminar hacia la casa mientras los rayos de la luna rodeaban sus siluetas. El anciano apretó la mano que todavía tenía sobre el hombro del niño.

—Está bien, como quieras, Lodd. Yo cuidaré de ti.

Tensión en el ambiente

4

Alfredo recorría la calzada radiante. Aquel era un gran día, empezaba en su nuevo trabajo, algo que le aportaba felicidad y nervios al mismo tiempo.

Había pasado demasiados meses en paro, sintiendo que perdía el tiempo sin poder remediarlo, solo dejar que las horas avanzasen sin nada reseñable que las volviese importantes.

Cruzó la entrada del edificio donde se encontraba su nueva oficina, cuya estructura resultaba imponente,. De hecho era la segunda edificación más alta de la ciudad, y también considerada una de las más bellas.

El ascensor lo llevó en pocos segundos hasta la última planta. Salió con las piernas temblorosas, enfrentándose a la majestuosa puerta que parecía lucir con orgullo el nombre de la empresa.

Frotó sus manos, ansioso y tomó aire para tratar de relajarse. Los nervios estaban comenzando a jugarle una mala pasada, haciéndose más fuertes en su interior conforme se acercaba el momento.

Llamó al timbre y recibió de inmediato la señal que le invitaba a pasar. Una mesa en forma de semicírculo le dio la bienvenida. Tras ella, la pequeña mujer con gafas redondas que ya había conocido en la entrevista, le miró por un breve instante con desinterés, volviendo a centrar la atención en su trabajo durante algunos segundos antes de dirigirse a él.

—Bienvenido, vaya al final del pasillo y entre por la puerta que verá a su izquierda —le indicó con sequedad.

Él obedeció, sorprendido de que lo hubiera reconocido tan rápido, pero no dijo nada. Su escasa amabilidad no le cogió por sorpresa, ya la había podido constatar al conocerla en la entrevista.

Al llegar a su destino, abrió la puerta indicada. Tras ella, descubrió una amplia oficina alargada cuya extensión era tal, que su fondo parecía inalcanzable.

Se encontraba repleta por infinidad de mesas de trabajo. El ruido de los dedos aporreando los teclados, creaba un ambiente cargado y hasta molesto, aunque supuso que, sus nuevos compañeros ya se habrían habituado.

Se quedó inmóvil, sin saber qué hacer, así que miró de reojo y contabilizó hasta cuarenta personas en su silla de trabajo. Descubrió con desazón que varios le echaban miradas furtivas y susurraban entre

ellos. Algo le daba mala espina.

—¡Usted debe ser Alfredo! ¡Bienvenido, sígame! —dijo de pronto un hombre elegante y con sonrisa forzada.

Le acompañó hasta la que supuso que sería su mesa a partir de ese momento, situada al fondo de la sala. Se sentó en silencio y tras recibir unas rápidas indicaciones y despedirse del que debía ser el jefe, se centró en el ordenador que tenía delante. Enseguida pudo sentir el aluvión de miradas que se cernían sobre él como si de una gran ola de mar se tratase, mientras luchaba por ignorarlas.

Comprobó con sorpresa como el suave murmullo que producían los dedos al aporrear las teclas que había escuchado desde que había entrado, habían descendido de forma gradual. Podía sentir que algo estaba a punto de ocurrir.

De repente, la sala enmudeció y todas las luces se apagaron, sumiendo la estancia en una oscuridad impenetrable, solo alterada por la escasa luz que se filtraba a través de las cortinas echadas. Se levantó con el corazón en un puño, volviéndose para todos lados. Podía escuchar con claridad el ruido de las pisadas, pero no era capaz de ver nada más que sombras y siluetas confusas. El miedo se apoderó de él, en ese momento, obligándolo a mantenerse quieto, mientras reflexionaba en qué clase de lugar se había metido.

Segundos después, regresó la luz y con ella la claridad. Se tapó la cara en un acto reflejo, golpeado por la brusquedad del cambio. Parecía haber sido un simple apagón, pero quedó helado al comprobar la situación actual en la que se encontraba. Estaba solo. Todos habían abandonado la estancia.

Pensó que lo mejor sería marcharse. Fue entonces cuando descubrió que la puerta estaba cerrada con llave. En ese momento, una voz sonó por megafonía.

—¡Nuestro plan ha salido a la perfección! ¡Ahora ya no podrás escapar!

Alfredo se giró hacia el lugar de donde provenía, descubriendo por primera vez el altavoz que había colocado en lo alto de una de las esquinas. Reconoció al momento la voz del que suponía que era su jefe.

—¿Pero de que están hablando? —farfulló.

—No finjas. Te hemos descubierto. Morgus.

—¿Qué?

—¡Lo único que importa, es que no saldrás con vida de aquí!

—¡Se están confundiendo! ¡Yo…! —gritó Alfredo, que estaba comenzando a entenderlo todo.

Pero un débil silbido le obligó a callar. Entre las rendijas del aire acondicionado, se filtraban pequeñas nubes de humo.

Era gas.

—¡Yo no soy Morgus! ¡Es un error! —gritó Alfredo desesperado.

—Era obvio. Estaba seguro de que dirías eso. No creas que la policía es tonta.

Corrió entre las mesas tratando de buscar una solución desesperada para salvar su vida. Sabía que ya era imposible convencerlos de su inocencia.

Se trataba de algo absurdo, de locos, pero la realidad era que lo estaban confundiendo con él, con aquel enmascarado que saltaba sobre los edificios para acabar con los criminales, haciendo uso de las artes marciales y diversas armas.

Se pegó a los grandes ventanales y descorrió las cortinas. La increíble altura a la que se enfrentó, le produjo una sofocante sensación de vértigo. Saltar era impensable, una muerte asegurada y mucho peor que la que le esperaba si se quedaba allí. Se dejó caer sobre el suelo, apoyando la espalda en la pared, abatido. El gas avanzaba de forma inexorable, dejándole claro que pronto moriría asfixiado.

Nadie conocía la identidad de Morgus, ni de dónde venía. Solo se dejaba ver cuando lo consideraba oportuno y desaparecía sin ser visto tras lograr su objetivo. La mayor parte de la población lo consideraba un héroe, pues ayudaba a enfrentar al crimen, pero las autoridades lo habían catalogado de asesino, no aprobaban sus métodos sanguinarios ni les gustaba que actuase al margen de la ley.

Su corazón pareció dar un salto y casi salirse de su pecho cuando el fuerte estruendo de los cristales rompiéndose a su lado, le cogió por sorpresa. Una oscura figura aterrizó a escasos metros, emitiendo un ruido seco. No tuvo tiempo para ver de quién se trataba, el recién llegado le agarró con fuerza y tiró de él. Sintió como ambos salían por la ventana y se elevaban cruzando las oleadas del viento. El mundo se volvió vertiginoso para sus ojos, antes de perder el conocimiento y fundirse en negro.

Despertó de golpe, descubriendo que se encontraba apoyado sobre

una pared en una oscura y pequeña habitación que solo contaba con una cama y un pequeño televisor que reposaba encima de una mesa cuadrada. Junto a él, Morgus lo observaba con su rostro oculto bajo la máscara.

—¿Estás mejor? —le preguntó con voz grave.

—¿Por qué me has salvado? —quise saber, mirándolo con curiosidad.

—No podía dejar que murieras por mi culpa. Era injusto, no eres un hombre malo.

—Gracias. Pero no sé como pudieron confundirme contigo.

Se hizo un silencio, hasta que él tomó la palabra.

—Eso es porque en mi última aparición descubrieron mi rostro. Debería haberte avisado, hermano.

—¿Cómo…? ¡Me dijeron que moriste al nacer!

Sin añadir nada más, Morgus reveló su apariencia. Alfredo abrió la boca, perplejo, invadido por la sorpresa. Era la primera vez que veía algo así. Era como mirarse a un espejo.

Inevitable

5

La luz del día incidía con insistencia sobre las flores que se repetían a lo largo del paseo, aportándoles un aspecto luminoso. La calidez característica del verano hacía crecer la temperatura a pasos agigantados, ayudada por la escasez de nubes que dejaban al descubierto un refrescante cielo azul.

Me incliné ante la tumba y coloqué el ramo de flores que había traído. Me incorporé, quedándome inmóvil y sin poder apartar los ojos del nombre de mi madre grabado sobre el mármol.

Me habían asegurado que visitarla con frecuencia ayudaba a llevar mejor la pérdida, pero era mentira. O al menos, conmigo no funcionaba. Hacía ya tres años que había muerto en aquél maldito accidente de tráfico, justo cuando iba a empezar su viaje de negocios a Valencia. Yo tenía veintitrés años cuando sucedió, no era una niña, pero me quedé sola, pues mi padre nos había abandonado cuando yo tenía pocos años.

Ahora, había logrado estabilizar mi vida, pero sabía que nada iba a poder llenar por completo el vacío que su marcha había dejado.

Suspiré con desánimo y me volví, dispuesta a salir del cementerio. Me alejé varios metros, antes de descubrir como dos hombres que no había visto en mi vida se acercaban a la tumba de mi madre.

Eran altos, uno corpulento y el otro muy delgado. Ambos mantenían los ojos ocultos bajo gafas oscuras, como si quisieran ocultar sus intenciones.

No les quité el ojo de encima. Estaba segura de haber llegado a conocer a todos los amigos y conocidos de mi madre, y no me sonaban de nada.

Me oculté tras el árbol más cercano e intenté escuchar lo que decían.

—¿Por qué tenemos que hacer esto? Es absurdo —replicaba el corpulento con cara de disgusto.

—Relájate, solo hemos venido a comprobar que todo está bien porque nos pillaba de camino. No podemos dejar que nadie descubra que está viva —afirmó el otro.

Mi corazón dio un vuelco al escuchar aquello.

—¡Oh, venga ya! Nadie va a sospechar por unas flores marchitas. Además, mientras no se entere su hija, no hay ningún problema.

El impacto de aquellas palabras fue demoledor. Mis pulsaciones se aceleraron irremediablemente. Era cierto que no había estado presente en el momento de su muerte. Ahora la duda se había grabado en mi piel como un tatuaje, ya no estaba segura de nada ni de nadie. ¿Y si era cierto lo que decían esos tipos?

—¡A ti lo que te pasa es que te gusta! Como ahora vive contigo —gritó el calvo alterado mientras apuntaba a su compañero con un dedo acusador.

—No digas tonterías. ¿Acaso estás celoso? —respondió este dándole la espalda e iniciando el camino de regreso al exterior.

Una sonrisa pícara apareció en mi rostro: sin querer, me habían dado una pista que seguir. Esperé con paciencia hasta que se alejaron lo suficiente y salí de mi escondite.

Cuando lo consideré oportuno, caminé tras ellos poniendo especial cuidado en no llamar su atención. Comprobé con alivio como se montaban en un coche negro de alta gama. Sin que me vieran, apunté la matrícula del vehículo en mi móvil para no olvidarla. Seguía sin creer que mi madre estuviera viva, pero tampoco podía dejar de pensar si aquellos tipos decían la verdad. No podía negarme a la evidencia.

Después de hacer varias indagaciones, gracias a un amigo que trabajaba en tráfico, supe que además de que la matrícula era francesa, la dirección de ese tipo.

Cinco días después, tomé un avión. En cuanto aterricé, me subí a un taxi que me llevó hasta donde él vivía. Descendí del coche y me acerqué hasta la casa. Se trataba de una mansión.

Unos altos y gruesos muros de piedra, lo rodeaban todo, impidiendo vislumbrar apenas algún detalle del interior. La rodeé con calma, prestando atención a cada detalle que pudiera mostrarme alguna manera de colarme.

Comprobé con desilusión que aquello no iba a dar resultado, no me veía capaz. Me maldije a mí misma por haber sido tan ingenua, estaba claro que aquello estaría fuera de mi alcance. Decidí que la única opción que quedaba era vigilar la casa durante algún tiempo, esperando a que mi madre decidiera salir y así acercarme hasta ella.

Me hospedé en un hotel para dedicarme a observarla desde la distancia durante tres días, en los que solo pude ver como el hombre delgado que había visto en el cementerio junto al corpulento, salía

varias veces en un lujoso coche conducido por un chofer. Apenas solía pasear gente por allí, al estar en un lugar apartado de la ciudad.

Al cuarto día, el coche volvió a salir pero esta vez pude reconocer el rostro de mi madre en el asiento trasero. Mi corazón palpitó de tal forma que casi me dolía en el pecho, su repentina aparición me había pillado por sorpresa. Suspiré, dentro del vehículo no podría acceder a ella. Al observarla por unos segundos más, todo mi cuerpo se vio dominado por un temblor incontrolable, provocando que sintiera que aquello iba a ser más difícil de lo que había creído en un primer momento.

Al día siguiente, a una hora similar, ella volvió a aparecer pero esta vez, para mi alivio, caminando. Yo seguía aterrada, pero sabía que tenía que hacerlo. Era el momento. Tras años llorando su muerte, al fin la tenía a mi alcance, Y cuyo inesperado regreso había puesto mi mundo del revés en apenas unos días.

Una extraña sensación de júbilo nació dentro de mí conforme me acercaba a ella, mitigando el resto de sentimientos con facilidad. Me sorprendí, al tratarse de algo confuso e incontrolable que no lograba interpretar.

Cuando ya estuve muy cerca, se percató de mi presencia, dando un respingo. La sonrisa que le estaba dedicando se apagó al encontrarme con el gesto de terror que recorría su rostro. Como si tratara de darme un aviso, mi mente me recordó en ese instante lo que había dicho el hombre corpulento sobre mí en el cementerio.

—¡Guardias! ¡Maldita sea! ¡Me ha encontrado! —gritó desesperada volviéndose hacia la casa.

—¿Qué te pasa mamá? ¿Por qué no te alegras de verme?

Ella fijó sus ojos en los míos, mientras retrocedía con lentitud. Su expresión de pánico iba en aumento.

—Tú no lo entiendes. ¡Socorro!

Nada tenía sentido para mí, pero algo me empujaba a acercarme hasta ella cuanto pudiera. La sensación de júbilo latió cada vez con más insistencia, como si algo viviera en mi interior y cobrase gran intensidad a cada segundo.

Me lancé hacia delante, con un salto ante al que ella reaccionó chocando contra el muro de la mansión. Me incliné sobre su cuerpo, mientras podía ver como luchaba por levantarse antes de que mis manos se cernieran sobre su cuello. Todo resultó confuso para mí,

convirtiendo la realidad en una película de imágenes que se intercambiaban con gran velocidad, menos el pánico que reflejaban sus ojos, permaneciendo en mi mente, imborrable, de forma tan veraz que casi se podía palpar.

Mi cuerpo cayó a un lado, apartado de forma brusca al ser golpeado por algo. La visión de la calle a mi alrededor pareció ayudarme a recobrar el sentido que tenía la normalidad. Me giré, soltando un grito de horror al descubrir el cadáver de mi madre apoyado sobre la pared. El guardia de seguridad me sujetaba por ambos brazos con demasiada fuerza, como si temiera que fuese a hacer algún movimiento extraño. Pero lo que más me inquietó fue el baile de recuerdos difusos que ahora dominaba mi cerebro, como si solo hubiese sido una mera espectadora de mi propia vida.

—¡María! ¡No!

Me volví en dirección a la gran entrada del recinto, por donde llegaba el hombre que había visto en el cementerio. Se inclinó sobre el cuerpo y empezó a llorar, destrozado.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté con un hilo de voz.

Él me miró con ojos tristes. Para mi sorpresa, su expresión mostraba compasión en lugar de furia.

—Supongo que después de todo, era inevitable —hizo una pausa para tomar un poco de aire—. Tu madre era un agente secreto, de las mejores del cuerpo, pero la descubrieron y vuestras vidas corrieron peligro.

Lo miré apremiante, cada vez más nerviosa. No sabía que podía decir. Él asintió, apretando los labios, formando una delgada línea.

—Te cogieron antes de que ella pudiera ponerte a salvo. No recuerdas nada, pero te manipularon durante algún tiempo.

La tensión seguía aumentando por segundos.

—¿Qué quieres decir con que me manipularon?

El hombre desvió la mirada, incómodo.

—Te insertaron un chip en el cerebro con una sola orden grabada en él. Resultaba imposible alterarlo sin matarte.

Mi cuerpo perdió todas las fuerzas de las que aún disponía, impactada por la horrible revelación que acababa de descubrir. El acto de mi madre por salvarme la vida, había terminado por resultar siendo su sentencia de muerte.

El camino de Carol

6

Carol camina con decisión atravesando la entrada norte del pueblo. Muestra un aspecto desaliñado, ropa sucia y piel cubierta de polvo. Su cabello alborotado ondea al son de la brisa que la azota en ese caluroso día. Son las doce de la mañana y el sol calienta sin piedad, pues en el cielo no hay una sola nube.

Se trata de un pueblo pequeño en medio de un valle desabrigado, entre varias montañas, y poca gente lo conoce. En él vive apenas un puñado de habitantes, tan pocos que casi se consideran una gran familia.

Carol avanza con la mirada perdida, no parece tener un rumbo fijo, ni sitio a donde ir. Tiene un pequeño secreto. Algo que la persigue y atormenta.

Durante meses ha recorrido infinidad de pueblos y ciudades buscando respuestas sin suerte. Con la poca esperanza que le queda, ha llegado al pequeño pueblo situado al sur del país, alejado de la civilización. A ella le viene muy bien que no sea conocido. Así podrá comprobar de una vez por todas si lo que la atormenta es real o no.

En ese momento escucha unos disparos. Carol mira hacia la izquierda, de donde intuye que provienen. Una idea cruza su mente y acelera el paso. No puede evitar correr, nerviosa por llegar al origen del alboroto cuanto antes.

Es un atraco. Cuatro hombres encapuchados están saliendo de un banco y han tomado a una joven como rehén. La policía vigila en frente, agazapada tras los vehículos, sin atreverse a disparar por la presencia de la chica.

—¡Dejadnos marchar o mataremos a la muchacha! —exige uno de los atracadores.

Los policías no contestan. Sus rostros están serios y pasean la mirada rápidamente de la prisionera a los hombres que la retienen.

Ante la impasibilidad de la policía, los atracadores empiezan a alejarse del edificio mientras sus sonrisas se delatan con prepotencia.

Casi de inmediato Carol aparece ante ellos. Les mira, seria, y extiende los brazos en cruz.

—¡Quítate de en medio, chica! —grita uno de los hombres

—No —se limita a responder ella, impasible.

—¡Señorita, salga de ahí! ¡Está arriesgándose demasiado! —grita uno de los policías con desesperación.

Pero ella sigue inmóvil, con la vista fija en las pistolas que la están apuntando.

En ese momento, uno de ellos se harta y le acerca el arma, dejándola a solo unos centímetros de su rostro.

—O nos dejas pasar, o te vuelo la cabeza de un tiro.

Carol sonríe con suficiencia durante una milésima de segundo, gesto que resulta casi imperceptible y da un paso hacia delante, pegando su frente a la pistola.

—Adelante.

Los tres atracadores se miran entre sí, incrédulos. Pero el que sujeta el arma no vacila y aprieta el gatillo. El disparo la sacude justo en mitad de la frente, y un fuerte estruendo recorre la calle. Carol se desploma sobre el suelo, muerta.

Policías, rehén y la poca gente que hay en el lugar gritan al ver la horrible escena que acaba de suceder ante sus ojos. Los ladrones aprovechan la confusión para tirar a la chica al suelo y fugarse. Los agentes montan en el coche y salen tras ellos a toda velocidad. La chica retenida huye del lugar muy asustada y la gente se dispersa. El área queda desierta en cuestión de minutos.

Unos segundos después, Carol se levanta como un resorte. Se toca la herida de la frente y comprueba que ya se ha cerrado. Suspira, abatida y desconcertada a la vez. Ha vuelto a obtener el mismo resultado.

Mira alrededor y comienza a alejarse del lugar antes de que la policía regrese a por su cadáver. Espera que nadie la haya visto. Pero cuando ha cruzado media calle, una chica aparece ante ella. La mira con ojos llenos de incredulidad. Carol asume que la han descubierto.

—¿Cómo has hecho eso? —susurra la joven.

—¿Hacer qué?

—Volver a la vida —le índica la chica señalando el lugar donde ha recibido el disparo.

—Yo no he hecho tal cosa, no sé de qué me hablas —responde Carol con firmeza, sin mirarla directamente a los ojos.

—¡Acabo de verlo todo! ¿Cómo puedes…?

Carol decide actuar tapándole la boca. Mira a todos lados con inquietud.

—Está bien, te lo contaré, pero vámonos de aquí. No quiero que nadie más se entere.

Ambas se alejan varias calles y se acurrucan en una esquina, sentándose en el suelo.

—Creo que lleva sucediéndome desde niña, pero me di cuenta hace pocos años.

La chica no dice nada, solo espera a que ella continúe la historia.

—Me caí por un barranco, pero me incorporé como si nada. Las heridas sanaron en cuestión de segundos, como ahora.

—¿Eres inmortal? —pregunta la chica muy despacio.

Carol mira al suelo con gravedad.

—Aquel día no comprendí nada. Los años siguientes los dediqué a averiguar por qué me pasaba esto. Me dañaba a propósito, pero siempre ocurría lo mismo.

La chica da un salto, su rostro muestra una expresión de auténtico miedo.

—¡Eres un monstruo! ¡Estás maldita! —le grita mientras se aleja de ella a toda velocidad, perdiéndose por una esquina.

Carol se queda mirando apenada el lugar por donde se ha marchado. Decide levantarse y continuar su camino. No le sorprende su reacción, tampoco es la primera vez que le ha pasado. Por eso nunca se atreve a confiar su secreto a nadie. Se dirige a las afueras del pueblo, dispuesta a seguir la búsqueda de la verdad sobre sí misma.

—Me veo obligado a contártelo —le dice una voz masculina en el interior de su cabeza.

Ella enarca las cejas y mira en todas direcciones. No comprende nada, esto nunca le ha sucedido.

—¿Quién eres? ¿Dónde estás? —grita a todo pulmón.

—Soy tu creador.

—¿Creador? No entiendo nada —responde ella, desconcertada.

—Sí, tú eres la protagonista de mi historia. Mira, te lo mostraré.

Un cómic aparece a sus pies. Se agacha para cogerlo. Su imagen resalta en la portada, su rostro está serio, mirando hacia delante. *El camino de Carol,* reza el ejemplar con grandes letras. Lo ojea y suelta un grito de asombro, toda su vida está ilustrada en las páginas, incluso lo sucedido hace apenas unos minutos.

Una sonrisa amanece en su rostro. Todo ha terminado, su búsqueda ha llegado a su fin.

Obsesión

7

Como cada mañana, me levanté para ir a trabajar. Mi primer pensamiento fue para ella, la mujer de mis sueños. Deseaba volver a verla y disfrutar de su sonrisa, esa que iluminaba mi corazón.

Me vestí a toda prisa, al ritmo acelerado de mis pulsaciones descontroladas. No la veía desde el Viernes y la había echado de menos con fervor. Salí al exterior a la carrera, bajando los escalones de dos en dos. Me sabía el camino de memoria, casi podría recorrerlo con los ojos cerrados.

Mientras avanzaba, mi rostro dibujaba una sonrisa imaginando como sería nuestro esperado reencuentro. En mi cabeza solo había sitio para ella. Incluso me habían llegado a llamar la atención varias veces en el trabajo por perderme en ensoñaciones.

La amaba.

A mis cuarenta y dos años, nunca había sentido nada igual por ninguna mujer. Ya estaba cerca. Tan solo había una distancia de dos calles hasta la tienda donde ella solía estar. Mis piernas empezaron a temblar y mi cuerpo a sudar por culpa de la tensión que me bloqueaba los sentidos.

Llegué hasta la fachada de la tienda. Era una floristería. La vi a través de la ventana y mi corazón dio un vuelco, como si hubiera llegado a detenerse por un segundo. No creía que fuera posible, pero estaba todavía más hermosa de lo que la recordaba. Llevaba una diadema rosa y un vestido impresionante a juego. Sus movimientos eran tan angelicales como siempre.

Sin saber cómo había llegado a esa posición, me encontré pegado al cristal del escaparate. Me aparté rápidamente, luchando por volver a tomar el control de mis emociones. Dos clientas mayores me estaban mirando con cara de pocos amigos, pero evité el contacto visual. Mientras ella no me mirase mal, yo sería el hombre más feliz del mundo. No me importaba nada más.

Decidí armarme de valor. Llevaba semanas queriendo entrar a hablar con ella, pero nunca me atrevía a dar el último paso. Hoy era diferente. No podía fallar. Lo sabía.

Me lancé al interior de la tienda sin pensar y me acerqué hasta ella. Al tenerla tan cerca, sus facciones me parecieron todavía más hermosas, obligándome a sonreír como un idiota.

—¿Quiere algo, señor? —me preguntó con una sonrisa inocente

desde la silla que en la que estaba sentada.

La miré embelesado. Claro que quería algo, pero no de la forma que ella pensaba.

—¿Tú a quién quieres más, a papá o a mamá? —logré preguntar tras unos segundos de vacilación. Me arrepentí al instante de la absurda pregunta.

Ella soltó una risita y se quedó pensando.

Nuestra conversación fue interrumpida por la aparición de una mujer, que se acercó hasta ella.

—Vamos, Marta, hija, que llegamos tarde al colegio.

La niña sonrió a su madre y asintió con una inclinación de cabeza. Bajó de la silla de un salto y juntas salieron al exterior, olvidándose de mí por completo.

Me quedé allí pasmado, sin poder hacer nada más que seguirla con la mirada.

Una figura en la noche

8

Mis ojos se abrieron con lentitud. El sopor me dominaba casi por completo, pero sentía la necesidad de acercarme hasta el aseo. Paseé la mirada por mi habitación: todavía era de noche. El reloj de la mesita que había a mi lado marcaba las tres y media.

Salí de la cama dejando escapar un bostezo y caminé hasta el exterior de la habitación. La casa estaba en calma; mis padres dormían como ángeles en su habitación, y apenas se podía escuchar un solo ruido. Todo era silencio.

Observé el espejo del baño durante unos instantes. El reflejo de una niña de trece años, con rizos rubios y piel blanca me devolvió la mirada.

Cuando terminé, volví a la habitación y, justo cuando me disponía a regresar al interior de la cama, algo llamó mi atención. En el exterior, a través de la ventana abierta, se podía vislumbrar una luz tenue. Intrigada, me acerqué hasta el alféizar. Esperé un poco a que mis ojos se acostumbraran a la oscuridad y entonces pude reconocer con claridad a mi padre. Fruncí el ceño, no comprendía qué podía estar haciendo en el campo que había frente a la casa a esas horas de la noche.

Se encontraba encorvado sobre una parte del terreno que alumbraba con una linterna. Vi como echaba vistazos rápidos a su alrededor, parecía que le preocupaba ser descubierto. Me oculté bajo la ventana para que no me viera. ¿Qué estaría haciendo? Mi curiosidad era tan fuerte que mi cuerpo se estaba olvidando del sueño.

Cogió una pala y empezó a cavar junto a sus pies. Abrí la boca en señal de sorpresa, no habíamos cavado nunca nada delante de la casa. Al parecer, él sí que había escondido algo, y quería sacarlo a escondidas de su familia. Me enojé; no podía creer que nos escondiera algo así. Mi padre, que siempre había sido tan afectuoso y tan sincero con mi madre y conmigo. Debía descubrir qué nos estaba ocultando. Era imposible ya pensar en dormir sin saber la solución del misterio.

Pocos minutos después, se detuvo. Al ver que tiraba la pala a un lado, me atreví a estirar el cuello para no perder detalle. Alargó un brazo hacia el interior de la cavidad para ayudar a salir a alguien. Mis latidos se aceleraron en solo cuestión de segundos. Un brazo surgió del fondo del agujero para agarrar la mano que le ofrecía mi padre. Lentamente, salió al exterior la figura de una niña con rizos rubios y

piel blanca que no debía tener más de trece años.

Mis ojos se abrieron como platos en un gesto de total incredulidad. Conocía demasiado bien esa figura.

Esa niña era yo.

Mi lugar

9

Al otro lado de los barrotes de la pequeña jaula donde me encontraba cautivo, todo era verde. La espesura de la naturaleza se extendía hasta donde mi vista no alcanzaba.

Estaba atrapado en una isla desconocida para el mundo en la que no había nadie. Nadie, excepto ellas. Esas bestias temibles vagaban a sus anchas, sin impedimento alguno. Todavía no se habían percatado de mi presencia, pero sabía que tarde o temprano lo harían, y entonces, sería el fin.

Él las conocía bien. Sabía que eran lo peor que había parido la Tierra. Por suerte para los humanos, su existencia se limitaba a aquel lugar, y apenas habían sido descubiertas por algunos marineros que, de vez en cuando, se topaban con la isla por casualidad. Nadie regresaba para contarlo. Esa era la razón por la que *él* decidió encerrarme aquí.

Por si aquello fuera poco, todo se había vuelto oscuro desde que la guerra comenzara, cuando fui encarcelado. El cielo ya no volvió a ser celeste, opacando el sol y convirtiendo el negro en su color habitual. Rayos y relámpagos incidían sobre la tierra varias veces al día. Demasiadas. El desastre y el terror no habían hecho más que empezar.

Tenía que escapar costase lo que costase, y debía hacerlo antes de que las bestias dieran conmigo. Miré las hojas caídas alrededor de la jaula, sabía que si estiraba un brazo podría coger alguna de ellas y grabar un mensaje con mi sangre. Deseché la idea al momento. Era una locura. La herida atraería a las bestias hasta mi posición y las probabilidades de que quien me estaba buscando viera la hoja volando en el aire eran tan escasas que solo considerar la posibilidad ya parecía estúpido.

Varias noches después, un sonido de pisadas cercanas me sacó del duermevela. Supe al instante que se trataba de ellas. Me habían encontrado. No temblé, aunque podía sentir una extraña sensación de miedo que comenzaba a abrirse camino en mi interior. Nunca en toda mi vida había experimentado tal sensación. Pero ahora todo era diferente para mí. Apreté los dientes sintiendo cómo la furia y la sed de venganza recorrían mis venas como si de un fuego ardiente se tratase. Me lo habían arrebatado todo. Deseaba con todas mis fuerzas ser como antes, cuando no tenía nada a lo que temer.

El sonido era cada vez más fuerte. Estaban recortando distancias. Me mantuve firme en mitad de la jaula, aunque no sabía qué haría cuando las viera aparecer. Un brillo amarillento e incandescente apareció en el cielo, cegándome por completo. Me protegí el rostro con las manos hasta que mis ojos se acostumbraron a la reciente luminosidad, justo para ver una delgada figura que conocía demasiado bien. Descendía por el interior del camino de luz en dirección a mí. Sonreí. Por fin me había encontrado. Estaba salvado.

El rostro enjuto de Ahmir, mi ayudante, apareció al otro lado de los barrotes, observándome con atención. Podía ver el estado tan lamentable en el que se encontraba, cubierto de heridas que recorrían todo su cuerpo.

—Me ha costado mucho encontrarte. La guerra ha comenzado.

Asentí varias veces con la cabeza.

—Todo empezó el día que *él* ascendió y me arrebató el trono. Todavía no sé cómo pudo hacerlo.

—Muy sencillo, alimentó su alma con artes prohibidas que le dieron un poder inimaginable.

El sonido de las bestias volvió a sonar, más claro que nunca. Estaban muy cerca.

—¡Rápido! ¡Sácame de aquí si no quieres que seamos la comida de esos monstruos!

Ahmir se apresuró a obedecer mi orden y en pocos segundos ya me encontraba fuera de la celda. Flotamos en el aire, elevándonos varios metros por encima de la isla. Eché una ojeada alrededor, comprobando el desastroso estado en el que se encontraba sumido el mundo.

—*Él* ha empezado a reclutar un ejército venido del mismísimo inframundo.

—¿Está dejando regresar a los muertos? —pregunté casi a voz de grito.

Mi ayudante asintió en silencio, muy serio. Apreté los labios, furioso. Esta vez Lucifer había llegado demasiado lejos. Pretender derrotarme a mí, el Dios de la Tierra, arrebatármelo todo. Había llegado la hora de que lo echase del Cielo y recuperase mi trono. Mi lugar.

Asalto

10

La reina se incorporó sobre la cama, sobresaltada. Se sentía inquieta y no sabía por qué. Miró a su alrededor. Todo en la habitación real estaba en orden y su marido, el rey, dormía plácidamente a su lado. Suspiró. Quizá solo había tenido una pesadilla. Salió de la cama y paseó por la gran habitación aparentando una calma que no sentía. Era inmensa, llena de colores vivos y de un sinfín de adornos brillantes por todos los rincones.

—¡Adela! —llamó.

Pasados unos instantes, su criada entró en la habitación empujando las dos grandes puertas.

—Sí, señora. ¿Desea el desayuno?

Ella se acomodó su largo pelo castaño y asintió con una amplia sonrisa: le gustaba mucho esa mujer, era muy servicial.

—¿Qué es este alboroto? —gruñó el rey al tiempo que se levantaba de la cama.

El aspecto de su majestad, recién levantado, no era de lo mejor. Su pelo blanco, algo crecido, lucía alborotado.

La reina le sonrió de forma irónica.

—Tan gruñón como siempre, Arthur. Tan solo tenía ganas de desayunar. ¿Qué tiene eso de malo?

Él se acercó a su mujer y la besó con dulzura.

—Nada, Lyssa, todo lo que tú desees está bien.

El rey se dio la vuelta y se acercó a la gran ventana de la habitación. Abrió las dos hojas de par en par y se relajó mientras observaba el paisaje a sus pies. Fuera, los campos verdes que formaban su reino rodeaban la torre real. Algo llamó su atención; enarcó las cejas: no podía creer lo que estaba viendo.

—¡Lyssa! ¡Corre! ¡Ven a ver esto! —rugió con urgencia.

Ella acudió al instante. Al ver lo que señalaba su marido compuso un gesto de horror.

—¡Los gigantes!¿Por qué…? —enmudeció antes de concluir la pregunta. Temía la respuesta, pero no quería que nadie se enterara.

Arthur salió corriendo de la habitación.

—¡Debemos alertar al ejército real! ¡Planean asaltar la torre!

Lyssa observó durante unos minutos más la escena: un gran ejército de gigantes corría hacia la torre por los verdes campos del reino, aunque aún estaba lejos. Tragó saliva. Ella conocía bien el

poder y la fuerza que tenían. Iba a ser difícil detenerlos. Se mordió el labio inferior como si con ello pudiera frenar el sentimiento de culpa: había cometido un grave error.

Sus dos guardias personales irrumpieron en la habitación ataviados con sus trajes de guerra.

—¡Cierre la ventana, majestad! ¡Debemos bloquear todas las entradas!

Cerraron con fuerza y sacaron a la reina de la habitación.

Mientras corrían por los pasillos, Lyssa sintió un miedo atroz: los gigantes nunca habían atacado, pero sabía que eran unos rivales temibles, más aún si atacaban todos juntos. No quería imaginar cuál sería el desenlace de la batalla que estaba por comenzar.

Mientras avanzaban por el interior de la torre, se encontraron con distintos miembros del ejército real corriendo escaleras arriba y abajo. Un sinfín de llamadas de cuerno y órdenes resonaban por todo el lugar.

—Tanto usted como el rey deberán esperar en lo más alto de la torre hasta que logremos ganar la batalla. Es lo más seguro —le dijo Conan, uno de los guardias que la acompañaban.

Lyssa asintió con seriedad.

—No es necesario que vengáis los dos, me basta con que vengas tú solo, Conan.

Los guardias asintieron. El segundo hizo una reverencia y se marchó escaleras abajo. La reina y Conan iniciaron el ascenso por la escalera de caracol que llevaba a lo más alto de la torre. Lyssa subía con dificultad, sin levantar la mirada del suelo, mientras agarraba con ambas manos los faldones de su vestido blanco, consciente de que podía tropezar en cualquier momento.

Él se agachó junto a ella.

—Yo estaré con ustedes para protegerlos con mi vida, si es necesario —anunció con una sonrisa tranquilizadora.

La reina lo miró y le sonrió con dulzura. Apreciaba su gran valor y su devoción por ellos. Era el mejor guerrero y tenía un gran corazón. Se sonrojó y bajó de nuevo la mirada: siempre se sentía inquieta cuando él estaba cerca.

Pocos minutos después, llegaron al final de la escalera. Una pequeña puerta de madera apareció ante ellos. El guerrero la abrió y cedió el paso a la reina. Entraron en una pequeña sala redonda. No

tenía techo. Estaba considerado el lugar más seguro de la torre, pues se podía utilizar como mirador a través de sus múltiples agujeros en las paredes sin ser visto desde el otro lado.

Arthur se hallaba junto a uno de los agujeros, observando el exterior. Se volvió y sonrió a Conan.

—Habéis tenido una buena idea. Aquí estaremos seguros.

Miró a Lyssa. Al ver su frío gesto, tragó saliva.

—No te preocupes, el ejército real detendrá a los gigantes —la animó tratando de esbozar una expresión tranquilizadora. Al hacerlo, las arrugas de su rostro se marcaron al máximo.

Ella miró a su marido y le sonrió débilmente. Estaba aterrada, no tenía claro si su ejército ganaría la batalla y solo pensar en la derrota le helaba los huesos.

En ese instante, un fuerte rugido se escuchó muy cerca. Demasiado cerca.

Ella pegó un respingo.

—¡Ya están aquí! —aulló.

Conan y Arthur se inclinaron cada uno sobre un agujero de la pared.

—Han llegado primero los gigantes más pequeños. El ejército real ha salido a enfrentarlos. No deberían tener problemas con ellos —comentó el guardia con seriedad.

—Esto pinta mal, otra horda de gigantes se acerca rápidamente por los campos. Y estos son más grandes que los que están aquí.

El suelo se estremeció. Los reyes cruzaron una mirada.

—Uno de los gigantes ha logrado alcanzar la torre y la ha golpeado —relató Conan.

Lyssa se mantuvo alejada de la pared y cerró los ojos. La torre era una construcción delgada, aunque varios anillos de muralla rodeaban su entrada. Pero su altura era insuficiente para los gigantes, que podrían saltarlos como si de pequeños bordillos se tratase. Los ladrillos de color rojo de la torre ascendían en círculos solo interrumpidos por unas cuantas ventanas. En lo más alto, inalcanzable incluso para un gigante de los más grandes, se abría un círculo cuya superficie era más grande que la inferior, sobresaliendo varios metros. Allí era donde ellos tres se encontraban en ese momento.

Lyssa temió por la estructura de la torre. No confiaba en su estructura débil. Recordó que originalmente no fue diseñada para

resistir embestidas, sino para alzarse por encima de su reino y que todos pudieran observar su grandeza y majestuosidad.

Exceptuando a los gigantes, todas las razas eran pacíficas. Resultaba fácil gobernar sobre todos, y no tenían que esforzarse mucho para crear un mundo mejor. Pero estos eran criaturas malvadas y peligrosas por naturaleza. Originaban el caos allá donde iban. Lyssa aún recordaba la gran guerra que habían tenido que enfrentar para desterrarlos del reino, obligándolos a vivir fuera de los límites. Pese a todo, la fuerza de los gigantes era tal que podrían regresar cuando quisieran. Pero habían descubierto que vivían más cómodos en su destierro y, por supuesto, nadie osaba acercarse a ellos ni molestarlos. Eran temidos por todos.

Y ahora estaban aquí, atacando la torre real por un error suyo.

—¿Por qué habrán venido a atacarnos? —preguntó Arthur mientras observaba el exterior—. Nunca toman parte en los asuntos del reino.

Miró a Conan, que se encogió de hombros. Ante esto, Lyssa abrió la boca para contestar, pero la torre se estremeció de nuevo, mucho más fuerte que antes.

—¡Maldición! ¡Ha llegado la segunda línea de gigantes! ¡Estos superan en varios metros de altura a los anteriores y el ejército real está teniendo muchos problemas! ¡Está cayendo! —gritó Conan furioso sin apartar la vista de su mirador— ¡Yo debería estar allí, muriendo con ellos!

La reina lo miró con aprensión: realmente admiraba la lealtad de ese chico. Su corazón comenzó a palpitar rápidamente.

El rey se acercó hasta él y posó una mano sobre su hombro.

—Tú tienes la misión más importante. Proteger a tus reyes —le dijo con una sonrisa.

Él lo miró con gesto de preocupación.

—Estoy seguro de que tú ya sabías que el ejército real no podría con ellos —añadió Arthur, triste.

Por toda respuesta, Conan agachó la cabeza.

La reina se armó de valor y se acercó por fin hasta uno de los miradores. Se sentía culpable si no seguía el transcurso de la batalla.

Lo que vio le resultó aterrador: un gran número de gigantes de diferentes tamaños y aspectos había logrado llegar casi hasta la torre, y todos ellos peleaban de forma desordenada contra lo poco que

quedaba del ejército real. Tras ellos, a unos metros de distancia, se alzaba el gran portón que llevaba al interior de la torre. Pero eso no era todo: dos o tres gigantes se habían alejado de la batalla y golpeaban la estructura de la torre con sus grandes mazas, provocando fuertes sacudidas.

Paseó la mirada por el campo de batalla: millares de cuerpos mutilados y heridos de muerte se encontraban apilados o repartidos por toda la zona. Soltó un grito ahogado y se tapó la boca con horror. Conan la apartó del mirador.

—Una reina no debe ver estas cosas —le dijo.

Ella no se resistió, sino que se sumergió en el abrazo del guerrero.

—Vienen a por mí —susurró con un hilo de voz.

Ambos la miraron sin comprender.

—¿A por ti? ¿Qué dices, Lyssa? —inquirió el rey frunciendo el ceño.

Ella asintió con firmeza. Se soltó de Conan y suspiró. Se sentía derrotada.

Aquella situación la superaba.

—Juré que nunca lo revelaría, pero ahora que todo está acabado ya no tiene sentido esconder el secreto.

Las sacudidas de la torre eran cada vez más fuertes y continuadas. Lyssa supuso que más gigantes habían logrado llegar hasta ella para golpear la estructura: era cuestión de tiempo que lograsen cruzar el umbral de la torre.

Debía darse prisa.

—Hace unas semanas, visité a una hechicera que vive fuera de los límites, cerca de donde habitan los gigantes.

Ambos hombres abrieron la boca, atónitos.

—¿Por qué hiciste eso? —aulló Arthur— ¿Fuiste sola?

Ella asintió. Se sintió muy pequeña y débil al confesar aquello.

Conan se llevó las manos a la cabeza.

—¡Majestad! ¡Eso fue muy imprudente por su parte! ¡Podría haberle pasado cualquier cosa!

Ella obvió ese comentario y continuó.

—Quería que me dijera si iba a poder tener hijos —reveló al fin.

El rey enmudeció.

—Pero al tocarme, la bruja entró en trance y reveló una profecía: que la séptima reina tendría una sangre especial. Que cualquiera que

la bebiese conseguiría la vida eterna… Soy yo.

Aquellas palabras flotaron en el ambiente durante unos segundos.

Arthur fue el primero en romper el hielo.

—¿Estás diciendo que los gigantes vienen a por tu sangre?

Lyssa asintió con la cabeza.

—Sí, es lo que me temo. Algún gigante debió escuchar a la hechicera mientras duraba su trance.

Conan se colocó ante ella, muy serio.

—¡Jamás dejaré que nadie se la lleve! ¡Pelearé hasta el último suspiro de mi vida si es necesario!

La reina le sonrió con dulzura. Acarició su rostro con una mano. De pronto sintió ganas de besarlo. Se obligó a apartar la mirada.

—Muchas gracias, pero ambos sabemos la fuerza que tienen ellos —replicó sin mirarlo a los ojos.

Los temblores cesaron de golpe. Se escucharon vítores provenientes del exterior. Sin perder un segundo, los tres se abalanzaron sobre los agujeros.

Un gran número de guerreros se mantenía alejado sobre un acantilado. Lanzaba flechas llameantes muy certeras sobre los gigantes que rodeaban la torre.

—¡Son los Flintz! —exclamó el rey con una gran sonrisa— ¡Han acudido en nuestra ayuda!

La reina los miró con fijeza. Los Flintz eran los mejores arqueros del reino. Sabía que debía sentirse alegre, pero algo en su interior le transmitía inseguridad.

Durante los minutos siguientes, los tres se mantuvieron en silencio, absortos en la batalla. Para su sorpresa y alivio, los gigantes estaban cayendo lentamente. Como era habitual en ellos, cada uno iba por su lado y se estaban desperdigando poco a poco. Quizás, después de todo, lograran salir airosos del asalto. Pero Lyssa todavía no se fiaba. Sus piernas temblaban y el miedo recorría cada hueso de su delgado cuerpo.

Entonces, sonó un cuerno que lo cambió todo. Levantaron la mirada: a lo lejos, a grandes zancadas, se acercaba otro grupo de gigantes. Pero esta vez eran los más grandes de todos. Medían más de la mitad que la torre. Y no solo eso, sino que además tenían un cuerpo atlético capaz de escalar y adaptarse a cualquier estructura. Por si fuera poco, era sabido que su inteligencia era mucho mayor que la de

cualquiera de los demás gigantes.

—Ahora sí que estamos perdidos —murmuró Arthur.

Conan estaba mudo, con los ojos muy abiertos. No hacía falta que dijera nada, él también sabía que aquello era el final. Los Flintz lanzaron flechas a los nuevos gigantes mientras llegaban, pero estos las rechazaban con extrema facilidad. En cuestión de segundos llegaron hasta ellos y los arrasaron sin piedad.

—¡No! —gritó la reina entre lágrimas.

Cayó de rodillas, sollozando. Durante toda la batalla había tenido una pequeña esperanza de que todo acabase bien, aunque era muy pequeña. Pero ahora, sabía con una cruel certeza que había llegado el final. El miedo era ahora mucho más real que nunca, y la envolvía de tal forma que casi le entumecía los músculos.

Arthur se agachó junto a ella y la abrazó. No dijo nada: su rostro también se encontraba sumido en la desesperación.

De pronto, un fuerte chasquido sonó tras ellos. Se giraron rápidamente. Era una anciana cuyo rostro se encontraba surcado por incontables arrugas. Había aparecido de la nada.

—¿Es la hechicera? —preguntó el rey observándola con desconfianza.

—Sí —respondió Lyssa mientras se levantaba de nuevo.

Ambas mujeres cruzaron una mirada.

—Sabías que esto pasaría. Ha llegado el momento —le dijo la hechicera con seriedad.

Lyssa se mordió el labio inferior y miró de nuevo al campo de batalla: los últimos gigantes se encontraban ya a tan solo unos metros de la torre. Era cuestión de segundos que arrasaran lo que quedaba de la guardia real y destrozaran la gran puerta.

—¿El momento de qué, Lyssa? ¡Responde! —gritó el rey histérico.

Pero ninguna de ellas le contestó. La reina y la hechicera continuaron mirándose fijamente.

—Se está acabando el tiempo.

Lyssa suspiró. Miró de nuevo al exterior: ya casi habían llegado.

—Está bien —dijo.

Y se subió a lo alto del mirador, al borde de la torre. Desde allí, todos podrían verla, y el campo de batalla se podría ver muy abajo, en toda su amplitud. El viento la azotó con violencia, pero ella no le hizo caso.

—¡Alteza, no lo haga! ¡No se tire! —suplicaba Conan desde abajo.

Ella cerró los ojos y abrió la boca.

—¡Escuchadme bien, gigantes! ¡Estoy aquí! ¡Aquí me tenéis! ¡Venid a por mí!

Un estruendo plagado de rugidos de triunfo resonó en el campo de batalla. Abrió los ojos y observó cómo los gigantes la miraban y sonreían con sus dientes afilados. Algunos intentaron escalar la torre para alcanzarla. Lyssa echó la mirada atrás, hacia la hechicera. Esta asintió. Y la reina se tiró al vacío.

—¡Noooo! —oyó gritar al unísono a Conan y Arthur.

Pero la hechicera fue muy rápida. Sacó una mano por el mirador y apuntó con ella a Lyssa, mientras recitaba un hechizo.

Cuando la reina llegó al suelo, se convirtió en un gran árbol que creció precioso, con gran robustez y hojas de vivos colores. La hechicera la había transformado para siempre.

Vivir para siempre

11

Kiko inclinó la botella y bebió un largo sorbo. Cerró los ojos, saboreando el momento y la sensación de frescura que le aportaba la cerveza. El frío azotaba sin piedad aquella noche en la playa situada frente a su casa. Nadie se atrevía a abandonar, ni por un segundo, la calidez de sus hogares, algo que alimentaba un aire fantasmal en el ambiente. Él lo veía lógico, a las tres de la mañana todos debían de estar durmiendo, y más todavía si se trataba de un miércoles normal y corriente.

La soledad se había convertido en su única compañera esa noche. De forma habitual, varios de sus vecinos lo acompañaban en sus encuentros con la bebida, pero nadie se había decidido a dar el paso en esa ocasión. Los echaba de menos, pero sabía que, mientras estuviera acompañado por su cerveza, nunca se sentiría solo. Era su rubia, tal y como él la apodaba.

Se había vestido con una camiseta blanca de manga corta, demasiado ancha para su cuerpo. No se preocupaba en exceso por su apariencia, solía llevarla durante todo el año. El frío no suponía un problema para él. También le gustaba raparse la cabeza al cero y siempre observaba el mundo a través de unas gafas con montura negra.

El sonido de pisadas sobre la arena llamó su atención. Alguien se acercaba y no era ninguno de sus vecinos, sino un chico joven de una edad similar a la suya. Tenía el pelo rubio, una frondosa melena que le caía sobre los hombros.

¿Puedo sentarme a tu lado?

Kiko, sin saber qué intenciones traía el muchacho, le dijo que sí.

El chico se dejó caer sobre la arena. Ambos se observaron con curiosidad.

—Debes tener más o menos la misma edad que yo, ¿no? 30 años más o menos?

—Exacto, has acertado. Soy Óscar, encantado.

Kiko sonrió, y le tendió la botella.

—Yo soy Kiko. Bebe, anda, que da mala suerte hacerlo solo.

Óscar se quedó inmóvil, mirando la cerveza con gesto serio. Sin decir nada, la agarró y pegó un trago corto. Al terminar, se limpió la boca con el dorso de la mano con rapidez, mientras se la devolvía a su dueño.

—¿En qué trabajas, Kiko? Es raro encontrar a alguien aquí a estas horas.

Kiko, mirándole con guasa, le contestó:

—Yo no trabajo. Eso es una trampa del sistema para tenerte controlado. Prefiero vivir a mi aire.

—¿No? ¿Qué harás cuando ya no quede nadie que te pueda ayudar? ¿Cómo te ganarás la vida?

—No me preocupa. Yo no quiero vivir para siempre. Tan solo me limito a disfrutar del momento.

Volvió a ofrecer la botella a Óscar, que repitió la acción de la primera vez.

—Es una lástima, la verdad —susurro.

—¿Y tú? ¿Trabajas? ¿Vives con tu familia?

—Con mi madre. Mi padre murió hace unos pocos años. Y si claro, en una cafetería.

—Siento lo de tu padre.

—¿Tú tienes novia? —preguntó el chico con brusquedad.

Kiko negó con la cabeza.

—Todavía estoy esperando a la mujer adecuada.

Óscar amplió una extraña sonrisa al escuchar aquello.

—¿Crees que la encontrarás? Supongo que es difícil.

—Ojalá —deseó Kilo antes de soltar una sonora carcajada.

Ambos callaron, creando un momento de silencio donde la brisa del mar volvió a ser protagonista.

—¡Disfruta de la vida, tío! —rugió Kiko de repente, mientras extendía los brazos— ¡Que solo son dos días!

Se inclinó hacia su nuevo amigo y lo abrazó.

—Eres muy grande, me has caído bien. Escucha, no te calientes tanto la cabeza, nunca sabes cuándo te vas a morir, así que trata de disfrutar cada momento como si fuera el último.

Se separaron y Kiko se desplomó sobre la arena y empezó a roncar, sumido en un sueño profundo. Óscar lo observó varios segundos, mientras reflexionaba con tristeza. Se irguió con una sonrisa grabada en el rostro, dispuesto a marcharse.

Cuando Kiko abrió los ojos, el sol ya se elevaba varios metros por encima del mar. Su brillo le resultó molesto, obligándole a protegerse la cara con una mano. Las calles de la ciudad volvían a estar de nuevo cargadas de ruido y acción. El recuerdo del chico rubio llegó a su

mente de forma repentina. Se incorporó mirando a su alrededor, ni rastro de él. Entonces reparó en una foto que reposaba sobre la arena, a su lado. Alargó el brazo para cogerla.

Era él mismo, con un aspecto algo más adulto junto a un bebé. Frunció el ceño, ese momento no le resultaba nada familiar. Le dio la vuelta para descubrir con sorpresa un mensaje en el reverso.

Ha merecido la pena regresar al pasado para conocerte. Ahora sé que todo lo bueno que me contaron de ti, era cierto. Eres un gran hombre. Lamento todos los días que murieras antes de poder verme crecer por culpa de tu mala vida.

Te quiero papá.

Traición

12

Las puertas del ascensor se abrieron con la parsimonia habitual. Raúl avanzó con mucho esfuerzo hacia su interior mientras Sergio, su padre, le ayudaba a caminar, sujetándolo para evitar que se desplomara.

Varias gotas de sangre resbalaban por el rostro de Raúl, dejando un reguero escarlata en el suelo. Tenía un ojo cerrado, varias costillas rotas y multitud de cortes en el rostro. Acababa de recibir una paliza tan brutal que le impedía caminar erguido.

—Vamos, hijo. Abajo te está esperando una ambulancia.

Este jadeó y se apoyó en la pared del ascensor mientras soltaba un gemido.

Sergio pulsó el botón del rellano y el ascensor cerró sus puertas comenzando su descenso.

Un extraño silencio inundaba el pequeño habitáculo. Raúl temblaba y soltaba débiles lamentos mientras su padre lo observaba con atención.

—Menos mal que aparecí justo después de que esos cabrones te asaltaran en casa. ¿Se llevaron algo? —dijo al fin.

Su hijo negó con la cabeza sin mirarle.

—No tenían interés en robar. Venían a por mí.

Sergio enarcó las cejas en señal de sorpresa.

—¿A por ti? ¡Pero si eran siete! ¡Jodidos cobardes! ¿Y no tienes ni idea de quiénes eran o por qué te buscaban?

—Solo sé que todos llevaban tatuado un pequeño escorpión en el antebrazo, cerca del codo. Lo vi.

De nuevo se hizo el silencio, tan solo mitigado por el sonido de la maquinaria del ascensor.

—¿Estás seguro de que no los conocías hijo?

Raúl levantó la cabeza, sorprendido por la pregunta de su padre, dejando a un lado el dolor por un momento. Este lo miraba con un profundo interés.

—¿Has leído alguna vez el significado de la palabra «traición» en el diccionario? —preguntó de pronto.

Su hijo lo miró sin comprender. Una extraña inquietud empezó a crecer de forma débil en su interior. Se quedó callado, por lo que su padre continuó.

—Dice así: violación de la fidelidad o lealtad que se debe. ¿Te dice

algo? ¿Quizás te buscaban por haberles traicionado?

Raúl se sintió aturdido. Cada vez comprendía menos lo que estaba sucediendo.

—Yo no he traicionado a nadie.

—¿No? —dijo Sergio con una sonrisa—. ¿No has formado parte de esa banda de violentos durante los últimos tres años? No solo fuiste tan estúpido como para abandonarlos, sino que después quisiste denunciarlos a la policía.

La inquietud empezó a transformarse con rapidez en una fuerte sensación de peligro. No sabía cómo ni porqué, pero podía presentir que algo estaba a punto de suceder.

—¿Cómo sabes…?

Pero no tuvo tiempo de terminar la pregunta, pues su padre le asestó un golpe en la cabeza que le obligó a caer al suelo mientas perdía la consciencia.

—Lo siento, hijo, pero no puedo dejar que vayas a la policía a contarlo todo.

Se arremangó la camiseta, dejando visible el tatuaje de un pequeño escorpión en el antebrazo.

Falsas apariencias

13

Judith salió al exterior a regar las plantas. El sol iluminó su delgada figura mientras inclinaba la regadera. Echó un vistazo a su alrededor para comprobar que se trataba de un día espléndido, que les permitiría disfrutar del paisaje del valle cuanto quisieran, allí donde el color verde lo inundaba todo, acompañado de un fuerte ambiente de paz y tranquilidad.

Cuando hubo terminado, regresó al interior de su hogar, una casa de campo que ella y su marido, Bob, habían adquirido en plena naturaleza. Llevaban allí solo un año, pero ella sabía que se quedarían toda la vida. Eran muy felices.

Nunca les había gustado vivir en la civilización, rodeados por la contaminación, las obligaciones de la sociedad y los ruidos. La ciudad solo les había traído problemas y disgustos. Si alguna vez necesitaban algo de ella, ya irían ellos cuando lo considerasen oportuno.

Bob apareció en el umbral, interponiéndose en su camino.

—¡Buenos días cariño! ¿Desayunamos? —preguntó, mientras trataba de dar forma a su rebelde melena.

Ella sonrió, amaba esos ojos azules.

—Claro, estaba esperando a que te levantaras. ¡Holgazán!

Mientras reían, entraron en el interior de la casa en dirección a la cocina. Desayunaron huevos, leche y queso. Él arrasó con el queso, como siempre. Judith lo miraba con asombro, a pesar de que ya estaba más que habituada a su gran apetito.

Después, como cada día, tenían que realizar las tareas del campo, comprobar los cultivos, ordeñar las vacas, limpiar, segar la hierba, etc. Casi se pasaban todo el día trabajando, pero aquello no suponía un problema para ellos, les encantaba ese ambiente y ambos disfrutaban de la compañía del otro.

Pero, un día, todo cambió.

Cuando ella se despertó, para su sorpresa, Bob se le había adelantado, algo impensable. Lo encontró tumbado sobre la hierba a la entrada de la casa. Cuando fue a llamarlo, le inquietó la sequedad con la que él le contestó. Pero no fue solo eso, en el desayuno, comenzó a quejarse y a decir que odiaba el queso. No daba crédito a lo que veía, ni entendía nada. Sin tratar de pensar en eso más de lo necesario, se dispuso a realizar las tareas de campo, pero su perplejidad aumentó de forma considerable cuando comprobó cómo

su marido no recordaba saber hacer ninguna de las cosas que había realizado a diario durante tanto tiempo.

Estaba muy preocupada. Esperaba que no estuviera perdiendo la memoria, algo que la aterraba hasta límites inimaginables con solo imaginarlo. Pero sabía que resultaba poco probable, ambos eran todavía muy jóvenes como para verse afectados por una enfermedad semejante.

Los siguientes dos días fueron idénticos, incluso peores. La actitud de él se agravó todavía más, culminando su cambio radical. Judith estaba desesperada, no sabía qué le pasaba ni qué podía hacer para solucionarlo. Su maravilloso mundo se había puesto del revés de forma repentina.

A la tarde del tercer día, Bob se marchó a la ciudad sin darle ningún motivo en particular. Ella prefirió no indagar. Por primera vez, deseaba dejar de verlo por unas horas. Con su nueva actitud, su presencia no le resultaba ya tan agradable como antes.

Un débil sonido, casi imperceptible, captó su atención cuando ordenaba la ropa de forma distraída en el armario del dormitorio. Frunció el ceño, dudando sobre sería real o producto de su imaginación. El regreso de su marido a la casa provocó que aquel pensamiento se esfumase de su mente. Salió corriendo escaleras abajo, deseando que su pequeña visita a la ciudad hubiese rebajado su mal humor. Pero se encontró con tremenda resignación que todo seguía igual.

Pocos minutos después, cenaron en silencio como ya era costumbre desde que todo había cambiado hacía apenas tres días. Cuando terminó, Bob se adentró en la cocina, donde al instante se escuchó un fuerte golpe. Judith se levantó de un saltó y entró a ver qué había sucedido. Se había resbalado y se encontraba tendido sobre el suelo. Alarmada, se agachó junto a él, justo para ver algo que atrajeron sus ojos sin poderlo evitar. Al quedar su larga melena expandida, dejaba al descubierto su nuca, donde se podía leer un grabado de letras y números sobre la piel que jamás había presenciado.

Enarcó las cejas, perpleja. No tenía ni idea de qué se trataba, pero el extraño sonido que había escuchado en su dormitorio cruzó su mente como si se tratase de un aviso. Él se incorporó con rapidez y se volvió hacia ella, con una sonrisa siniestra en su rostro, un gesto que jamás había visto reflejado en esas facciones.

—Me has descubierto. No me dejas otra opción.

Pero Judith fue más rápida, le golpeó en la entrepierna, dejándolo doblado sobre el suelo y echó a correr escaleras arriba, dirección al dormitorio. Su marido, o quien fuera, empezó a gritar a pleno pulmón. Ella llegó hasta el armario, abriéndolo de un tirón. Como ya esperaba, no vio nada, pero se obligó a observar con más detalle. Estaba segura de que tenía que hallar algo que diese sentido a lo que había escuchado horas atrás.

Le llegó el sonido de cómo Bob había iniciado su persecución. Debía darse prisa, en cuestión de segundos estaría allí. Desesperada, se abalanzó al interior del armario, quedando atónita cuando la pared del fondo cedió, haciéndola caer al otro lado.

Se levantó a duras penas, entre dolorida y asustada. A su alrededor se extendía una diminuta habitación cubierta de suciedad. Avanzó algunos pasos en la oscuridad, tratando de buscar algún indicio que le aclarase el asunto. Tropezó con algo que le hizo caer. Desde el suelo, giró la cabeza al instante para ver de qué se trataba. Frunció el ceño, mientras esperaba a que sus ojos se habituasen a la oscuridad que permanecía implacable, ya que la única fuente de luz provenía solo de los rayos de la luna que atravesaban la ventana del dormitorio. Soltó un grito al reconocer la figura inconsciente y amordazada de Bob. Su Bob. Intuyó que el sonido que había escuchado desde el otro lado, había sido provocado por él, o bien al caer al suelo con la silla a la que estaba atado, o emitiendo algún gemido. Sintió lástima por su situación tan precaria.

Se lanzó sobre él entre sollozos para tratar de soltar la cuerda que le rodeaba, pero su perseguidor llegó al interior de la sala y se colocó ante ellos.

—¿Quién eres? —le preguntó Judith.

Él se mantuvo en silencio, con un gesto de concentración en el rostro. Sus ojos se fijaron en el cuerpo caído del prisionero.

—Debía haber acabado con él desde un primer momento, pero lo necesitaba. Tenía planeado matarlo esta noche, es una lástima que lo hayas tenido que descubrir.

Ella sintió que su corazón daba un vuelco al escuchar tan temible noticia, pero decidió pasarla por alto por el momento. Debía actuar rápido.

—Voy a liberarlo —afirmó.

Agarró la cuerda y empezó a desatarle. El falso Bob gruñó y se lanzó sobre ella, pero de nuevo fue muy lento. Ya había conseguido aflojar el nudo.

Ambos rodaron por el suelo, chocando contra una de las paredes mientras forcejeaban. Judith trató en vano de quitárselo de encima, pero él era más fuerte. La sujetó por las muñecas y la sostuvo contra la pared, dejándola inmóvil. Sus ojos se encontraron en la oscuridad, hasta que el rostro del impostor desapareció de la vista de ella. Su marido había recobrado la consciencia y logrado soltarse, ahora peleaba por aplastar contra el suelo al que había suplantado su identidad.

Ella no desaprovechó la oportunidad, saltó al exterior, llena de sudor y con las pulsaciones a mil por hora. Abrió el cajón de su mesita de noche y extrajo una pistola que siempre guardaba para situaciones inesperadas. La observó, mientras luchaba por sujetarla con firmeza y regresó al interior del armario.

La escena que se encontró a su regreso, le resultó un tanto confusa. Dos personas idénticas a su marido, peleaban sobre el suelo. Tragó saliva, ya no sabía quién era quién, pero enseguida tuvo una idea. Decidida, apuntó a ambos con el arma. Al verla, ambos se incorporaron sobresaltados.

—¡Cariño no lo hagas! ¡Soy yo!

—¡Mostrad las nucas! —ordenó

Uno de ellos lo hizo al instante y Judith pudo comprobar que no tenía ningún grabado. El otro, soltó un grito de rabia y se lanzó sobre ella para arrebatarle la pistola, pero su dedo apretó el gatillo y le disparó en una pierna. Para su asombro, esta se partió por la mitad.

El impostor cayó al suelo perdiendo el equilibrio, mientras aullaba de dolor. Judith observó con atención el interior de la pierna amputada. No se podía ver demasiado por la oscuridad, pero parecía estar repleta de circuitos y cables.

Su marido se irguió a su lado, jadeante y la abrazó sin darle tiempo a reaccionar. Ella ensanchó una sonrisa y disfrutó del momento, dando gracias al cielo por haberlo recuperado. La tensión acumulada en los últimos minutos, comenzó a desaparecer de forma paulatina.

Cuando se separaron, Judith se agachó sobre el causante de todo aquello, fulminándolo con la mirada.

—¿Quién eres? Y espero que esta vez respondas.

Él no respondió de inmediato, dejando que varios segundos pasasen.

—Hace muchos años, esta casa era el lugar donde un científico se ocultó para realizar sus investigaciones.

Judith y Bob intercambiaron una mirada.

—¿Sobre qué investigaba?

—¿No resulta obvio? Sobre la clonación humana, por supuesto. Pero no le dejaron continuar, obligándole a refugiarse en un lugar como este.

Ambos guardaron silencio, prestando atención a la historia.

—Mi creador nunca fue comprendido. Él creía que para alcanzar su meta debía seguir ciertos métodos que no eran del todo morales. Por eso sufrió el rechazo de todos.

Bob abrazó a su mujer con suavidad.

—Ahora querrás saber de dónde he salido yo. Lo sé. Él tenía una sala oculta en lo más hondo de esta casa, bajo tierra. Apuesto a que nunca os habéis dado cuenta. Cuando él murió, dejó algunos robots capaces de copiar la apariencia de quien eligiera, solo con tocarle, aunque tenían el pequeño revés de necesitar vivo al original durante dos días hasta completarse la copia con éxito.

—Increíble —admitió Judith casi susurrando.

El clon amplió una sonrisa. Su rostro estaba lleno de orgullo.

—¿Verdad que sí? Mi creador acabó cumpliendo su sueño. ¿No es increíble?

—Supongo que sí, pero no siendo usado para fines malvados. ¿Cuál era tu objetivo? —indagó ella.

—El sueño de mi creador, mejorar el mundo, pero a su manera.

—Explícate.

Su rostro se dibujó con una expresión enigmática.

—Fuimos creados para suplantar a los humanos. Copiamos su identidad y eliminamos al original.

—¿Él quería llenar el mundo de robots? —preguntó Bob, participando por primera vez en la conversación.

—Sí, así es. Él creía que, a su modo de ver, el mundo sería mejor.

—Supongo que eso también ayudó a rechazar su proyecto, al margen de sus métodos. Además, no contó con que el grabado de cifras en la piel os delataría con facilidad.

—¡Oh! Eso se acaba borrando a las pocas semanas. Solo

tendríamos que tener cuidado al principio para no mostrarlo.

El silencio se instauró entre ellos, alimentando la tensión.

—Gracias —dijo Judith rompiendo el hielo mientras le dedicaba una sonrisa firme—. Ahora ya sé todo lo que quería —y le apuntó con la pistola, disparándole a la cabeza sin dudar.

El robot cayó inerte sobre el suelo, con su último gesto de sorpresa grabado en el rostro.

Una semana después, Judith y Bob se despedían de lo que había sido su hogar en el último año y entraban en el coche, dispuestos a dejar aquella trágica experiencia. Regresaban a la ciudad, a pesar de que no era de su agrado, los últimos acontecimientos les habían hecho cambiar de opinión de forma radical.

—Aquí estaremos bien —dijo su marido mientras entraban en el piso que recientemente habían alquilado.

—Sí. Es excelente. Creo que voy a ser muy feliz aquí junto a ti.

Ella agitó su pelo con aire distraído, revelando el código que lucía en la nuca.

Sobrevive

14

El tiempo corría en mi contra. Los segundos avanzaban de forma amenazadora, tanto que casi parecían ir más rápido de lo normal. Aceleré mi carrera tanto como fui capaz, para tratar de recortar distancias, mientras cruzaba el terreno rocoso. Todavía me quedaban tres pruebas y pocas horas para llegar a la meta antes que mis seis rivales de competición.

Sobrevive.

Me detuve en seco al encontrarme frente a una laguna que abarcaba todo el terreno. Sabía que se trataba de la primera de las tres pruebas finales. Por lo que nos habían explicado en las reglas del torneo, debía cruzarla pisando con cuidado sobre las baldosas que flotaban en el agua. Nos advirtieron de forma tajante que evitásemos caer; la laguna estaba infestada de pirañas que acudirían a capturar su presa sin perder un segundo.

Tras saltar con mucho cuidado y meditación, llegué al otro lado. Suspiré, pero antes de continuar hacia delante, un ruido a mi espalda me obligó a volverme para ver de qué se trataba. La figura de una chica delgada, con el pelo rojizo ondeando al viento, apareció acercándose a la laguna a gran velocidad. Era una de mis competidoras. No recordaba su rostro con exactitud, solo nos habíamos visto durante diez minutos cuando nos explicaron las reglas antes de empezar.

Saltó sobre las baldosas de forma demasiado impulsiva y sin mirar dónde pisaba: sus ojos claros se mantenían fijos en mí. Lo último que vi en ellos fue miedo, justo en el instante en que resbaló y cayó al agua, provocando un fuerte estruendo. Mi corazón empezó a palpitar de forma alocada, consciente de lo que iba a sucederle si no la ayudaba. Sabía que era una rival y que dejarla a su suerte sería beneficioso para mí, pero la idea de cargar en la conciencia con la muerte de una persona no me resultaba agradable. Cuidando mucho el paso, regresé lo más rápido que pude hasta ella y comprobé que aún luchaba por no ahogarse con fuertes brazadas. Le tendí una mano, nervioso, sabiendo que las pirañas estarían a punto de aparecer. Ella no dudó y la aceptó enseguida, subiendo a la superficie y respirando de forma agitada, acurrucada sobre una baldosa.

—Gracias —me dijo ruborizada.

Al verla de cerca, sentí una confusa sensación de cercanía.

Recuerdos casi imperceptibles cruzaron mi mente de forma fugaz, dejándome la sensación de que ya la conocía. No de los minutos previos al torneo, sino de algo más cercano… más profundo.

Inicié de nuevo el camino en dirección a la orilla, asegurándome de que ella me seguía tras haber recuperado el aliento. En silencio, ambos nos sumergimos en las profundidades de la jungla que había delante: la segunda prueba.

La maleza y los arbustos estaban más crecidos de lo normal, así que complicaban el avance. Teníamos que seguir avanzando. Los árboles también crecían mucho más juntos, obligando a trazar un camino intrincado para asegurar el éxito. Por si fuera poco, conforme caminábamos, la maleza se hacía más alta y densa, de tal forma que al cabo de un rato nos llegaba a la cintura. Era un terreno casi imposible de cruzar, y en el que no se divisaba el final.

—Debemos guiarnos por el sol. Nos llevará por el camino correcto.

Me giré hacia ella, cayendo en la cuenta de que había olvidado ese detalle.

—Gracias —le dije.

—Me has salvado la vida —respondió ella restándole importancia. Evitaba mirarme a los ojos.

El avance se complicó cada vez más, provocando que pegásemos nuestros cuerpos debido a la falta de espacio. De forma natural, sin planearlo, nuestras manos se entrelazaron apretándose con fuerza y determinación.

La noche llegó y nos obligó a parar. Avanzar sin la guía del sol habría sido una locura. Si perdíamos el rumbo, corríamos el riesgo de no salir de la jungla jamás. Al menos, el nivel de la maleza había descendido, permitiéndonos reposar sobre un diminuto espacio entre cuatro gruesos árboles.

El viento empezó a silbar, colándose entre los troncos y azotándonos sin piedad. Nuestra vestimenta era muy ligera, apenas unas telas finas que dejaban al descubierto gran parte de las piernas y los brazos. Solo teníamos un chaleco algo más grueso con el que abrigar el cuerpo.

—Me llamo Iris —dijo ella rompiendo el silencio.

Apenas habíamos hablado durante el día, y aun cuando lo habíamos hecho, había sido para indicar algún detalle sobre cómo debían cruzar la jungla. La observé con detenimiento. Me alegraba de

haberla salvado. Al margen de la sensación de cercanía que palpitaba en mi interior, ella me resultaba agradable.

—Yo soy Bashian —me presenté con voz grave—. Dime una cosa, ¿por qué quieres ganar este torneo? —pregunté con curiosidad.

Los ojos de ella se volvieron tristes. Dejó caer los hombros antes de responder.

—Necesito el dinero. Tengo que ayudar a mi familia.

Apreté los labios, serio. Por el tono de su respuesta y su rostro, podía intuir que debían tener problemas económicos de extrema gravedad. Preferí no indagar en el asunto más de lo necesario.

—¿Y tú?

La pregunta me pilló desprevenido. Enrojecí, sintiéndome infantil con mi objetivo.

—Quiero cruzar el mundo y vivir aventuras —admití sin mirarla a la cara.

Iris no dijo nada durante unos pocos segundos.

—Es un buen motivo —afirmó al fin.

La temperatura descendió mucho en pocos minutos, provocando que el frío nos complicase la situación. Mis dientes tiritaban de forma incontrolable y podía ver que ella no estaba mucho mejor. Sin decir nada, la abracé para darle calor y ella respondió al abrazo sin articular palabra. Nos mantuvimos así, inmóviles, sin alterar la posición, sintiendo como el calor de nuestros cuerpos nos ayudaba a superar el frío. Podía sentir cómo mi corazón palpitaba cada vez más rápido con ella entre mis brazos. Estaba descubriendo que todo en ella me gustaba: su piel, su olor y la sensación de tenerla tan cerca. Nuestras miradas se encontraron por una milésima de segundo que pareció eterna. Y, antes de que pudiera siquiera ser consciente de lo que estaba pasando, nos besamos.

Al día siguiente, pocas horas después del amanecer, logramos llegar al final de la jungla. Nos miramos sonrientes mientras nos deteníamos para observar el campo que se abría ante nosotros. La tercera y última prueba del juego.

Debíamos encontrar una piedra azul a lo largo de un desierto, a cincuenta grados bajo el sol. Al parecer, esta parte del terreno había sido alterada de alguna forma para el torneo, provocando que la noche no existiera y la temperatura no variara lo más mínimo, fuese la hora que fuese. Teníamos que resolverla lo más rápido posible, antes

de sucumbir al calor.

Echamos a correr hacia delante, sintiendo al momento el fuerte abrazo del sol, que nos quemaba la piel sin miramientos. Corrimos en silencio, sabiendo que cada acopio de nuestra energía podía volverse fundamental de ahí en adelante. La búsqueda iba a ser muy compleja, lo sabía, pero la idea de que era el final me motivaba de tal forma que multiplicaba mi condición física de forma temporal.

Según nos habían explicado, al sujetar la piedra, una sintonía de victoria debía sonar en el terreno y abrirse una puerta en algún lugar para salir de allí. Solo podía ganar uno, el primero que la tocase. Miré a Iris, sin saber qué pasaría cuando la encontrásemos.

Despistado por andar perdido en mis pensamientos, tropecé con algo en la arena que estuvo a punto de hacerme caer. Miré hacia abajo. Era un chico, otro de los rivales de la competición. Toda su piel brillaba con un tono rojizo. Se encontraba inconsciente.

—Quizá debamos ayudarlo —murmuré.

Iris se acercó hasta mí negando con la cabeza. Podía ver cómo el sudor resbalaba ya por su frente en grandes cantidades.

—¿Para qué? Es un rival.

La miré, contrariado.

—Si lo dejamos aquí, morirá.

—No podemos hacer nada por salvarlo. Además, ¿qué haríamos al encontrar la piedra tres personas? ¿Cómo decidiríamos quién se declara ganador?

Guardé silencio mientras me secaba el sudor del rostro. Tenía que admitir que ella tenía razón.

El chico nos sorprendió al levantarse de un salto y mostrar un trozo de madera que pude ver muy afilado. Me atacó y consiguió herirme en el pecho antes de que tuviera tiempo de reaccionar.

Iris lo golpeó y lo tumbó con facilidad. Mis piernas flojearon, obligándome a caer de rodillas. Me llevé una mano a la herida, que no dejaba de manar sangre. Sorprendido, vi como ella agarraba el arma del chico y le atravesaba el cuello con un rápido movimiento. Su rostro se encontraba descompuesto, invadido por la ira, lejos de toda apariencia humana. No parecía la misma chica dulce que había conocido el día anterior.

Se acercó hasta mí y me ayudó a incorporarme de nuevo.

—¿Estás bien? Esa herida tiene mala pinta. Parece muy profunda.

—¿Por qué a mí nunca me atacaste? —me atreví a preguntar mientras respiraba con dificultad.

Sus ojos me miraron inquietos. Supe que había dado con algo importante para ella.

—Fue lo primero que pensé cuando me salvaste. Pero algo me lo impidió. Sentía que te conocía de antes. Me gustabas —susurró.

Aquello me cogió desprevenido, Era lo mismo que yo había sentido en nuestro encuentro de la laguna, pero no dije nada.

Iris me pasó un brazo por debajo del hombro y me ayudó a caminar. El dolor iba creciendo de forma considerable y podía sentir cómo mi vista se iba nublando. Mi cabeza también me mandaba señales de aturdimiento. Si esto no acababa pronto, no aguantaría mucho más. Sabía que ella también lo había comprendido.

Las horas siguieron pasando, marcadas por nuestro ralentizado avance. No se veía ni rastro de la piedra y aquel desierto parecía no tener fin. Tropecé y me incliné sobre la arena, sin comprender qué había pasado, pero entonces lo supe: Iris se había derrumbado, exhausta.

—¡No! —exclamé tratando de agarrarla— ¡Te advertí de que sería una carga!

Ella me miró desde abajo, jadeando de forma visible. Todo su rostro, tan rojo como el del chico que habíamos encontrado, y empapado de sudor, me dedicó una ligera sonrisa.

—No podía dejarte atrás —desveló en un susurro.

Una lágrima resbaló por mi mejilla. Me agaché para intentar levantarla de nuevo, pero me resultó imposible, la pérdida de sangre me había dejado sin fuerzas. Solté un grito de rabia, tan fuerte como fui capaz.

—Bashian —murmuró ella con un hilo de voz—, yo ya no puedo continuar. Ve y gana el torneo.

—¡No puedo! ¡Estás así por mi culpa!

—Vete.

La impotencia me embargó, superando a la tristeza que se había apoderado de mi corazón. Con un nudo en la garganta, me incliné como pude para darle un beso en la mejilla, comprobando con horror que se había desmayado. Me arrastré con gran esfuerzo para dejarla atrás, sintiendo que era la decisión más difícil que había tenido que tomar jamás.

Tenía que hallar la piedra ya. Había perdido mucha sangre y no solo no podía avanzar, sino que sabía que podría morir en cualquier momento. Sin la ayuda de Iris, quizá ya lo hubiera hecho. Recordarla despertó un nuevo pensamiento: si alcanzaba el final de la competición, si ganaba, podrían salvarla antes de morir. Tenía que darme prisa.

Una sonrisa se dibujó en mi rostro pocos minutos después, tras tropezar y desplomarme en la arena justo al lado de una piedra que brillaba con un tono azulado. Era lo más bonito que había visto en mi vida. Era mi salvación y la de la chica que amaba. Estiré un brazo, haciendo acopio de mis últimas energías y cerré la mano sobre ella con gran determinación. Feliz, cerré los ojos y me dejé llevar por el sueño.

Abrí los ojos. Mi primera reacción fue de sorpresa al comprobar que mi cuerpo estaba ileso, como si nada hubiera sucedido. Miré a todos lados. Me encontraba en un espacio reducido donde todo era negro. Traté de avanzar hacia alguna parte, pero era imposible, estaba atrapado.

—¡Maldición! ¡Has ganado de nuevo!

Me sobresalté. Aquella voz había sonado demasiado fuerte, muy cerca. Un brillo de luz amarillenta se abrió por encima de mí, permitiéndome descubrir tres rostros gigantescos.

—Juguemos otra partida —sugirió el de en medio, un joven de cara redonda.

—La revancha —dijo el de la derecha.

Todo mi cuerpo empezó a temblar, aterrado. No comprendía nada. No tuve tiempo para pensar, el que había hablado primero acercó una manaza y la cerró sobre mí.

—Has estado genial. Espero que vuelvas a ganar —me dijo con una sonrisa.

Me quedé observándolo, petrificado. Me estaba hablando a mí, pero no le entendía. No nos habían advertido de esta prueba al iniciar el torneo.

Mi captor me elevó y todo lo que vi varios metros por debajo, me resultó familiar, la laguna, el desierto, la jungla y el resto de escenarios de las pruebas, se extendían aparentando ser diminutos. Todo parecía formar parte de una especie de maqueta.

Mi cerebro pareció recobrar lo que había perdido en el pasado y

juntar todas las piezas para lograr un sentido coherente. Había sido una farsa. El torneo no era más que un simple tablero sobre el que manejar a los peones. Nosotros.

La manaza me bajó a gran velocidad al interior del tablero, mientras los paisajes que tan bien conocía ascendían a mí alrededor como si se tratase de magia, llegando a ser tan grandes como los recordaba. Podía sentir que mi memoria comenzaba a borrarse y sabía que no era la primera vez. La imagen de Iris fue lo último que pude ver en mi imaginación.

Incurable

15

—¿Te encuentras bien?

Zack tragó saliva, aturdido por la terrible noticia que acababa de recibir. Miró de nuevo a su médico de toda la vida, que le observaba a través de los cristales de sus gafas con montura metálica. Su rostro mostraba un gesto de preocupación que parecía sincero. El paciente asintió con la cabeza, muy despacio.

—Lo siento mucho.

—Entonces, es cierto. ¿No?

El médico apretó los labios, formando una delgada línea.

—Me temo que sí. Es incurable.

Zack frunció el ceño, como si así pudiera imaginar que aquello no era real. No comprendía porqué le había sucedido algo así. Siempre se esforzaba por llevar una vida sana y seguía una rutina que le aportaba estabilidad. Tampoco era habitual en él caer enfermo, tan solo había tenido que superar una pequeña operación sin importancia pocos meses atrás.

—Gracias por todo, doctor —dijo mientras se levantaba y caminaba hacia la puerta de la consulta—. Nos vemos en la próxima cita.

Su cabeza no dejaba de dar vueltas mientras recorría la calle. Sus padres y su pareja no desaparecían de sus pensamientos. Era un callejón sin salida.

La melodía de su teléfono móvil le hizo regresar a la realidad. Número desconocido. Intrigado, descolgó.

—¿Zack? Hay algo que no te he dicho —era la voz del doctor—, sí que hay una forma de curarte.

La esperanza renació de nuevo con fuerzas renovadas, cuando todo parecía perdido. Sonrió, el destino había decidido darle una segunda oportunidad.

—¿De qué se trata? —preguntó casi de forma automática.

Hubo un pequeño silencio al otro lado.

—Es un método… un poco fuera de lo común. No comentes nada de esto por el momento. Pronto entenderás por qué.

Abrió la boca en señal de sorpresa, no podía creer cómo estaba derivando aquella conversación.

—Está bien —aceptó decidido—. ¿Qué debo hacer?

—No puedo darte más detalles por teléfono. Debemos vernos, esta

noche.

Asintió, y aun con sus dudas, memorizó la dirección del punto de encuentro antes de colgar. Todavía parecía tener una última oportunidad de salvarse.

Llegó diez minutos antes de la hora. Temía retrasarse y provocar algún tipo de malestar que eliminara su única opción de salvarse. Avanzó, oculto por las sombras de la noche. Sus piernas temblaban con cada paso, se sentía atemorizado, había dado muchas vueltas a la cabeza durante todo el día sobre si acceder a esa prueba o no. Sabía que podía tratarse de algo que no le agradara demasiado, pero al final, se animó a intentarlo. Tampoco tenía otra opción.

Atravesó la entrada del lugar donde habían acordado verse. Estaba silencioso, como era de esperar. Aceleró el paso hasta detenerse en el punto exacto que le habían indicado. Todavía no había nadie allí pero era normal, se había adelantado bastante.

El brillo de la luna incidía sobre el terreno dándole un aspecto más tétrico del que ya tenía. Zack se giró para observar la tumba que tenía a su espalda, buscando distraerse con algo y no pensar que se encontraba en el cementerio en plena noche. Chasqueó la lengua, disgustado, podrían haber elegido un punto un poco más agradable para el encuentro.

A los pocos segundos, un débil sonido llegó hasta sus oídos. Se volvió para ver de qué se trataba, pero algo duro golpeó su cabeza y le hizo caer al suelo junto a la tumba.

Intentó mirar a su agresor mientras luchaba por no perder el conocimiento. Descubrió con horror que se trataba de su médico, acompañado por dos hombres que no conocía. Este mantenía en alto una pala enorme con la que acababa de golpear a Zack.

El pánico que había intentado retener desde que entró en el cementerio, se desató ahora, extendiéndose por su cuerpo sin control. No era capaz de prever que podía suceder a continuación.

—¿Por qué…?

Los dos hombres lo sujetaron por ambos brazos y empezaron a levantarlo. El médico se inclinó sobre Zack y le clavó una aguja en el cuello. El gesto de su rostro parecía similar al de una disculpa.

—¿Te acuerdas de cuando te operé? Pues sin querer, te provoqué una infección que ha acabado por convertirse en una enfermedad que no tiene cura. Lo siento, pero no puedo dejar que esto se sepa, arruinaría mi carrera.

—No te preocupes por tu familia, ya lo hemos preparado todo con el fin de no levantar sospechas —añadió segundos después.

Abrieron la tumba que tenían a su lado, preparándose para lanzarlo al interior. El nombre de la lápida relució bajo el brillo de la luna.

No te saldrás con la tuya

16

Héctor giró la llave en el interior de la cerradura y la puerta de su casa cedió con facilidad, emitiendo un débil sonido. Solo un paso le bastó para darse cuenta de que algo malo sucedía. Cruzó la entrada hasta el salón, mientras el desconcierto se instalaba en su rostro.

Todo estaba destrozado, dando forma a un amasijo compuesto de mesas, cajones y papeles que se repartían por todo el lugar sin ningún tipo de orden ni concierto. Pero la sorpresa fue mayor al encontrarse cara a cara con el gran espejo que colgaba de una de las paredes del salón. Casi pudo notar cómo se le detenía el corazón por un breve segundo. Sobre el cristal, grabado con letras rojas, había un mensaje.

No te saldrás con la tuya

Héctor se quedó petrificado, sus ojos repasaban cada sílaba, hipnotizados. Quería asegurarse de haber leído bien. Cuando consiguió reaccionar, echó a correr hacia el interior de su dormitorio para terminar de organizar la maleta que ya tenía casi lista desde el día anterior.

No comprendía con exactitud qué intención tenía el mensaje, o cuánto sabía el que lo había escrito sobre lo que había hecho o lo que estaba a punto de hacer: volar a la mañana siguiente con destino a La Habana. No podía quedarse a comprobarlo. Trató de tranquilizarse repitiéndose a sí mismo que en solo un día aquel asunto quedaría atrás.

Su oficio había sido siempre el de periodista, pero los últimos acontecimientos le habían llevado a dejar la redacción tres días atrás y lanzarse a un repentino cambio de aires.

El sonido del teléfono móvil le hizo saltar como un resorte. Respiró para tratar de recuperar la calma mientras que sacaba el aparato de su bolsillo y cogía la llamada sin apenas prestar atención a la pantalla.

—¿Diga?

—¡Héctor! ¿Qué ha pasado? En la redacción me han dicho que te has despedido.

Era Jorge, el compañero del trabajo con el que mejor se había llevado. Sonrió, agradecido por su interés.

—Me he cansado de vivir en España, aquí no me veo capaz de

superar la muerte de mi mujer, aunque ya haya pasado un año.

Escuchó como él chasqueaba la lengua al otro lado de la línea.

—Vaya, de verdad que lo siento. ¿A dónde te vas?

—A La Habana.

—Espero que te vaya bien. Si algún día decides volver, avísame —le dijo Jorge, justo antes de colgar.

Se quedó pensativo, todavía podía escuchar con claridad en su mente la voz de su compañero. Lo consideraba un buen chico. Pero el mensaje del espejo destruyó todo sentimiento melancólico, imponiéndose con impertinencia. Sin más preámbulos, agarró la maleta y abandonó la casa.

Salió a la calle, sin dejar de observar su alrededor, aprovechando que su oficio le había preparado para fijarse bien en los detalles. Como no encontró nada preocupante, se decidió a entrar en el hotel que tenía justo enfrente de su edificio, dispuesto a pasar allí la noche.

Una joven recepcionista, de rostro dulce y cabellos rubios, le atendió con la más grande de las sonrisas. Héctor agradeció su amabilidad y tras recibir la llave de su habitación, subió por el ascensor acompañado por un trabajador del hotel.

—¿Disfrutando de unas pequeñas vacaciones en Madrid, señor? —le preguntó el hombre con cordialidad.

Se fijó en su aspecto pulcro y en exceso arreglado, con el pelo cubierto de gomina combinado con una de las dentaduras más perfectas que jamás había contemplado.

—No, vuelo mañana con destino a La Habana. Solo me hospedo por esta noche.

El trabajador asintió sin añadir nada más y, cuando las puertas del ascensor se abrieron, le ayudó a cargar la maleta hasta la habitación. Héctor se recriminó a sí mismo por haber desvelado sus planes de forma tan descuidada a un desconocido. Le echó una última mirada al hombre mientras se alejaba por el pasillo, observándolo con desconfianza y sorprendido por su envergadura, detalle que le había pasado inadvertido en el ascensor. Cuando hubo desaparecido de su vista, Héctor entró en su habitación y cerró con demasiado ímpetu la puerta. No pensaba salir hasta el día siguiente.

Abrió los ojos con el primer aviso del despertador, incorporándose con esfuerzo. Apenas había dormido por culpa de la inquietud que no le abandonaba desde que descubriera el desastre de su piso. Se puso

en pie para comenzar a vestirse y salir cuanto antes rumbo el aeropuerto, pero su mirada quedó atrapada en un punto de la cama. Un pequeño trozo de papel mostraba un nuevo mensaje escrito. Lo cogió con cuidado.

Buenos días. ¿Has dormido bien?
No creas que me he olvidado de ti

Arrugó la nota y la tiró a un lado con desprecio. Ni siquiera en el Hotel estaba seguro. Se asomó a la puerta de la habitación para asegurarse de que estaba cerrada. Tragó saliva al darse cuenta de lo fácil que había resultado llegar hasta él. Tenía que salir de allí lo antes posible. Se dio prisa por terminar de arreglarse y cerrar la maleta, pero la melodía de su teléfono móvil lo obligó a detenerse para coger la llamada.

—¿Jorge? —preguntó de forma demasiado brusca.

—¡Perdona! Es que se me olvidó preguntarte a qué hora te ibas.

Héctor resopló, empezaba a estar harto de aquel viaje.

—A las 11.

—¿Qué? ¿Tan pronto? ¡Voy a ver si me puedo acercar al aeropuerto para despedirte!

—No te molestes —le dijo, pero él ya había colgado.

Suspiró mientras sacudía la cabeza. Siempre había sido así.

Bajó al recibidor del hotel mientras miraba a todos lados, sospechando que allí podría estar el responsable de los mensajes. Trató de dar con el trabajador que le había ayudado la noche anterior, sin éxito. Frustrado, se acercó hasta la recepción para encontrarse de nuevo con la hermosa recepcionista que había conocido a su llegada, pagó su estancia y, con una profunda tristeza, se despidió de aquellos ojos que le mantenían embelesado mientras los tenía delante.

Se subió en el único taxi que había aparcado ante la puerta y saludó al conductor, un hombre cuyo rostro estaba surcado de arrugas pero con una gran melena oscura que le caía sobre los hombros.

—¿A dónde vamos? —le preguntó cuándo el coche ya había arrancado.

—Al aeropuerto, por favor.

—¿Se va usted de vacaciones? —preguntó el taxista con una media sonrisa mientras se volvía para mirarle.

—No. Me voy de forma definitiva —se limitó a responder, con voz queda.

—Oh, entiendo ¿Y se puede saber a dónde?

Pero la atención de Héctor se desvió hacia un nuevo trozo de papel que reposaba sobre el asiento de al lado. La angustia estaba empezando a ascender en su interior hasta alcanzar su garganta, ejerciendo una presión insoportable. Lo desdobló para revelar un nuevo mensaje, de idéntico estilo al que había encontrado en su habitación.

¿Quieres que te cuente una historia?
Érase una vez un periodista que se consideraba una buena persona

—¿Le ocurre algo?

Absorto en sus pensamientos, miró al taxista sin comprender y entonces recordó su pregunta.

—A La Habana —respondió enseguida, antes de caer en la cuenta de que estaba volviendo a revelar su destino a un desconocido.

—Creo que ha elegido usted un buen lugar.

Por suerte para Héctor, la curiosidad del taxista pareció quedar saciada. Continuaron en silencio hasta que llegaron al aeropuerto. Se dio prisa en pagar y descender del vehículo. Ansiaba refugiarse en el avión y dejar atrás la pesadilla que le estaba consumiendo. Desde que esta había comenzado, sentía como si cada uno de sus pasos fuera vigilado por unos ojos que se cernían sobre él, aplicando una presión extrema, difícil de soportar. Mientras tanto, permanecía rodeado por la oscuridad como si estuviera ciego, sin tener ni idea del paradero de su perseguidor ni de qué tipo de penitencia le tenía reservada.

De nuevo su móvil sonó. Otra vez Jorge. Suspiró mientras descolgaba, cansado de su insistencia.

—¿Ya estás en el aeropuerto?

—No, cerca, pero ando atrapado en un atasco. ¡Espero llegar a tiempo para despedirme de ti! Haré todo lo que pueda, no lo dudes.

Héctor cerró los ojos y asintió, luchando por no perder los nervios.

—Está bien.

Colgó.

Se acercó en silencio hasta la cola de facturación. Descubrió un trozo de papel, idéntico a los anteriores, tirado ante sus pies. Apretó

los dientes y se agachó para leer el nuevo mensaje. Quien quiera que fuera su perseguidor, le seguía los pasos muy de cerca.

Un día, por casualidad, presenció el asesinato de un hombre cuyo único pecado fue ganar mucho dinero con un premio de lotería

Sabía lo que había hecho. Y no parecía muy contento al respecto. Creía haberlo mantenido en secreto, pero estaba claro que se equivocaba. Necesitaba llegar hasta el avión.

En cuanto facturó, se dirigió a toda velocidad hacia el piso superior. Solo cuarenta minutos le separaban de su salvación. Se le iban a hacer eternos.

Una vez arriba, descubrió una pequeña aglomeración de personas que rodeaba una de las columnas de la sala, captando la atención de todo el que pasaba por su lado. Un escalofrío recorrió la espalda de Héctor al reconocer el papel que permanecía pegado en la pared. Se abrió paso entre el gentío para arrancarlo con fiereza ante la multitud de ojos atónitos.

El periodista, lejos de avisar a la policía, decidió chantajear al asesino con la mitad del botín a cambio de su silencio.

Aquello se estaba complicando cada vez más, podía sentir el aliento del terror. Aquello no iba a ser agradable. Se temía lo peor.

Mientras el grupo de personas que había dejado atrás cuchicheaba sobre el contenido del último papel, llegó a la zona de restauración y buscó un lugar donde sentarse. Ese parecía un buen lugar para refugiarse: si quería atraparlo, no podría hacerlo en un lugar público.

Echó un vistazo alrededor. Sobre la mesa de al lado, distinguió un nuevo trozo de papel que ya podría reconocer desde cualquier distancia. Se inclinó para agarrarlo, tembloroso.

Pero alguien lo vio todo y decidió tomarse la justicia por su mano. Uno de los dos ya está muerto. El otro, lo estará en breve

El sonido de su teléfono móvil lo sobresaltó provocando que su corazón casi se le saliera del pecho. Jorge otra vez. Soltó una

maldición, colgándolo, presa de la rabia. Un repentino y oscuro pensamiento ocupó su mente. ¿Y si se trataba de él? ¿Y si le había estado engañando todo el tiempo y estaba en el aeropuerto desde el principio?

Se levantó para salir de allí, pero chocó con un hombre de pelo oscuro y largo que pasaba justo delante de él en ese momento. Se volvió para disculparse, consciente de que el estado de histeria en el que ya se encontraba le hacía moverse con meros impulsos descontrolados.

—Lo siento —farfulló.

Este sonrió agradeciendo sus palabras, pero Héctor no fue capaz de apartar los ojos de su rostro. Era…

—No te preocupes —dijo una voz suave a su espalda—. Comprendo que estés nervioso.

Se dio la vuelta y consciente ya de quién era la persona que le hablaba. Empezó a girar para alejarse de ella, pero se detuvo en seco al notar como una fría hoja penetraba dos veces en su estómago de forma sutil y silenciosa. Se atrevió a mirar hacia abajo, aterrado. El arma, oculta debajo de la chaqueta, resultaba casi imperceptible para el resto.

—Por fin pagarás por la muerte de mi padre. ¿No creerías que iba a dejarte escapar con su dinero no? —le susurró al oído.

Alzó la mirada para encontrarse con los ojos de la recepcionista del hotel, que se mantenían fijos en los suyos, reflejando tal cantidad de ira que parecían capaces de pulverizarlo.

—Tú —gimió Héctor.

La chica se acercó más a él y apretó los labios, su rostro angelical había desaparecido, distorsionado por la tensión que lo cubría. El cabello rubio apenas le asomaba por debajo de la peluca con la que trataba de esconder su apariencia.

—Hace solo tres semanas que sucedió, pero a ti ya te conocía. Trabajaba en el hotel cuando traías a tus amantes, a escondidas de tu mujer. Todavía no estaba en recepción y no te pudiste fijar en mí —hizo una pausa—. Nunca me gustaste —añadió dejando notar un profundo desprecio.

La respiración de Héctor empezó a volverse pesada y trabajosa mientras luchaba por su vida. Las fuerzas le abandonaban y le presionaban para hundirse en el suelo. La chica se apartó de él con un

rápido movimiento y se alejó con grandes zancadas sin mirar atrás. Él se quedó allí, muriendo mientras la culpa recorría su ánimo hasta convertirlo en cenizas. Había podido percibir el dolor que latía en el interior de la recepcionista tan cerca como si se tratase del suyo propio.

Era un miserable.

La habitación 260

17

Francisco Casas Oquendo, director del prestigioso Hotel Madison, ubicado en el centro de Madrid, permanecía inmóvil en mitad del gran salón. Desde allí, mirando hacia arriba, podían verse todas las puertas de las habitaciones del edificio, gracias al hueco central que comunicaba todas las plantas.

Pero Francisco, un hombre entrado en años y con el pelo canoso, solo tenía ojos para una habitación: la número 260.

Llevaba un tiempo observando actitudes extrañas en dos de sus empleados. Los había descubierto varias veces entrando a hurtadillas en aquella habitación. Al principio se había alarmado, temiendo que estuvieran molestando a algún cliente en su intimidad, pero había comprobado que siempre estaba desocupada. De hecho, hacía meses que no era asignada a ningún cliente, algo que tampoco era normal.

Ambos hombres aparecieron por el pasillo y, de nuevo, entraron en la habitación. Chasqueó la lengua disgustado. Esto ya había llegado demasiado lejos e iba a ponerle fin ahora mismo.

Entró en el ascensor y marcó con insistencia el número 2. A los pocos segundos ya se encontraba abriendo la puerta de la 260.

La empujó con demasiada energía, sin molestarse en intentar ser sigiloso. La rabia estaba creciendo en su interior por momentos y amenazaba con explotar de un momento a otro.

David y Alberto, los empleados, se volvieron hacia él con un rápido movimiento. Francisco pudo leer el desconcierto en sus ojos, más aún al averiguar la identidad de quien los acababa de descubrir.

—¿Qué están haciendo ustedes en esta habitación? Llevo tiempo observando que se esconden aquí. ¡Exijo una explicación ahora mismo!

Ambos intercambiaron una mirada. Conocían a su jefe y sabían que era un hombre al que no le gustaban las bromas. Alberto, el más joven, con aspecto elegante, pelo corto bien peinado, se atrevió a contestar primero.

—Solo vinimos a comprobar que estaba todo en perfecto estado, señor. Como puede ver, no hay ningún inquilino hospedado en esta habitación.

El director frunció el ceño y avanzó varios pasos.

Les miraba de hito en hito. Alberto, confiado. A su lado, David, que pese a ser varios años mayor que su compañero, aparentaba ser

más joven debido a sus facciones redondeadas.

Francisco llegó hasta el fondo de la habitación y echó una rápida ojeada. Era pequeña, con solo una cama de matrimonio y un escritorio. Entonces lo vio. Abrió la boca con asombro. En la pared había un gran corcho rectangular con múltiples fotos de una mujer de ojos negro azabache. Tenía el gesto tenso en todas las instantáneas, y el cabello oscuro demasiado corto. Paseó la mirada por el marco. Habían trazado diversas líneas entre varios recortes de periódico, incluso imágenes de ella caminando por la calle o entrando en algún establecimiento.

—¿Qué significa esto? ¿Quién es esta mujer? —murmuró entre dientes sin girarse hacia ellos.

Hubo un largo y tenso silencio que tan solo consiguió crisparle todavía más los nervios. David acabó por tomar la palabra.

—Somos policías infiltrados —admitió.

—¿Cómo?

No esperaba encontrarse con algo semejante. Se volvió de nuevo hacia ellos, justo para ver como su empleado le mostraba una placa de policía.

—Estamos siguiendo la pista a esta mujer, Isabel. Lleva mucho tiempo hospedada en este Hotel y…

—¡Calla! No podemos revelar nada más sobre la investigación. Es confidencial —le reprendió Alberto.

Pero David negó con la cabeza.

—Necesitamos que confíe en nosotros. Si no, puede poner toda la operación en peligro —se volvió hacia Francisco de nuevo—. Creemos que esta mujer tiene secuestrado a un miembro de la familia real.

Un escalofrío recorrió la espalda del director, e incluso las piernas le temblaron. Miró hacia la entrada de la habitación: se había dejado la puerta abierta. Esperaba que nadie los hubiera escuchado.

—¿Aquí, en mi Hotel?

—No. De eso estamos seguros. Estamos rastreando todos sus pasos en el exterior y andamos muy cerca de saber dónde lo tiene.

Francisco cerró los ojos durante varios segundos y mostró las palmas de las manos. Asintió con la cabeza con lentitud y empezó a caminar hacia el pasillo.

—Está bien. Dejaré trabajar a los profesionales. Cualquier cosa que puedan necesitar, ya saben dónde encontrarme —les dijo mientras

salía de la habitación.

Descendió por las escaleras, en silencio. No podía dejar de pensar en lo que acababa de suceder. Dos policías infiltrados en su hotel, investigando a una huésped, sospechosa de secuestrar a un miembro de la familia real. Digno de una película.

Regresó de nuevo al hall. Sentía una extraña inquietud que no le había abandonado desde que había salido de la habitación.

En ese instante, una figura que entraba de la calle, llamó su atención. La miró petrificado. Los ojos negros azabache de Isabel le observaron con curiosidad.

Fue incapaz de quitarle la vista de encima a la mujer mientras cruzaba el espacio que les separaba. Cuando pasó a su lado, ella le sonrió e incluso soltó una pequeña risita.

—¿De qué se ríe usted? —le espetó con más brusquedad de la que pretendía.

Isabel se detuvo y se quedaron frente a frente por unos segundos.

—Eres igual de serio que él.

La sorpresa cogió desprevenido a Francisco, que no alcanzaba a adivinar a qué se refería.

—¿De qué está hablando?

Ella extendió una sonrisa y clavó sus ojos en los de él, de tal forma que parecía que podrían leer sus pensamientos.

—Te lo mostraré —concedió, mientras se acercaba todavía más.

Introdujo la mano en el interior de su bolso y sacó una tarjeta que le mostró. Era su tarjeta de identificación personal. No comprendía por qué se la enseñaba, pero al leer el nombre completo, todo cobró sentido.

Isabel Casas Oquendo

Un paseo inolvidable

18

El lago se encontraba en completa calma, como si quisiera quedarse en un segundo plano. El viento azotaba con suavidad y a lo lejos se podía escuchar el débil murmullo de la gente que paseaba por la orilla. La paz y tranquilidad eran absolutas.

Solté los remos, la barca ya estaba en una buena posición. Miré a la mujer que me acompañaba, tan radiante como era habitual en ella. Sus largos cabellos dorados bailaban al son de la brisa. Su mirada cristalina, siempre soñadora, se perdía más allá de los límites del agua. Se giró hacia mí con un movimiento repentino, descubriendo que la estaba observando. Era Ángela, mi esposa. La única mujer que había amado en toda mi vida. Nos encontrábamos pasando una feliz mañana en el lago del pueblo, lugar que lo significaba todo para nosotros: fue allí donde nos conocimos años atrás y donde, más tarde, le pedí matrimonio.

—¿Qué miras? —me espetó con una gran sonrisa.

La miré embelesado. Estaba hermosa cada vez que sonreía de ese modo.

—A ti.

Ella mostró aún más los dientes y se apartó el pelo de la cara.

—Mira que eres bobo.

Sonreí mientras volvía a coger los remos dispuesto a mover la barca un poco más, pero Ángela agarró mi mano para detenerme. La miré, sin comprender.

—Hablemos un poco.

Me dedicó una dulce sonrisa y se inclinó sobre mí. Sus ojos me observaban con interés.

—¿Has sido feliz conmigo todos estos años?

Aquella pregunta me desconcertó, no comprendía a dónde quería ir a parar.

—¡Por supuesto! Todos los días desde que empezamos a salir —me apresuré a responder.

Su rostro continuó iluminado por la sonrisa. Esperé vacilante su reacción, sin atreverme casi a moverme, pero ella se inclinó sobre mí y me besó. Fue un beso tierno, sin prisa, simplemente disfrutando del momento. El tiempo pareció detenerse, y en mis pensamientos solo había sitio para ella.

Al fin se separó y se volvió a sentar al otro extremo de la barca. Su

mirada lucía un brillo especial.

—Yo también lo he sido.

Nos sonreímos y la calma se apoderó de nosotros. Volví a coger los remos y moví varios metros la barca.

—¿Recuerdas la primera vez que nos bañamos juntos en este lago? —preguntó de pronto.

Asentí sin mirarla, claro que lo recordaba.

—No sabías nadar y tenía que estar agarrándote todo el tiempo —relaté, casi de carrerilla.

Volví el rostro hacia ella, justo para descubrir un brillo de diversión en su gesto.

—Hay algo que nunca te dije. Sabía nadar perfectamente.

—¿Fue un truco? —pregunté, nuevamente sorprendido.

—Exacto. Lo hice para tener una excusa para agarrarme a ti.

Sentí como el rubor cubría mis mejillas en cuestión de segundos.

—Siempre me gustaste, desde la primera vez que te vi —continuó Ángela.

—Sabes que tú…

Ella se puso el dedo en los labios, pidiéndome silencio. Una inquietante tristeza apareció entonces en sus ojos, helándome el corazón.

—Solo quiero que sepas que siempre he sido muy feliz a tu lado, en todo momento.

—Yo también —murmuré.

Volvió a acercarse a mí y me agarró la mano para ponerla entre las suyas. Sus ojos se clavaron en los míos como si pensaran traspasarlos.

—Incluso en los peores momentos, yo nunca dudé de mi amor por ti. Espero que lo recuerdes. Siempre te amaré —afirmó casi en un susurro.

Un tenso silencio volvió a nacer entre nosotros. Analicé sus facciones intentando encontrar un sentido a lo que estaba pasando. Ángela no solía comportarse así.

El sonido de mi teléfono móvil me sacó de mis pensamientos. Chasqueé la lengua, disgustado. Solté su mano para contestar a la llamada.

—¡José! ¿Dónde estás? —oí que me decían al otro lado.

—Hola, mamá. ¿Qué quieres? —quise saber mientras miraba distraído hacia la orilla.

—Es difícil decir esto —calló por unos segundos—. Se trata de Ángela.

—¿Qué pasa con ella?

—Ha muerto en un accidente de coche.

—Eso es imposible, ¡si está aquí conmigo! Espera, que te la paso.

Me giré hacia ella, pero no había nadie más en la barca. Quedé petrificado, sin saber qué pensar, qué decir. Tras unos instantes, empecé a llamarla a gritos, completamente desesperado.

Entonces lo recordé todo. Ángela se había ido a Madrid a una reunión de trabajo el día anterior. La realidad me golpeó de forma implacable.

Última misión

19

Los ojos de Méndez estaban fijos en mí cuando formuló las siguientes palabras:

—Leo, te necesitamos para una última misión.

Me hundí en el sillón, tratando de asimilar la propuesta que provenía de mi amigo y antiguo jefe, el comisario de la ciudad. Miré a mi mujer, que se mantenía inmóvil sobre el sofá con el rostro inescrutable.

—Perdonad que me presente así en vuestra casa. Sé que no tengo derecho. Ya te jubilaste hace un par de años. Pero me conoces y sabes que si lo hago es porque estoy desesperado.

Méndez se había mantenido de pie todo el tiempo, tenso. Sabía que lo que decía era cierto. Cavilé unos instantes, intentando tomar una decisión lo antes posible: él lo agradecería. Había dejado el cuerpo de policía satisfecho, sintiendo que había sido suficiente, pero lo cierto es que seguía echando de menos esa sensación de adrenalina recorriendo mi cuerpo. Amplié una sonrisa, decidido.

—De acuerdo.

La alegría iluminó el rostro del comisario. Todos sus músculos se relajaron hasta volver a una postura normal.

—Sabía que podía contar contigo. Mañana te pondré al día —dijo mientras se dirigía a la puerta de la calle.

Al día siguiente, los recuerdos me invadían mientras permanecía sentado frente a Méndez en su despacho de la comisaría del centro de la ciudad. Allí había vivido innumerables reuniones, algunas rutinarias y otras más acaloradas. Había ofrecido toda una vida de servicios a la policía junto a mi amigo. Me encontré sonriendo como un colegial en su primer día de curso.

—El caso con el que estamos nos supera. Solo llevamos cuatro días con él, pero son suficientes para saber que necesitamos tu ayuda. Enseguida entenderás por qué —hizo una pausa—. Se trata del edificio abandonado situado en la avenida Esplá.

Mis cejas se enarcaron producto de la sorpresa, claro que me resultaba familiar. Demasiado, de hecho.

Horas después, la edificación se elevaba, tan imponente como la

recordaba, ante nosotros dos y cuatro agentes más que nos habían acompañado. Méndez me hablaba sin parar, pero yo casi no le escuchaba, concentrado como estaba en recorrer cada milímetro del escenario con la vista. Se trataba del antiguo colegio Roval, allí donde había cursado toda mi escolaridad hasta desembarcar en la universidad. Toda una vida.

—Alguien secuestró a un hombre y lo escondió en el interior —relataba el comisario—. No sabemos con certeza si él está allí dentro también, pero creemos que sí, pues todos los días nos provoca con pintadas en las paredes incitándonos a buscarlo. Parece que sea un juego para él, mientras la vida del rehén entra en una fase de contrarreloj, si es que no está muerto ya.

Aparté la vista del edificio y me centré en mi amigo.

—Lo hemos recorrido de palmo a palmo, pero no hemos dado con ningún indicio que nos lleve hasta alguno de los dos.

—Está bien. Voy a entrar —afirmé con determinación.

El comisario asintió, serio.

—Me gustaría ir contigo, pero tengo que quedarme fuera para dirigir la operación. Dos de mis hombres te acompañarán para garantizar tu seguridad. De todas formas, para cualquier cosa, Leo, me hablas por el *walkie*, ¿entendido?

Asentí sin decir nada. Estaba decidido a no fallarle.

—Eh… —me dijo Méndez agarrándome del hombro para detenerme—. No te expongas demasiado. Si ves peligro, aléjate.

Extendí una sonrisa que esperaba que le resultase tranquilizadora. Entonces recordé algo importante que se nos había pasado por alto.

—¿Quién es el secuestrador? No me lo has dicho en ningún momento.

Él se giró, dándome la espalda y se alejó varios pasos para reunirse con el resto de policías. Me quedé observándolo, extrañado. Parecía que no me había oído. No le di importancia y avancé hacia el edificio.

Atravesé la entrada junto a los dos policías sin preámbulos. Como era normal, el interior estaba repleto de suciedad, hacía frío y todo estaba oscuro. La electricidad llevaba años cortada.

Me detuve en mitad del rellano y cerré los ojos para mejorar la concentración y meditar. Sabía que era una tontería dedicarme a recorrer cada recodo con desesperación. Tardaría horas y terminaría agotado y frustrado. Era mejor pensar primero en los puntos donde el

secuestrador podría haberse escondido. Debía ser un espacio amplio y al mismo tiempo, imperceptible para el resto.

Esa era la ventaja que yo tenía respecto a los demás miembros del cuerpo de policía: me conocía el edificio al dedillo. Me podía imaginar cómo lo habrían rastreado, corriendo de aquí para allá como pollos sin cabeza. Esta era la principal razón por la que Méndez había tenido que recurrir a mí, aparte de la gran amistad que nos unía.

La respuesta me llegó al cerebro como si un resorte hubiera saltado en mi cabeza. Ahora veía muy claro donde debía estar escondido.

Corrí por el oscuro pasillo, seguido de los guardias y empecé a subir las escaleras de dos en dos, sintiéndome de nuevo un niño. El ambiente se volvía cada vez más denso según ascendía pisos, pero no me importaba, había tenido que superar situaciones mucho peores.

Todos los que habíamos ido ese a colegio sabíamos que si querías esconderte por algunas horas para hacer alguna trastada, existía un sitio inmejorable. Yo mismo lo había frecuentado varias veces, comprobando que, en efecto, nadie que desconociera su existencia podía encontrarte. No alcanzaba a comprender cómo había dado con ese lugar el secuestrador.

Tras llegar al último piso, me detuve jadeando ante mi destino, cubierto por la oscuridad que me acompañaba por todo el edificio. Esperé unos minutos para recuperar el aliento, sintiendo que los dos años de inactividad habían hecho mella en mí. Ya no era ese niño que podía subir y bajar escaleras durante horas sin apenas sentir cansancio.

El escondite estaba detrás de una zona de la pared del pasillo. En lo alto debía haber una pequeña cavidad, oculta por seis ladrillos colocados sin cemento, que llevaba a una sala lateral. Estaba a tal altura de forma que nadie podría tocarla por descuido, pero sí que se podía alcanzar estirando la mano o con un pequeño salto. Era el escondite perfecto.

Era comprensible que ninguno de los policías hubiera dado con semejante lugar. Estaba colocado de forma estratégica, en mitad de un pasillo que no parecía esconder nada. Además, había que añadirle la adversidad de que todo estaba a oscuras.

Me pegué a la pared, justo para descubrir que el agujero ya estaba abierto. Miré al suelo, allí estaban los ladrillos que servían para ocultarlo. Sin duda debía haber sido utilizado de forma reciente.

Apreté los labios con seriedad, había dado en el clavo.

—¡Leo! ¿Cómo vas? —escuché que me decía Méndez a través del *walkie*.

Lo agarré de mi cinturón y lo acerqué a mi boca.

—Todo bien. Creo que estoy siguiendo una pista correcta.

—¿Sí? —podía notar el orgullo y alegría contenidos en su voz—. ¡Eso es fabuloso!

Volví a colocar el aparato en su sitio y me giré hacia los policías para indicarles que sería mejor que entrase solo. Ambos llevaban un *walkie,* por si las cosas se ponían feas y tenían que avisar al comisario. Me concentré en ascender por la pared para caer sobre el otro lado. Nada más aterrizar, apunté con una linterna para recorrer la sala y mantuve la pistola en alto con la otra mano. La tensión se instauró en mi cuerpo, provocando que mi corazón palpitase con mucha fuerza.

Avancé unos pasos por la sala, recordando que no era demasiado grande. Multitud de sombras me rodeaban, ya que era el lugar más oscuro del edificio, al no tener ninguna ventana que comunicase con el exterior. El ambiente cargado y el aire viciado provocaban que estar allí mucho tiempo resultase toda una proeza. Lo sentía de corazón por el rehén que estaba teniendo que soportar el cruel encierro.

Un débil gemido alcanzó mis oídos. Me giré en redondo, apuntando el haz de luz en su dirección. Un rostro demacrado y silenciado con un esparadrapo en la boca apareció iluminado. A simple vista, parecía un hombre que debía tener unos quince años más que yo. Me acerqué hasta él, comprobando con horror el lamentable estado en el que se encontraba. Sus mejillas estaban hundidas y sus ojos sobresalían de una forma que los hacía parecer más grandes de lo normal. La cabeza estaba desnuda, cubierta de pequeñas heridas.

Descendí la linterna para poder ver el resto del cuerpo en su totalidad. Cogí el *walkie* y lo presioné para mandar un mensaje.

—Aquí Leo. He encontrado al rehén. Está vivo, aunque se encuentra en un estado lamentable. Lo tienen atado con cadenas a una tubería.

—Dinos dónde estás para que subamos. ¿Y el secuestrador?

El gemido insistente del rehén me obligó a dejar la conversación y quitarle el esparadrapo de la boca.

—¡Una bomba está a punto de estallar! —chilló al instante.

Aquella revelación me pilló desprevenido, aturdiéndome por unos

segundos. Paseé la linterna por toda la sala con rapidez, olvidando la precaución. Encontré la bomba colocada sobre una de las paredes. Me acerqué para observar que solo quedaban diez minutos para que estallase. Agarré el *walkie* con fiereza, arrancándolo del cinturón.

—¡Méndez! ¡Estoy en el piso más alto, en el interior de un escondite en mitad del pasillo! ¡Una bomba está a punto de estallar!

—¿Cómo? —gritó el comisario al otro lado— ¡Leo, salid de ahí ya!

—Deberías hacerle caso —me dijo el rehén con un susurro.

Podía escuchar cómo los guardias me llamaban desde el otro lado de la pared al escuchar la orden de Méndez. Les pedí que fueran bajando, que estaba todo bien. Yo iba enseguida. En cuanto pude escuchar como sus pisadas se alejaban, me concentré de nuevo en el rehén.

—Antes voy a sacarte de aquí —murmuré.

Una extraña sensación de familiaridad me asaltó cuando continué escrutando su rostro. Caí en la cuenta de que conocía bien a ese hombre, demasiado.

—Parece que por fin me has reconocido, Leo. ¿Te ha costado, eh?

—¿Qué haces aquí?

—Eso no importa ahora. Vete, no queda mucho tiempo.

—Ya te lo he dicho. Primero te sacaré —afirmé con decisión.

—Eso es imposible.

Paseé la linterna por su cuerpo, tratando de averiguar por qué decía algo así. No tardé en encontrar la aterradora respuesta.

—¿Ya lo has comprendido, eh? Ahora vete.

Lo miré con tristeza, las cadenas se encontraban aseguradas con varios candados. Era una situación desesperada.

—No sufras, Leo. Yo ya me he hecho a la idea de que moriré aquí. Y no pasa nada, ya soy muy mayor.

—¿Quién te ha hecho esto?

Por toda respuesta, él señaló con la cabeza hacia un lateral. Dirigí el haz de luz en esa dirección, para hallar un grafiti grabado en la pared que me congeló el corazón al reconocerlo. Se trataba de Linett, alias «la muerte sigilosa», el psicópata asesino que había perseguido durante toda mi vida. Mi peor enemigo. Terminé por atraparlo, pero había escapado hacía cinco meses. Había tomado varias medidas de seguridad al respecto, suponiendo que acabaría por hacer alguna de las suyas. Estaba claro que esto lo había hecho él, encajaba a la

perfección con su forma de actuar.

Caí en la cuenta de por qué Méndez había evitado revelarme el nombre del secuestrador, se había hecho el despistado cuando se lo había preguntado. Él debió suponer, con acierto, que saberlo evitaría que pudiese afrontar el caso con la frialdad necesaria. Había tratado de buscar mi mayor efectividad.

—Está loco —comenzó a relatar el rehén—. Me secuestró para sacarme toda la información posible sobre ti.

Lo miré en silencio. La bomba había desaparecido de mi cabeza. Solo podía mirar al anciano mientras hablaba de Linett.

—Sabe que eres incapaz de dejar a alguien abandonado a su suerte. Gracias a mis conocimientos sobre ti, supo cómo actuarías en cada momento.

Tragué saliva. Esa había sido una jugada maestra de mi peor enemigo, raptar al hombre que había sido mi psicólogo durante años mientras me trataba de mis traumas al enfrentar las situaciones tan dramáticas que acarreaba el oficio de policía.

—Ese maldito de Linett. También eligió este lugar porque sabía que me buscarían a mí para encontrar el escondite. Averiguó que era mi colegio y esta habitación gracias a ti.

—Exacto… Él solo planeó todo esto para traerte aquí y acabar contigo. Estuvo observando todo el tiempo el exterior y cuando vio que llegabas, activó la bomba y se marchó lejos. Pero todavía tienes tiempo de escapar. ¡Demuéstrale que se equivoca!

Se miraron en silencio, mientras los intentos de Méndez a través del *walkie* por hacer que bajara resultaban inútiles. No cogí el aparato, ni respondí. Me alegré al saber que los dos agentes que me habían custodiado ya estaban a salvo en el exterior.

—Ya sabes de sobra que Linett acertó de pleno.

Nos quedamos mirando, mientras la bomba estallaba y todo empezaba a derrumbarse. En pocos minutos, la conversación solo fue un vago recuerdo.

La esfera azulada

20

El gentío provocaba un ruido ensordecedor, un sonido ambiente que consistía en una mezcla de risas, palabras y el claxon de los coches. Mis viejas piernas, débiles y flacuchas, flojeaban con cada zancada que me veía obligada a dar.

Corría lo más rápido que podía, apartando de mi camino a gente que paseaba ajena a todo. No quería perder de vista a la mujer a la que estaba persiguiendo. No podía. Aquella mujer era yo.

En el interior del bolso, que bailaba de forma irregular al son de mi carrera, escondía bien guardada la esfera que había sido la causante de todo el problema. Tan solo una hora antes me habían tendido una trampa, ofreciéndome entrar en un antro oscuro y de aire viciado donde solo había una pequeña mesa. Sentada al otro lado, me esperaba una anciana que sujetaba sobre su regazo la esfera azulada cuya luz resultaba hipnotizadora.

Con una rapidez asombrosa, la asió sobre su cabeza y recitó unas palabras ininteligibles. A los pocos segundos, me vi encerrada en el cuerpo de la anciana; ella estaba en mi cuerpo de chica joven. Aún perpleja por lo que acababa de pasar, vi cómo salía huyendo al exterior. Me vi obligada a agarrar la esfera y correr detrás sin perder un solo segundo. Iba a atraparla y obligarla a invertir el hechizo.

Mi cuerpo joven era ágil, y ella lo aprovechaba a la perfección para ganar distancia en la carrera. Apreté los dientes, furiosa. Estaba decidida a hacer justicia costase lo que costase.

La persecución nos llevó por varias calles y se alargó varios minutos más. Ella se dirigía a la parte baja de la ciudad, hacia la playa. Sabía lo que estaba haciendo. Quería correr por un terreno complicado donde ampliar la ventaja de forma definitiva.

—¡Devuélveme mi cuerpo ladrona! —le grité.

Sorprendida, casi tropecé al escuchar como mía la voz pastosa de la anciana. Un sudor frío recorrió mi espalda y el miedo a quedarme encerrada para siempre en aquel cuerpo atenazó de nuevo mi corazón.

Ella se giró y me sonrió con sorna.

—¡Jamás!

La fulminé con la mirada y decidí detenerme. Corriendo tras ella nunca la atraparía. Debía usar la cabeza. Idear algo más eficaz. Ella se había zambullido ya en la arena y cruzaba la playa. Sonreí con suficiencia: llevaba viviendo en esta ciudad más de diez años y sabía

dónde iría a parar cuando saliese al otro lado. Sólo tenía que llegar a ese punto por un camino más rápido.

Media hora después, ya al otro lado, la esperé escondida tras una esquina. Mi cuerpo se tensó cuando la vi aparecer por el otro extremo de la calle. Iba caminando con tranquilidad. Debía pensar que me había perdido. Su rostro mostraba una sonrisa triunfal, provocando que la rabia y emoción contenidas ardieran en mi interior, clamando venganza. Apreté los nudillos con fuerza mientras esperaba el momento oportuno para saltar sobre ella.

Los segundos que tardó en cruzar la calle parecieron durar una eternidad, hasta que por fin, llegó el momento y me abalancé encima de ella.

Como esperaba, la cogí desprevenida y logré aplastarla contra el suelo. A pesar de eso, forcejeamos y rodamos varios metros.

—¡Déjame en paz loca! —me gritó.

—¡Devuélveme mi cuerpo! —bramé.

La esfera azulada se escurrió de mi bolso debido a los movimientos bruscos. Me quedé observándola con fijeza, momento que ella aprovechó para zafarse de mí y agarrarla.

—¡No es tu cuerpo! ¡Admítelo de una maldita vez! —chilló mientras se levantaba.

Entonces asió la esfera y la estrelló con todas sus fuerzas contra el suelo, haciéndola añicos.

—¡Nooo! —grité arrastrándome sobre los trozos esparcidos.

Mis ojos se llenaron de lágrimas. Gimoteé mientas me encogía sobre mí misma. Todo estaba perdido, ya no había marcha atrás.

—¡Enfréntate de una vez a la vida! ¡Acepta el paso del tiempo! —me gritó la joven desde arriba.

Levanté la cabeza para mirarla. Estaba furiosa y sentía unos fuertes deseos de estrangularla.

—Yo nunca dejaré de ser joven —murmuré entre dientes.

La chica se rió sin ganas, componiendo un gesto de desagrado.

—Mírate. Eres patética. Me das pena. Pero por lo menos ahora ya no podrás robarle el cuerpo a nadie como me hiciste a mí. Me arrebataste mi infancia cuando solo tenía once años.

Y tras decir esto, se dio la vuelta y se fue, desapareciendo por una esquina.

Aunque no me atreviera a reconocerlo, sentí que había aprendido

una gran lección.

Incertidumbre

21

Mis pasos sobre el musgo eran lentos y pesados debido a las botas de montaña que calzaba. Una calma silenciosa reinaba en los confines del bosque, acompañada por una brisa cálida que cubría mi rostro con suavidad. Sonreí al mirar la bolsa que colgaba de mi cintura: ese día la caza había sido bastante exitosa y cuando llegase a casa, mi mujer se pondría muy contenta.

Presté atención a los sonidos del bosque tratando de concentrarme al máximo. Fruncí el ceño, además de ir de caza para encontrar alimento, cada día realizaba una ronda por los alrededores del pueblo para ahuyentar a las bestias y criaturas sobrenaturales que vivían en los alrededores. Había intentado acabar con ellas en alguna ocasión, pero sabía por experiencia propia que se trataba de algo casi imposible para mí. El resto de cazadores del pueblo también ayudaban en esta tarea, y así todos contribuíamos a la tranquilidad de nuestros hogares.

Mi cuerpo se relajó cuando las primeras casas se dejaron ver entre los árboles. Pero mis pies se detuvieron en seco cuando todo a mÍ alrededor empezó a volverse borroso. Un agudo latigazo de dolor golpeó mi cabeza de forma rápida y directa. No comprendía qué me estaba sucediendo, pero podía sentir cómo mi cuerpo se doblaba sin que pudiera hacer nada por evitarlo y se desmoronaba sobre el suelo.

La realidad quedó atrás cuando mi mente empezó a volar de forma libre, sin ataduras. Mi propio rostro apareció ante mis ojos, dominado por el odio. Mis facciones estaban desdibujadas por la rabia que podía sentir palpitando en mi interior. Había entrado en una habitación. Estiré los brazos y apunté con mi rifle de caza al otro lado. Estaba apuntando a mi mujer, que permanecía inmóvil a pocos pasos de distancia. Me di cuenta de que quería verla muerta. Podía sentirlo tan fuerte que parecía real.

La escena desapareció de mi vista y regresé al musgo y los árboles del bosque. Parpadeé varias veces mientras me incorporaba, aturdido. Todo mi cuerpo estaba empapado de sudor y mi respiración, agitada. No tenía ni idea de qué había sido aquello, ni por qué había sucedido, pero algo en mi interior me indicaba que podía tratarse de una visión futura.

Continué el camino en dirección al pueblo, mientras luchaba por no perder el equilibrio debido al intenso mareo que se había instalado

en mi cabeza. Tenía el corazón en un puño por la remota posibilidad de que aquella visión acabase por volverse realidad. Mi mujer, Leonor, era maravillosa, y yo la amaba con locura. De hecho, llevábamos juntos más de diez años. Desde hacía unos meses, incluso, intentábamos concebir a nuestro primer hijo.

Logré llegar a casa minutos después. Agotado, me dejé caer sobre el primer asiento que encontré y luché por recuperar la respiración.

—¿Cómo ha ido la caza? ¿Te encuentras bien? —me preguntó una voz a mi espalda.

Me giré, para encontrarme con los ojos claros que tan loco me volvían. Leonor me sonreía desde el otro lado de la sala. No contesté al momento, concentrado en no perder de vista ningún detalle del rostro tan bello y dulce que ella tenía. La idea de que aquella extraña visión fuese real, me parecía absurda.

—Muy bien, cariño —respondí con una amplia sonrisa.

Me incliné para coger la bolsa con el contenido de la caza, justo para descubrir que no lo tenía. Chasqueé la lengua, debía haberse caído cuando me desmayé en el bosque.

—Lo siento. Perdí el botín.

Horas después, tras descansar y dormir un poco, decidí salir a estirar las piernas dando un paseo por el pueblo. El sol ya estaba empezando a caer y la temperatura descendía por momentos. Sabía que me sentaría bien tomar algo de aire fresco.

El ambiente en el pueblo solía ser relajado: las calles estrechas y casi sin gente ayudaban a lograrlo. Pasear por su interior en ocasiones resultaba algo similar a cruzar un laberinto, todas las casas eran similares, blancas, de escasa altitud y que se repetían en un sinfín de calles largas. Pese a ello, la gente era amable. Éramos pocos y todos nos conocíamos, convivíamos como si de una gran familia se tratase.

Doblé una esquina mientras me concentraba en respirar todo el aire puro que pudieran acoger mis pulmones. Observé con atención la cantidad de amuletos y sortilegios que colgaban de los balcones de casi todas las viviendas. En teoría, estaban repletos de conjuros mágicos para ahuyentar a las bestias y criaturas fantásticas. Todos las teníamos, incluido yo. Conocíamos las terroríficas historias que habían vivido nuestros antepasados. Por suerte, las cosas se habían calmado un poco en los últimos años.

Como una medida extra de protección, el pueblo estaba cercado

por altas vallas. Si era sincero, creía que era una soberana tontería. En lo único que confiaba de verdad, era en el recorrido que trazamos cada día los cazadores para enfrentarlas.

Todo transcurrió con aparente normalidad durante la noche. Leonor se mostraba afable y yo no podía pensar nada negativo de ella. Pese a todo, la inquietante visión que había vivido esa mañana no se marchaba de mi cabeza. Suponiendo que fuese el futuro —no lo sabía porque nunca me había pasado algo así—, no tenía forma de saber cuándo llegaría. Tal vez fuera dentro de una semana, de dos años o incluso de diez. Suspiré tratando de relajarme en la cama y rendirme al sueño.

Al día siguiente, la rutina comenzó con normalidad. Salí a la caza habitual, realicé el recorrido asignado para verificar que no hubiera rastro de criaturas y regresé a casa, esta vez con el botín en mis manos. Había estado inquieto durante todo el proceso, temiendo volver a experimentar otra visión. Había terminado por pensar que la magia maligna que se respiraba en los confines del bosque era lo que la había provocado. Para mi alivio, no se repitió.

Cuando entré en casa, mi mujer me esperaba con una extraña sonrisa en el rostro.

—¿Qué te pasa? —le pregunté.

Sin decir nada, se acercó hasta mí y me abrazó.

—Me acaban de confirmar que estoy embarazada. La prueba del sacerdote ha sido positiva.

Mi rostro dibujó una sonrisa sin que yo lo ordenase: eso debía ser la completa felicidad. La besé con ímpetu. Por fin lo habíamos logrado. La visión había quedado sepultada en mi cerebro, eclipsada por la fuerza arrolladora de mis últimos sentimientos.

Cuando nos separamos, Leonor me observó por unos instantes con fijeza. Extrañado, comprobé que su semblante revelaba un gesto que no le había visto jamás. Me sentí confuso.

—Creo que ya no hace falta seguir con esto —murmuró.

—¿De qué estás hablando?

La tensión crecía por momentos. Ella se acercó a mí.

—¿Cuál es la criatura fantástica que más odiáis, tanto tú como el pueblo? —me susurró en el oído.

Supe enseguida a quién se refería, ellas habían sido las que habían causado un daño imborrable en nuestros corazones. Mi cerebro

empezó a funcionar y a atar cabos. La escena de la visión cobró más sentido que nunca.

—¿Tú…?

Leonor se alejó unos pasos y extendió una amplia sonrisa de superioridad. Su cabeza asintió con un sencillo gesto y aquello desató mi ira. Avancé hasta el dormitorio y agarré el rifle con tanta rabia que apenas podía sujetarlo con precisión. Nunca había imaginado tal cosa, ni en mis peores pesadillas. Era algo que no podía soportar. Me giré, justo para ver a mi mujer que me había seguido mientras reía. Le apunté al rostro con el arma, sintiendo que aquella escena me resultaba familiar. Al final había terminado por cumplirse, tan solo un día después.

—¿Vas a matar a la madre de tu hijo? Me ha costado, pero por fin he logrado ampliar mi especie.

—Eso me da igual. No puedo permitir que mi hijo sea como tú.

Apreté el gatillo y la bala salio disparada, pero Leonor ya se había apartado de la trayectoria incluso antes de mover mi dedo. Nos quedamos mirando inmóviles, esperando el movimiento del otro.

—Solo te diré una cosa. Hay muchas como yo infiltradas en el pueblo. Más de las que piensas.

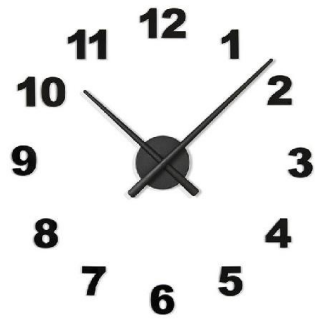
Aquella revelación me golpeó. El asco que les tenía se hizo más patente.

Ella se movió con una sorprendente agilidad y salió por la ventana, no sin antes dedicarme una última mirada burlona. Me quedé absorto, sin dejar de mirar el lugar por donde había escapado. Estaba conmocionado por todo lo que acababa de suceder.

Había descubierto que mi mujer, a la que conocía desde hacía ya diez años, era una bruja.

El mejor año de tu vida

22



Raúl estaba desolado. Ya no había solución.

Abrió el álbum de fotos que guardaba en el dormitorio que compartía con Laura, su mujer. Pasó las páginas y observó la incontable cantidad de imágenes que contenía su interior. Infinitos recuerdos acudieron a su mente mientras rememoraba los inolvidables momentos de sus trece años juntos.

Hacía tan solo un año que se habían casado. Había sido una experiencia única para ambos, así que lo habían celebrado por todo lo alto con un banquete y un viaje de luna de miel de ensueño.

Cerró los ojos. Sabía que se había entregado a la relación para que a Laura no le faltase nada. Había puesto especial empeño en que todo fuera perfecto durante ese último año. Verla feliz se había convertido en su mayor prioridad.

Una lágrima resbaló por su mejilla. A pesar de que su conciencia estaba tranquila, la situación le rompía el corazón. Sí, sentía que había hecho todo lo posible por hacer de ella la mujer más feliz del mundo, y se sentía orgulloso, pero eso no disminuía la gravedad de la situación.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué lloras?

Raúl abrió los ojos. Era Laura, que le miraba desde el umbral del dormitorio.

Él le sonrió con dulzura y aprovechó para memorizar cada facción de su rostro. Sin decir nada, extrajo un pequeño aparato del bolsillo de su pantalón y se lo tendió. Ella se acercó para observarlo con atención.

—Es un reloj normal y corriente. ¿Qué importancia tiene? —murmuró.

—No, no lo es. Es fundamental.

Ella continuó mirándolo confusa, esperando a que su marido se explicase, pero este tardó varios segundos en hacerlo.

—Sirve para volver atrás en el tiempo. Máximo un año.

La confusión de Laura se transformó en sorpresa.

—¿Lo has estado haciendo? ¿Cuántas veces?

—Diez. Pero ya no se puede usar más —y al decir esto, asomaron de nuevo las lágrimas.

Ella volvió a centrar su atención en el pequeño artilugio mientras asimilaba la información.

—¿Y por qué lo has usado?

Él dio un respingo. Se acercaban a la verdad.

—Intenté evitarlo, pero era inevitable. Mi prioridad fue hacerte feliz.

Laura clavó los ojos en él. Se quedaron mirando durante unos segundos en los que solo se escucharon sus respiraciones.

—¿De qué estás hablando? —susurró.

La fortaleza que Raúl había intentado mantener, se desmoronó en ese preciso instante. Rompió a llorar de forma desconsolada. Se levantó de pronto y salió de la habitación sin decir nada. Laura recogió un papel que este había dejado caer al suelo.

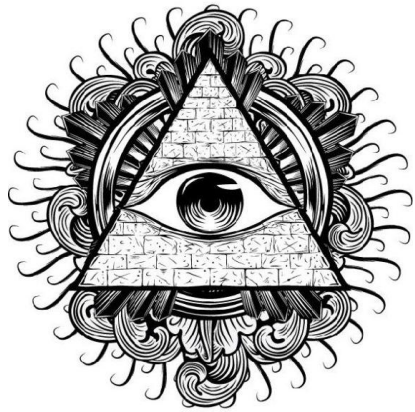
Era una noticia de un periódico. Hablaba de una muerte. Su propia muerte.

Con el corazón a punto de salírsele del pecho, se fijó en la fecha de la noticia.

Solo faltaban dos semanas.

Entra en el edificio

23



Roberto trotaba por las calles desiertas de regreso en su rutina de ejercicio habitual. Miró a ambos lados. No había nadie, ni siquiera los coches pasaban. Era lógico: el reloj marcaba las diez de la mañana de un domingo, la gente aprovechaba para estirar un poco las horas de sueño. Pero desde hacía meses él se había decidido a mejorar su estado físico. Ansiaba regresar a casa para devorar un apetitoso desayuno.

Al doblar una esquina, algo en el suelo llamó su atención. Una tarjeta. La cogió, extrañado, porque le resultaba familiar. Demasiado. Se trataba de su DNI. Ahí estaba su foto carnet, tratando de mostrar una sonrisa forzada. Sacó su cartera con rapidez, temiendo que se lo hubiesen robado junto a alguna cosa más. Como era de esperar, su tarjeta no estaba allí, pero se tranquilizó al comprobar que no le faltaba nada más.

No tenía idea de cómo podía haber llegado hasta allí. Él apenas sacaba su cartera en mitad de la calle. No conseguía recordar un solo momento en que hubiera podido perderla. Pero su sorpresa fue mayor al descubrir que alguien había escrito un mensaje con color rojo en la parte trasera. Su corazón dio un vuelco al leerlo.

“Entra en el edificio. Ni se te ocurra huir.”

Sintiendo que un sudor frío empezaba a recorrerle el cuerpo, miró a su derecha para comprobar que tenía ante él un gran umbral abierto de par en par. Se trataba de uno de los edificios más altos e imponentes de la ciudad. Lo había visto en alguna ocasión, pero jamás había entrado. Estaba repleto de oficinas.

Tenía la incertidumbre de si se trataba de una broma pesada o no, pero algo le aconsejaba no desobedecer la orden. Despacio y en silencio, avanzó hacia el interior. No tenía a nadie a quien dirigirse, ni idea de a donde debía ir, pero en el rellano encontró la solución: un gran cartel con una flecha que indicaba hacia arriba le resolvió la duda.

Decidió subir por las escaleras e ir averiguando poco a poco cómo transcurría todo. En el ascensor no sabría a cuál de los pisos que tenía el edificio debía ir. El silencio resultaba inquietante en sus oídos. De vez en cuando le parecía escuchar suaves susurros y algunos ruidos,

pero no estaba seguro de si eran reales o producto de su imaginación.

En el piso superior, una nueva flecha le indicó que siguiera ascendiendo. Se detuvo un momento a observar el pasillo, todas las puertas se mantenían cerradas y nada parecía indicar presencia alguna.

La historia se repitió a lo largo de las siguientes plantas, mientras un ambiente frío empezaba a recorrer los pasillos. La incertidumbre de no saber a dónde llevaba todo aquello crecía conforme se iba acercando hasta lo más alto. Los sonidos que había escuchado desde el comienzo parecían ahora más cercanos.

Al ascender un poco más, pudo reconocer con certeza que se trataba de voces. Su corazón empezó a palpitar a gran velocidad, en tensión. Desconocía qué era lo que se iba a encontrar, ni si lo más sensato sería tratar de escapar de allí ahora que aún podía, pero la curiosidad ganó la batalla.

—¿Quién anda ahí? —dijo cuando llegó al piso donde intuía que se encontraban los dueños de las voces.

Sus cejas se enarcaron en señal de asombro al encontrarse con sus padres. Estaban inmóviles en mitad del pasillo, hablando en susurros. Se sobresaltaron al ver aparecer a su hijo.

—¡Roberto! ¿Qué haces aquí? ¿Esto es cosa tuya? —le preguntó su padre, con el gesto dividido entre el enfado y la sorpresa.

—Si esto es una broma pesada, no tiene ninguna gracia. Ya no podemos subir más escaleras —le espetó su madre, molesta.

Roberto miró hacia la nueva flecha que volvía a señalar hacia arriba. Se mordió el labio. Les comprendía, ellos ya eran muy mayores y no estaban para tantos esfuerzos. Maldijo a aquel que les estaba haciendo esto.

—No tengo ni idea de qué está pasando. Pero creo que debemos continuar el camino hasta llegar al final del asunto —les dijo mientras les animaba a seguirle escaleras arriba.

Ambos obedecieron sin decir nada. Daban la sensación de que si malgastaban energía en hablar de más no podrían seguir moviéndose.

—¿A vosotros también os dejaron el DNI a la entrada del edificio?

Pedro frunció el ceño, sin comprender.

—¿De qué estás hablando? Nos llamaron a casa diciendo que era de vital importancia que viniésemos aquí. No tenemos ni idea de quién era.

Roberto tragó saliva, cada vez más confuso por la extraña situación en la que se hallaban. Le inspiraba desconfianza, pero sentía que no podía dejarlo sin más.

Un sonido que provenía de abajo les hizo detenerse. Miraron por el hueco de la escalera. Parecía que venía del rellano: pisadas de alguien que subía las escaleras. Pero a diferencia de él, lo hacía a la carrera, provocando que su estruendo retumbase en todo el edificio.

—Alguien viene.

—¡Vámonos! A ver si va a ser alguien peligroso, o la policía, preguntándose qué hacemos aquí —se quejó su madre.

Pero su hijo negó con la cabeza.

—¿Y a dónde nos vamos? Además, a la velocidad que está subiendo acabaría atrapándonos de todas formas.

Continuó asomado, preguntándose quién podría ser el recién llegado. Tenía una ligera sospecha, pero no estaba seguro de si le gustaba la posibilidad de que fuese real.

Pocos minutos después, el misterio se resolvió, confirmando su sospecha. Su tío Rodolfo saltaba los escalones de tres en tres hasta llegar al mismo piso que ellos.

—¡Hermano! ¿Pero qué haces tú aquí? —le dijo María con el gesto descompuesto por el asombro y el horror.

Este no respondió enseguida. Tardó varios instantes en recuperar el aliento, jadeando con esfuerzo. Era varios años más joven que ella y a pesar de ya no ser un treintañero, solía hacer deporte, como Roberto.

—Me dijeron que algo importante había pasado y que tenía que venir aquí. He llegado lo más rápido que he podido. ¿Estáis todos bien?

—¿A ti también con una llamada? ¿Pero por qué yo he sido el único al que han atraído mediante el DNI?

Su tío lo miró sin decir nada. No tenía ni idea de qué estaba hablando.

Continuaron subiendo escaleras, hasta que para su alivio, tres pisos más arriba se encontraron en el ático. La flecha ahora señalaba hacia la derecha, invitándoles a recorrer el pasillo. Roberto se colocó primero y empezó a caminar con decisión. El miedo y la intranquilidad que había sentido al principio se habían ido transformando hasta convertirse en una ira que prometía arrasar con todo lo que se le pusiese delante.

Se encontró con una nueva silueta que le resultaba familiar. Desde el suelo, los ojos de Laura, su hermana, estaban fijos en ellos. Permanecía inmóvil, sentada, relajada y vestida de forma demasiado elegante. Roberto apretó los dientes y se inclinó sobre ella, furioso.

—¿Has sido tú la que nos has hecho venir a todos? ¿Por qué? —le espetó.

Ella no respondió. Se incorporó con esfuerzo y se colocó frente a él.

—No sé de qué me estás hablando. Ni tampoco por qué estáis todos aquí. A mí me citaron para una entrevista de trabajo. Pero parece que se trataba de una broma. Ya veía yo extraño que fuera un domingo.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —le preguntó Pedro.

Laura miró el reloj que llevaba en la muñeca.

—Desde las diez, que era la hora de la supuesta cita. Llevo esperando treinta minutos como una tonta.

Roberto posó un brazo sobre su hombro.

—Alguien nos ha citado a todos. Ninguno sabemos por qué. Podría ser peligroso.

El rostro de ella se llenó de incredulidad, pero logró mantener la calma. Su hermano miró hasta el final del pasillo, tratando de encontrar alguna pista que los llevase a esclarecer el misterio. Si tenía que haber algo o alguien, solo podía ser allí, en el último piso del edificio. Ya no había más flechas, ni lugar al que avanzar.

Segundos después, una de las puertas que se repetían a lo largo de la pared izquierda se abrió emitiendo un chasquido. De ella surgió una silueta que no alcanzaba a medir más de la cintura de Roberto. Este abrió la boca, impresionado por descubrir quién los estaba mirando con una inocente sonrisa.

Era Daniel, su hijo de diez años.

—¿Pero qué haces tú aquí? ¿No estabas en casa de Juan este fin de semana?

El niño amplió su sonrisa, divertido.

—Lo siento papá, pero eso solo fue una excusa para preparar este juego.

Así que había sido una tontería del niño. Ahora entendía por qué él era el único al que habían atraído mediante el DNI, debía haberlo cogido de su cartera en su casa.

—Esto que has hecho no está bien. Has dado un susto terrible a toda tu familia. Que no vuelva a repetirse.

—¿Cómo has preparado todo esto tú solo? ¿De quién era la voz del teléfono?

Roberto miró a Rodolfo. Tenía razón, el niño no podía haberlo hecho por su cuenta. Se giró para observar de nuevo a Daniel, sintiendo un mal presentimiento.

—Vámonos —terció Laura con firmeza.

Todos estuvieron de acuerdo. Empezaron a regresar a las escaleras para iniciar el descenso. Pero la figura de una mujer que no había visto en su vida, apareció desde el interior de la sala abierta.

—De aquí no se va nadie —afirmó con una voz carente de emoción.

Todos intercambiaron miradas, aterrorizados. Pero no tuvieron tiempo de reaccionar, de todas las puertas del pasillo, salieron varios hombres vestidos con batas blancas que les cortaron el paso.

Daniel miró a la mujer con incredulidad, mientras los hombres los agarraban a todos, incluido a él.

—¡Se suponía que solo iban a jugar conmigo! —chilló con histeria mientras pataleaba, tratando de librarse del abrazo de su captor.

El rostro de la mujer se tensó todavía más.

—Niño idiota. Me serviste bien como cebo.

Se acercó hasta Roberto, con tranquilidad. Levantó el labio superior, mostrando los dientes con una sonrisa que no era nada amistosa.

—Todo esto es por ti. Gracias a tu último análisis, hemos descubierto el secreto de tu sangre y por tanto, la de todos los que la compartan. ¡Llevadlos al interior del quirófano! Empezaremos con las pruebas pronto.

—¿De qué estás hablando? —quiso saber él antes de ser arrastrado a través de una de las puertas.

—¿Acaso no lo sabías? Vuestra sangre no es del todo humana, sois descendientes de un dios.

No quieras saber la verdad

24

Tamir no le quitaba el ojo de encima a Gabi que, pese a ello, permanecía impasible, tirado sobre su rincón habitual en el patio.

—Venga, deja de hacer el tonto y ven a jugar conmigo. Somos los únicos niños aquí.

Gabi le dedicó una mirada de tristeza capaz de helar cualquier corazón, por duro que fuera.

—No quiero tener más amigos. Todos terminan por irse.

Tamir abrió la boca, escéptico.

—¿A dónde? Si no podemos salir de aquí.

—No lo sé —reconoció agachando la cabeza.

Ambos vivían en un pequeño patio cercado por cuatro paredes sucias, junto a un buen número de personas que ocupaban las horas con diferentes pasatiempos. Gabi se limitaba a pasar las horas observándolos. Como le había dicho a Tamir, no quería relacionarse con nadie. Estaba allí desde que tenía uso de razón, no conocía nada más que ese lugar. No sabía cómo ni por qué estaban encerrados. Había desistido en su empeño por averiguarlo, aceptándolo sin más.

Para dormir, entraban en una diminuta casa de ladrillo que estaba en una de las esquinas del rectángulo que habitaban. Casi no había espacio y apenas tenía algunos colchones tirados sobre el suelo, pero les era útil para protegerse del frío o la lluvia. En su interior había una puerta metálica por la que todos los días introducían algo de comida a través de unas delgadas rendijas situadas en lo más bajo de la puerta. Era su única comunicación con el exterior, por lo que Gabi había supuesto que era por allí por donde la gente desaparecía o entraba. Pero solo era una ligera intuición, nunca lo había visto. Su imaginación había soñado cientos de veces con el otro lado.

—Está bien, si no vas a jugar conmigo, me sentaré aquí a tu lado y no diré nada.

Miró a Tamir en silencio. Ansiaba divertirse junto a él, pero algo en su interior se lo impedía. Había perdido a todos sus amigos y sufrido demasiado. Estaba harto.

Había intentado preguntar en varias ocasiones a los mayores, pero nadie le daba una respuesta clara. Podía ver sus rostros serios cuando les hablaba del tema e incluso cómo su cuerpo temblaba sin control. Por supuesto, divisar cualquier zona exterior estaba fuera de su

alcance. Las cuatro paredes que rodeaban el patio eran demasiado altas incluso para los adultos. Había intentado abrir la puerta, y sabía que no era el único, pero nunca había tenido éxito.

Gabi exhaló un suspiro y miró a Tamir, derrotado.

—De acuerdo, tú ganas. Seamos amigos.

Los días siguientes fueron muy entretenidos para ambos. Se lo pasaban muy bien juntos y conseguían que la estancia allí fuese más llevadera. Gabi estaba encantado con Tamir, siempre había sabido que podrían ser grandes amigos y ahora no se arrepentía de haberse atrevido a dar el paso. Casi había olvidado su miedo a perder a la gente que quería.

Pero, como era de esperar, Tamir también desapareció sin dejar rastro. Aquello supuso un golpe demasiado fuerte para Gabi. Estaba harto, tenía que saber qué estaba pasando. Corrió entre los mayores, repitiendo la pregunta a voz en grito, hasta lograr que alguien le hiciera caso.

—¡No quieras saber la verdad! —le espetó una mujer con el gesto descompuesto por la desesperación.

Hundido, el niño agachó la cabeza y regresó en silencio al rincón donde pasaba los días antes de conocer a Tamir. Nunca debió moverse de allí.

Semanas después, mientras dormía, sintió cómo alguien tiraba de él. Se despertó enseguida, con las pulsaciones del corazón aceleradas. Dos adultos que ocultaban su rostro con una máscara lo estaban cogiendo a él y a varios más.

Lo llevaron hasta la puerta metálica, que permanecía abierta. Observó la situación con curiosidad: así que eso era lo que sucedía, se los llevaban durante la noche. Él nunca se había dado cuenta, solía dormir del tirón.

Se fijó en que no iban vestidos como sus compañeros de encierro, sino que llevaban ropa limpia y de calidad.

—A ver si terminamos pronto este turno, que me quiero ir a dormir —se quejó uno.

—Tranquilo, estos son los últimos de hoy. Pronto podrás echarte unas horas.

Quiso preguntar a donde le llevaban, qué sucedía con todos ellos y

dónde estaban sus amigos, pero la desconfianza fue mayor que la curiosidad. Algo no le daba buena espina.

Atravesaron un largo pasillo para detenerse ante una puerta de cristal. La abrieron y echaron a Gabi al interior. Cayó sobre el frío suelo. Se incorporó como pudo, justo para ver como cerraban la puerta. Echó una ojeada a su alrededor y descubrió que estaba en una sala cuadrada llena de compañeros del patio. Comprobó con desilusión que no había ni rastro de Tamir.

Tragó saliva. La tensión se podía leer en sus rostros y el silencio que flotaba resultaba aterrador. No sabía qué, pero podía sentir que algo estaba a punto de suceder.

De un agujero en el techo surgió un tubo de color negro. Varios se sobresaltaron al verlo, con el miedo grabado en sus caras. El tubo empezó a expulsar un gas que cubrió la sala en pocos minutos.

Todo se volvió negro para Gabi. Lo último que sus ojos vieron antes de cerrarse de forma definitiva, fueron los pijamas de rayas de sus compañeros, idénticos al suyo.

Vamos a por él

25

Hundí el dedo en el botón del timbre y esperé a que alguien abriera la puerta. Cuando el sonido indicó que estaba abierta, la empujé y atravesé el rellano en dirección a los buzones de las viviendas. Extraje las cartas del carro y las introduje en su correspondiente lugar. Suspiré, relajado. El trabajo de cartero aportaba una agradable rutina que me resultaba muy cómoda.

Pero el texto escrito en una de las cartas me sobresaltó. No ponía dirección alguna, solo mi nombre. Miré a ambos lados en un acto reflejo, confuso, no tenía ni idea de qué se trataba aquello, pero sabía que tenía que abrirla.

Mis cejas se enarcaron fruto del asombro que sentí al leer la única frase que permanecía escrita en el papel que había extraído.

«Conocemos tu gran secreto»

Un sudor frío recorrió mi cuerpo. Arrugué el papel y lo tiré al interior del carro, mientras salía del rellano, acelerado. Aquel mensaje me persiguió durante el resto del trayecto sin descanso. No alcanzaba a comprender quiénes podrían haberlo mandado y cómo se habrían podido enterar. Me había preocupado de mantenerlo en absoluto secreto durante años, había creído que con éxito. La sola idea de que pudieran destaparlo ahora me aterraba.

Pero la cosa se complicó aún más. Solo dos días después, volví a encontrarme con otro sobre con mi nombre. Lo abrí, sintiendo cómo todo mi cuerpo temblaba inquieto ante lo que podría encontrarme en esta ocasión. Mis peores temores se cumplieron al comprobar que esta vez el mensaje era más escueto, pero mucho más esclarecedor.

«Patrick Vhir»

Mis ojos quedaron inmóviles, fijos en aquellas dos palabras que tanto significaban para mí. Estaba claro que sabían de lo que hablaban, no iban de broma y debía buscar alguna solución.

Solo tres días después, a lo largo de los cuales mi cabeza no había

dejado de dar vueltas ni de día ni de noche, llegó el tercer mensaje que me hizo tener la certeza de que debía actuar sin demora. No estaba dispuesto a permitir que la situación escapase de mi control. Arrugué el papel con furia, no sin antes repasar la frase que tanta ira me había provocado.

«Vamos a por él»

Aquella noche salí de mi casa decidido. Me acerqué hasta el puerto y salté al interior de mi pequeño barco, que me esperaba anclado en el muelle. Miré alrededor antes de arrancar y sumergirme en la inmensidad de la noche.

El destino apareció ante mis ojos al amanecer, tras pasar toda la noche en alta mar. Se trataba de una pequeña isla deshabitada. Tenía que ver que todo estaba bien, que él lo estaba.

Descendí lo más rápido que pude y me adentré en las profundidades de la selva que se iniciaba a pocos metros de la playa. La frescura habitual en ese lugar azotaba las hojas de los árboles, provocando un suave murmullo. Miré a todos lados, buscando indicios que pudieran llevarme hasta él. Como no había ni rastro, me llevé los dedos a la boca para producir un agudo silbido. Sabía que esto captaría su atención en pocos segundos.

Patrick apareció y se abalanzó sobre mí con el ímpetu y la energía que le caracterizaban. Estaba radiante de felicidad por volver a verme. Sentí lástima por ver cómo alguien tan noble podía estar siendo buscado para fines indeseables. Cuando se separó, aproveché para observar su aspecto. Su cuerpo, cubierto de pelo, y su rostro deforme, con la boca llena de colmillos puntiagudos, eran la carga que le había tocado soportar.

Era mi hijo, Patrick Vhir. Había nacido con incontables problemas, terminando por convertirse en alguien deforme y de escaso razonamiento. Más cercano a un animal que a un ser humano. Pero su bondad y nobleza superaban a la de cualquiera. Por desgracia, me había visto obligado a alejarlo de la gente.

Pero lo que no había revelado jamás a nadie era que yo tenía la culpa. Años atrás, cuando era un joven inmaduro, acompañé a un amigo a visitar a una bruja que él decía que podía leer el futuro. Yo

me reí de ella, un error que me marcó para el resto de mi existencia. La bruja se enfureció tanto que me aseguró que mi hijo nacería más similar a un monstruo que a un hombre, matando a su madre en el parto. Yo no le hice caso alguno, pero acabé comprobando con horror que todo lo que había predicho aquella mujer había terminado por hacerse realidad.

Los médicos habían tratado de encerrarlo en centros de cuidados, allí donde pudiera estar vigilado. Yo sabía que era un destino horrible para Patrick, así que decidí traerlo a una isla deshabitada para que pudiera vivir con libertad, disfrutando a sus anchas. No tenía problemas para encontrar alimento, pues allí habitaban animales que él podía cazar. Sonreí con tristeza. Solía venir a verlo de vez en cuando, llevando cuidado de que nadie me siguiera. Era un destino triste, pero el mejor que podía darle.

—Lo tenemos —dijo una voz a mi espalda.

Me giré de inmediato para encontrarme con los rostros de un hombre y una mujer ataviados con uniformes negros. Supe enseguida que algo iba mal, la sensación que desprendían no resultaba agradable.

—Gracias por traernos hasta él —me dijo la mujer dedicándome algo que se asemejaba a una sonrisa.

Me coloqué delante de Patrick, tenso.

—Fuisteis vosotros los que me mandasteis las cartas.

El hombre sacó una pistola del interior de su chaqueta.

—Así es. Nos ordenaron encontrarlo y acabar con él —explicó apuntando a mi hijo con el arma.

La desesperación abrazó mi corazón al comprobar lo que estaban a punto de hacer.

—¡No! ¡Espera! ¡Es inofensivo!

Pero la bala salió disparada emitiendo un fuerte estruendo. Al instante, el cuerpo de Patrick se encontraba tendido en la hierba sobre un charco de sangre.

Las fuerzas abandonaron mi cuerpo, dejándome caer de rodillas, abatido. Todo el esfuerzo de años por mantenerlo a salvo, había sido en vano.

Último cartucho

26

Atravesé el patio ignorando al gentío, manteniendo la mirada fija sobre el suelo. No quería interactuar con los otros presos. No solía relacionarme con nadie, no me gustaba, pero ese día, más que nunca, quería estar solo.

El patio de la cárcel tenía una forma cuadrada, estaba cercado por vallas y tan solo tenía cuatro bancos, uno en cada esquina, aparte del almacén, un pequeño edifico pegado a un lateral. En él había descubierto un escondite perfecto para evadirme del mundo. En el hueco que quedaba entre la pared trasera y la valla había el espacio suficiente para colarme y reposar sobre el suelo.

La gran estructura del centro penitenciario se alzaba imponente, rodeando el patio al completo. Varios guardias recorrían el perímetro por el exterior de la valla, vigilando sus movimientos. No me molestaban, no solían articular palabra y eso era lo único que me importaba.

Me escurrí por la parte de atrás del almacén y me acomodé en mi escondite. Allí disfrutaba de los únicos momentos de paz de mi vida en la cárcel. Solo llevaba tres meses, pero parecían cien años.

Cuando más relajado me sentía, un rápido movimiento que capté con el rabillo del ojo me alertó. Me incorporé al momento, justo para ver como una silueta azulada se cernía sobre mí. Salté hacia atrás, descubriendo el rostro de Larry, uno de los presos, a pocos centímetros del mío. Me percaté enseguida de que me había atacado con una navaja buscando matarme. Eché una ojeada a los guardias del exterior, pero no encontré a ninguno en esa zona. Apreté los dientes y me preparé para enzarzarme en una pelea por mi supervivencia.

Larry era un recluso muy callado, incluso más que yo. Siempre iba solo. Era antipático y su aspecto grandullón y de cabeza afeitada no le ayudaba a hacer amigos. Pero nunca había tenido ningún problema con él. No comprendía por qué me estaba atacando. Una pequeña chispa saltó en mi interior, y entonces lo comprendí.

—¿Quién te envía? —le rugí.

—Nadie —respondió él, impertérrito.

—¡Escúpelo! Sé que esto no es cosa tuya.

Una débil sonrisa asomó por la comisura de los labios del grandullón.

—Ya sabes por qué está pasando esto, ¿verdad?

Aquel comentario me pilló por sorpresa. Larry aprovechó ese instante para tirarse sobre mí. Caímos al suelo, casi atrapados por el poco espacio entre la pared y la valla. Él asió la navaja, dispuesto a clavarla en mi cuerpo, pero yo fui más rápido y logré quitársela e inmovilizarle contra el suelo.

Jadeé, aquel ataque sorpresa había aumentado mis revoluciones a mil por hora. Él me sonrió de forma burlesca mientras intentaba zafarse sin éxito.

—¿Y bien? ¿Por qué crees que me han enviado a matarte?

Apreté los labios y acerqué la navaja a su cuello.

—Sé que me gané muchos enemigos cuando provoqué aquel altercado.

—¿Altercado? Tío, intentaste volar la ciudad entera, es lógico que hasta la misma gente del gobierno quiera matarte.

Mi corazón se detuvo por un segundo al escuchar aquello. ¿Del gobierno? ¿Estaba hablando de un ataque encubierto?

—¿Te han comprado para que me mates? —quise saber.

Larry sonrió con los ojos brillantes.

—Así es. ¡Me han ofrecido la libertad!

Fruncí el ceño, pensativo. Nunca habría imaginado que podían llegar a utilizar una estrategia tan poco ética. Sonreí. Mi existencia era una molestia para la justicia, comprendía que se vieran obligados a buscar alternativas al margen de la ley para quitarme de en medio.

Solté una cruel carcajada. El grito de uno de los guardias llamó nuestra atención. Nos apuntaba con su arma mientras nos exigía desde el otro lado de la valla que nos separásemos. Le obedecimos, y solté la navaja.

—Gracias por la información. Ahora ya sabré contra quién debo ir cuando salga de aquí.

—¿De qué estás hablando?

Amplié una sonrisa al reconocer la incertidumbre en sus palabras.

—La bomba que coloqué en la ciudad, no era la única. Todavía tengo un último cartucho —revelé en un susurro.

El guardia había entrado ya en el patio y se acercaba hasta nosotros, seguramente dispuesto a encerrarnos en aislamiento. Mi compañero de prisión me colocó una mano en el hombro y apretó. Le miré y vi el miedo reflejado en sus ojos.

—¿No querrás decir que…?

Ensanché mi sonrisa al máximo, mostrándole todos los dientes.

—Exacto. Te quedan dos minutos de vida.

—¡Estás loco! —gritó Larry a todo pulmón, sin importarle ya guardar la compostura.

El guardia se encontraba ya a tan solo unos pocos pasos gritando que callásemos y nos diésemos la vuelta, pero yo me abalancé sobre la valla y mostré con ambos brazos una pequeña abertura que había estado preparando con cuidado y que había conseguido mantener oculta. Me escurrí por ella y salí al pasillo exterior, directo al gran edificio. Me coloqué junto a la entrada del alcantarillado y abrí la tapa, dispuesto a lanzarme a su interior de un momento a otro.

Me volví por última vez hacia atrás para ver como Larry gritaba y movía los brazos como un loco, antes de que dos policías lo sujetasen. Podía ver con diversión como sus ojos se mantenían fijos en mí, revelando el miedo que, con total seguridad, le oprimía el corazón. Todos los guardias del exterior se acercaban ya hasta mí con gran velocidad, me apuntaban con sus armas y proferían amenazas. Era el momento. Me zambullí con decisión en el interior del agujero que tenía bajo mis pies.

Segundos después, las llamas y el caos lo inundaron todo.

Isla perdida

27

—¿Estás nervioso, Jon?

Una larga figura, oculta entre las sombras, apareció ante mis ojos. Se acercó, su silueta recortándose en el interior del haz de luz que desprendía la solitaria bombilla que colgaba del techo. Pese a ello, su apariencia continuó en penumbra.

—¿Qué hago aquí? ¿Cómo sabes mi nombre?

Él se inclinó sobre mí, revelando por fin su rostro pequeño y cuadrado. Sus ojos, que parecían estar a punto de salirse de las cuencas, me fulminaban con un odio que casi se podía respirar, mezclado con el oxígeno de la habitación.

—¿Intentas tomarme el pelo? Esto te saldrá caro.

Encogió un brazo y me golpeó en la mejilla con toda su fuerza. Sentí el crujir de sus delgados nudillos contra mi mandíbula mientras mi cabeza giraba hacia la izquierda. Tosí y escupí sangre. La silla a la que me encontraba atado, apenas se movió del sitio.

—Pero, ¿qué haces? No está bien golpear a la gente mayor —me quejé.

—No me vengas con tonterías. Deja ya de hacerte el tonto. —Hizo una pausa—. ¿Qué pasó en Isla Perdida?

Pegué un largo sorbo, y dejé que el frío de la cerveza se deslizara por mi garganta. Suspiré mientras disfrutaba del sabor y dejé la jarra con un golpe seco sobre la barra de madera en la que me apoyaba.

El murmullo en aquella taberna era casi imperceptible, algo que yo agradecía; no me gustaban los lugares con exceso de ruido. No era un local grande, apenas una habitación rectangular y cuatro mesas apiladas junto a una de las paredes. La barra se quedaba con la mayor parte.

Miré al dueño del local, que estaba ofuscado en tratar de abrillantar la madera más de lo que era posible. Para mi sorpresa, me encontré con sus pequeños ojos color miel observándome con desconfianza. Apartó la vista al ver que lo había descubierto.

Incómodo, me levanté, dispuesto a marcharme. Comprobé cómo las miradas del resto de clientes me seguían hasta la puerta. Una sensación de profundo pesar creció a gran velocidad en mi interior.

Crucé la puerta y salí a la calle.

Fuera, el aire fresco me azotó el rostro. El frío de la noche atravesaba mis ropas, helándome los huesos. Arrastré mis zapatos roídos sobre los adoquines con lentitud. Todo estaba muy oscuro. En silencio.

Rememoré aquellas miradas furtivas e intenté encontrarles una explicación lógica. El sonido de pisadas a mi espalda llamó mi atención. Me giré justo para ver cómo una sombra que ocultaba su identidad me golpeaba en la cara con un palo de madera. Todo se volvió negro mientras yo cedía al abrazo de la oscuridad.

Mis ojos se abrieron de golpe. Al instante, un agudo dolor y aturdimiento aterrizaron en mi cabeza. Un débil brillo de luz amarillenta me cubría desde lo alto, cegándome e impidiéndome abrir los ojos por completo. El daño recorría todo mi cuerpo, entumeciéndome los músculos a su paso. Tardé varios segundos en habituarme al lugar y descubrir que me encontraba atado de pies y manos a una silla de madera. El miedo y la inquietud me pusieron alerta. ¿Quién me había atado? ¿Alguien de la taberna? Moví la cabeza en todas direcciones: me encontraba en una pequeña sala cuadrada, con paredes sucias y sin ventana alguna. No había nadie, solo mugre y trozos de madera tirados por el suelo. El sonido de una puerta abriéndose a mi espalda me inquietó. Una larga figura oculta por las sombras apareció ante mis ojos…

—¿Isla Perdida? Ya sabes lo que pasó.

El hombre soltó una cruel carcajada.

—¿Esperas que me crea que toda tu tripulación murió menos tú?

Me golpeó de nuevo con su puño.

—¿Qué les hiciste? —rugió.

—¡Nada! ¡Hace muchos años de eso! Pero solo recuerdo que estaban todos muertos… Yo… —balbuceé, mientras la sangre cubría mis labios.

Él se apartó un poco y volvió a golpearme varias veces. Repetía la misma pregunta sin cesar. El dolor crecía de forma considerable en mi cuerpo al ritmo de los impactos. Me sentía desdichado. Isla Perdida había sido mi última incursión en alta mar. Perdí a toda mi

tripulación. En cuanto regresé de ella, todo en mi mente fueron recuerdos difusos sobre lo sucedido. Intenté ocultarme, pero durante los años posteriores no pude evitar el aluvión de preguntas. Ninguna había tenido éxito.

—¿Me tomas el pelo? Es que ya no te acuerdas de Allin? ¡Era mi hermano! —bramó el hombre mientras me agarraba del cuello y me agitaba con violencia.

La mención de ese nombre hizo saltar otra chispa en mi interior, sombras diversas comenzaron a dibujarse en mi mente.

—Allín… —murmuré.

—¡Él era tu mejor amigo! ¿Cómo pudiste abandonarle?

Los recuerdos empezaron a cruzar mi mente por primera vez desde que había regresado. Podía ver a la tripulación descender en la orilla, cruzar el amplio bosque del centro de la isla. Los vi gritar, salir corriendo en todas direcciones por la playa mientras muchos caían, muertos y cubiertos de sangre. Los veía desde una posición extraña, como si no estuviera entre ellos.

—Murieron… —susurré mientras tosía.

Mi captor pareció perder la paciencia y volvió a golpearme.

—¡No haces más que repetirme lo mismo! ¡Di la verdad!

Mientras recibía los golpes y los gritos del hermano de mi amigo, mi mente seguía trayéndome recuerdos. Aunque preferiría que hubiese sido de otra forma, tenía que admitir que su método estaba funcionando.

Vislumbré el cuerpo de varios de mis compañeros, esparcidos sobre la arena. Entonces escuché un rugido, y el recuerdo de una gran garra afilada golpeó mi mente con más fuerza que ningún otro, helándome los huesos.

—¿Qué pasa? ¿Ya empiezas a querer hablar? —me dijo mientras jadeaba y agitaba su mano llena de sangre.

Pero yo no lo escuchaba. Mi cerebro seguía volando libre, me enviaba cada vez más imágenes que parecían haberse sellado en el fondo de mi memoria. Podía sentir como corría por la isla mientras mi cuerpo parecía muy pesado. Veía como los compañeros corrían delante de mí, huyendo de algo que nos perseguía. Pero entonces, se giraron y me señalaron.

Huían de mí.

Mis ojos se cubrieron de lágrimas. Podía ver con total claridad la imagen de una silueta negra que se alzaba imponente mientras extendía sus garras y abría una boca repleta de colmillos. Era un monstruo. Mi corazón se detuvo por un momento cuando en mi interior lo supe.

—Yo los maté… —admití entre sollozos.

Ahora lo recordaba todo. Yo había sucumbido a la extraña magia que los mitos adjudicaban a ese lugar, lo que significó el fin de toda mi tripulación.

Pero eso no era todo, isla perdida se aseguró de que no recordara nada por un buen tiempo

Máxima adrenalina

28

Mark se ocultó detrás de la columna, sacando solo un poco la cabeza. Allí estaba el inmenso BMW negro que estaba esperando, acercándose por la carretera con gran velocidad. Sin perder ni un segundo, salió de su escondite y corrió hasta él, no podía dejarlo escapar.

Por suerte, el semáforo que estaba a su lado se puso en rojo y el coche no tuvo más remedio que detenerse con un frenazo. Mark aprovechó la ocasión para acercarse hasta la ventanilla del conductor y romper el cristal de una patada. Pudo ver que en el interior solo había un hombre que, sorprendido por el ataque repentino, se cubría la cabeza para protegerse de los cristales. Con rapidez, abrió la puerta por dentro y le sacó de un tirón. Se metió en el vehículo y se colocó al volante, arrancando de inmediato.

Aceleró hasta que el motor cogió una velocidad desorbitada. Una sonrisa iluminó su rostro, estaba exultante, había logrado robar el valioso coche. Era algo necesario, ese automóvil resultaba fundamental para completar su misión.

La alegría se transformó en perplejidad cuando descubrió por el retrovisor cómo el dueño del coche aparecía conduciendo un Ford Fiesta Blanco. Soltó una carcajada, estaba loco si creía que iba a atraparle con semejante trasto. Continuó sin soltar el acelerador, debía llegar lo más rápido que pudiera a su destino, sin que su perseguidor lo alcanzase.

La misión consistía en llevar el BMW hasta el puerto, del que ya no le separaba excesiva distancia, pero el tráfico y las grandes avenidas de Nueva York, lo complicaban todo. Volvió a hundir el pie en el pedal con insistencia, llegando a alcanzar los 200 kilómetros por hora. Si continuaba así, la policía no tardaría en aparecer y eso no haría más que aumentar sus problemas.

Su ojo no dejaba de observar el retrovisor, el Ford Fiesta se las arreglaba para no perderle del todo la pista. La tenacidad de su perseguidor le resultaba frustrante. Chasqueó la lengua y giró el volante con un movimiento demasiado brusco para doblar una esquina.

Su cuerpo estaba empezando a notar un profundo cansancio, provocado por la tensión acumulada en escasos segundos. Ya le quedaba muy poco, podía vislumbrar el mar en la culminación de la

avenida que se abría ante él. La misión estaba a punto de completarse con éxito.

Mark levantó las cejas, perplejo, al ver aparecer a escasos metros de distancia a su perseguidor. Un sudor frío recorrió su espalda, agobiado, se repetía para sí que le estaba permitido fallar. Las vidas de todos los ciudadanos de Nueva York, estaban en juego.

Se concentró en lo que tenía delante, dispuesto a darlo todo. Su destino estaba ya a escasos metros, ya casi podía predecir cómo iba a ser la sensación de arrojarse sobre él. Hundió todavía más el pie en el acelerador en una acción desesperada. El Ford Fiesta apareció justo a su lado cómo si de una aparición fantasmal se tratase. Sin saber cómo, le había alcanzado. Las miradas de ambos conductores se encontraron, al verse, se fulminaron con la mirada.

Ambos coches recorrieron la poca carretera que quedaba al mismo nivel, sin que ninguno tomase la delantera. Su perseguidor pegó su coche contra el BMW con violencia, obligándolo a derrapar hacia su derecha.

Mark trató de reconducir la situación con todas sus fuerzas, pero a la velocidad que había alcanzado era imposible. Se cernía de forma irremediable sobre la fachada de un edificio. Se llevó las manos a la cabeza y gritó, consciente de que ya nada podía hacer por evitar el desastre.

Había sido un completo fracaso. Aquél BMW tenía en su interior una bomba que explotaría al menor contacto fortuito. El terrorista tenía planeado hacerla estallar de forma programada ese día en pleno centro de Nueva York y Mark tenía órdenes de evitarlo, llevándola hasta el interior del mar para neutralizarla.

Pero ahora todo había sido en vano, se precipitaba directo hacia la pared de hormigón sin remedio. El tiempo pareció ralentizarse para él, Y su desesperación fue mayor al sentir cómo el edificio se cernía de forma lenta e inexorable sobre él.

El choque fue demasiado fuerte, provocando incluso que los cimientos de la estructura temblasen. El estallido que provenía del interior del coche fue tan violento que Nueva York quedó borrado del mapa en cuestión de segundos.

—¡Mierda! He vuelto a fallar esta pantalla.

Carlos dejó el mando de la videoconsola sobre la mesa.

—No te preocupes, luego lo intento yo. Vamos a comer, que mamá

nos está esperando —le tranquilizó su hermano David.

Este asintió y guardó el CD en una caja donde se podía leer con un gran rótulo: "*Máxima adrenalina*".

El beso

29

Daniel golpeaba el suelo con el pie de forma insistente. La sala estaba abarrotada de gente. Miró a su alrededor con movimientos rápidos. Un sinfín de mesas de escritorio llenaba hasta el último rincón del lugar, y todas estaban ocupadas por trabajadores. Chasqueó la lengua, disgustado.

Hacía cola en una de las oficinas del paro, aunque, en realidad, estaba observando a la chica que tenía dos puestos por delante. Era hermosa. Su rostro, de facciones dulces, permanecía semioculto por su larga melena de color rojizo. Era la mujer más bella que jamás había contemplado, pero algo iba mal: tenía que decirle una cosa vital en cuestión de minutos o algo terrible ocurriría sin remedio. Intentó acercarse a ella pero, cada vez que avanzaba un paso, el miedo bloqueaba todos sus sentidos. Varias gotas de sudor se agolparon en su frente, dispuestas a iniciar el descenso. Resopló, alterado. Sacó su pañuelo de la chaqueta para secarse, como si con ello pudiera tranquilizarse.

Cuando logró recuperar un poco la calma, se acercó unos pasos, justo para ver con enorme frustración cómo ella se acercaba hasta una de las mesas y se sentaba. Había perdido su oportunidad. Ahora solo podía observar impotente y esperar que tardase poco.

El tiempo estaba llegando a su fin. No iba a poder evitarlo. La idea de correr hacia ella, de asaltarla para contarle lo que estaba a punto de suceder, cruzó su mente como una amenaza, pero no encontró el valor necesario para hacerlo. No era capaz. Siempre le había faltado coraje para hablar con las mujeres.

El mundo empezó a girar a su alrededor y sus piernas parecieron volverse plastilina. El corazón le dio un vuelco al ver cómo ella se levantaba de la mesa y empezaba a caminar hacia la salida. La oportunidad que había estado esperando estaba por fin a su alcance. Sin pensarlo dos veces, se interpuso en su camino.

Se quedaron mirándose durante varios segundos, desconcertados. Ella por su actuación tan repentina; él, por tenerla tan cerca.

—¿Me dejas pasar? —pidió la joven de forma cortante.

Daniel balbuceó palabras sin sentido, tratando de articular alguna frase coherente. Echó rápidas ojeadas a los labios de ella sintiendo que el rubor le cubría el rostro. Tenía que hacerlo, lo sabía, pero no se sentía capaz.

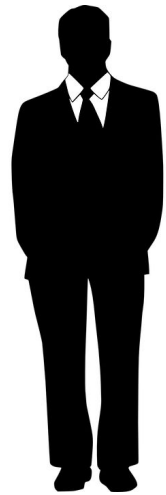
En pocos segundos, todas las fuerzas abandonaron su cuerpo, haciéndole caer al suelo con gran estrépito. Había fracasado. Siempre le había costado relacionarse con las mujeres. Aquello había terminado por ser su perdición. El virus que llevaba horas recorriendo el interior de su cuerpo había entrado en su fase terminal.

La chica se inclinó sobre él con gesto de preocupación, mientras todos en la sala se arremolinaron para observar. Daniel hizo acopio de las últimas fuerzas que le quedaban para sacar un trozo de papel de uno de los bolsillos de su chaqueta, y se lo tendió con una mano temblorosa. Ella lo cogió, y sus ojos se abrieron con incredulidad al leer la frase que en él había escrita…

«El único antídoto para tu virus es el beso de una mujer».

El secreto de mi jefe

30



Las puertas del ascensor se abrieron emitiendo el débil chasquido que tan bien conocía. Mi mesa, repleta de papeles, bolígrafos y demás accesorios, apareció ante mis ojos, justo al final de la pequeña sala contigua al despacho de mi jefe. Ambas salas estaban comunicadas mediante una puerta en mitad de la pared que las separaba.

Salí del ascensor y me acerqué hasta mi lugar de trabajo. Suspiré. Me agradaba mi oficio, y la relación con Juan, mi jefe, era excelente, pero había un detalle que hacía que la curiosidad me consumiera sin remedio.

En el interior de su despacho había una puerta de color rojizo sin ningún tipo de inscripción que indicara que escondía su interior. En las últimas semanas, Juan se había pasado tras ella más horas de las que podía recordar.

No sabía qué hacía allí, ni qué había en su interior para hacerla tan interesante, pero ansiaba saberlo. Había intentado preguntarle en varias ocasiones, primero de forma directa y después utilizando algunos trucos para lograr que lo soltara. Pero nada daba resultado. Él, que siempre había confiado en mí para cualquier asunto, incluso de su vida privada, se negaba a compartir conmigo lo que había al otro lado de la puerta. Debía ser su secreto más preciado.

Aquello superaba mis fuerzas, no podía evitarlo: tenía que averiguar qué ocurría tras esa puerta. Una cosa quedaba clara: debía ser algo importante, ya que a veces perdía la noción del tiempo y me tocaba dar unos golpes en la puerta para llamar su atención.

Intenté abrirla en varias ocasiones, sin éxito. Estaba cerrada con llave. Probé a buscarlas entre sus cosas cuando él salía fuera, pero nunca las soltaba. Sabía que estaba mal, pero con el paso de los días la curiosidad había terminado por volverse insoportable.

Intenté concentrarme en comenzar mi rutina de trabajo. Una hora después, Juan salió del despacho y se despidió de mí aludiendo que iba a almorzar. Mis cejas se levantaron cuando vi cómo algo diminuto se deslizaba desde el interior de su bolsillo y caía al suelo.

Esperé con prudencia a que las puertas del ascensor se cerrasen. Me levanté como un resorte. No estaba segura, pero tenía una intuición muy fuerte. Cuando me acerqué, mi corazón empezó a latir tan fuerte que casi parecía que se me iba a salir del pecho: Eran las llaves de la puerta prohibida. Casi no podía creerlo.

Con un rápido movimiento, las agarré y caminé con decisión hasta el interior del despacho de Juan. Me detuve ante la puerta, con las llaves en la mano. En realidad, se trataba de una puerta normal y corriente, de madera y de un color rojo oscuro que no la hacía destacar demasiado, pero a fuerza de imaginar lo que habría tras ella se había convertido en la más interesante del mundo.

No dudé más y di un paso. Metí la llave en la cerradura y la giré. Cedió sin oponer resistencia. Mis labios dibujaron una sonrisa casi involuntaria, fruto de los nervios que sentía al estar tan cerca de descubrir lo que había ansiado por tanto tiempo.

Me encontré en un pequeño cuarto cuadrado. Sus paredes estaban vacías, pintadas de blanco. Lo único que había en aquella estancia era una pequeña mesa de madera que se encontraba junto a la pared más alejada. Me acerqué hasta ella. Estaba llena de trastos que no conseguía identificar.

Una libreta verde captó mi atención entre todos los materiales. La cogí y la abrí por la primera página con avidez. Mis ojos se abrieron en un gesto de sorpresa al descubrir lo que mi jefe estaba planeando, por lo visto, estaba tratando de inventar un extraño artilugio. La desilusión creció con rapidez en mi interior, después de todo, aquello demostraba que Juan se había vuelto loco.

En el centro de la hoja, escrito con bolígrafo y con mayúsculas, se podía leer *“La máquina de ideas”*.

Biografía del autor

Alejandro Jiménez Román, es un autor nacido en Alicante que trata de abrirse camino en el mundo literario con su primera publicación. Desde niño, siempre se dejó llevar por su afición a crear historias y a la necesidad de plasmarlas en el papel.

Fue este deseo de mostrar aquello que imagina lo que le llevó a escribir varios cuentos, los cuales aún hoy están guardados en algún cajón de su escritorio.

Ya de más adulto, retomó la escritura de forma más seria, uniéndose a un taller de escritura y creando el blog de “Caminante en la sombra,” donde subía relatos cortos de forma asidua y donde consiguió hacerse un hueco entre los amantes del misterio.

Mientras tanto, también creó junto con una amiga escritora la revista de literatura fantástica Tártarus, con el fin de dar a conocer la gran variedad y calidad que ofrece este género.

En la actualidad, se encuentra centrado en publicar su recopilación de relatos, y en escribir lo que será su primera novela.

Podrás contactar con el escritor o encontrar todo lo relacionado con él en:

Facebook: Alex J. Roman

Blog de autor: alexjroman.blogspot.com
Correo electrónico: alexjromanautor@gmail.com

TU OPINIÓN ES IMPORTANTE

CONSIGUE UN **10% DE DESCUENTO** EN EL PRÓXIMO LIBRO DE ALEX J. ROMÁN

Para ello solo tienes que mandar las respuestas al correo electrónico alexjromanautor@gmail.com

No olvides poner tu nombre, apellidos y correo electrónico para que el escritor se ponga en contacto contigo.

Estas son las preguntas que el propio autor ha seleccionado:

¿Cuál ha sido tu relato favorito y por qué?

¿Quién resultó ser Oscar en el relato de Vivir para siempre?

¿Qué crees que pasaba realmente en la ciudad que se menciona en Abandonada?

¿Lograron los relatos generarte intriga?

* Esta promoción solo es válida para libros en papel.